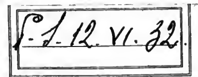
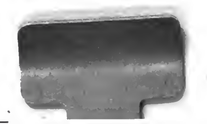

PALLI

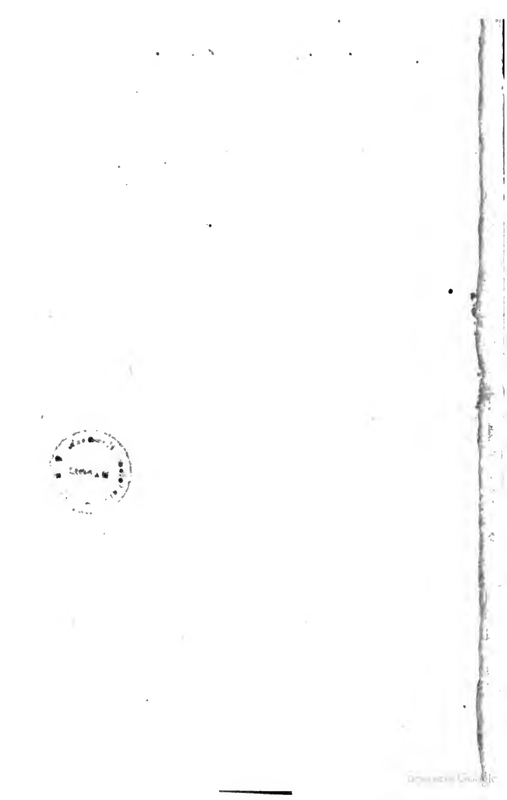

BIBLIOTECA LUCCHESI - PALLI
II.a SALA
12
SCAFFALE VI
PLUTEO
N.° CATENA 32

P. 1. 12. VI. 32.


TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

El tanto por ciento, por de AYALA.
¡Flor de un Dia! por CAMPRODON.
La Cruz del Matrimonio, por de EGUILAZ.



LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.
1868.



INDICE.

Pág.

EL TANTO POR CIENTO.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.



PERSONAS.

ISABEL, condesa viuda.
PETRA.
RAMONA.
PABLO.
ROBERTO.
GASPAR.
SABINO.
ANDRÉS.
UN ESCRIBANO.

ACTO PRIMERO.

Jardin de una casa de baños en las Provincias Vascongadas. En el fondo la fachada principal del establecimiento.

ESCENA I.

PETRA, GASPAR y ROBERTO, de pié y alrededor de una mesa, examinan un plano. ANDRÉS, á la derecha, sentado en una silla y leyendo un libro ó un periódico.

ROBERTO. Bien merece esta mejora
la proteccion oficial.
(Señalando al plano.)
GASPAR. Si; (Despues de mirarlo.)
prolongais el canal
de Castilla...
ROBERTO. Hasta Zamora:
que segun lo pobre y flaca
que la vemos en el dia,
parece que todavía
la gobierna doña Urraca.
El ramal en construccion
agua llevará á su seno,
que fecunde su terreno
y exporte su produccion.
Zamora con su influencia
podrá, moviendo las canas,
competir con sus hermanas
Valladolid y Palencia.
Yo siempre á cualquier proyecto

1*

el bien general asocio,
y hago, al hacer mi negocio,
el de todos.

GASPAR. En efecto;
mas si tienes un desliz...

PETRA. Compra siquiera una accion.

ROBERTO. Canal de navegacion,
de riego y fuerza motriz.

PETRA. (Extrañando la frase.)
¿Fuerza motriz?...

ROBERTO. Impulsiva
de una máquina cualquiera.

PETRA. ¿Y es productora?

ROBERTO. ¡Friolera!
Productora y productiva:
el recurso mas feliz
que á la ciencia se ha debido.

PETRA. ¡Si tuviera mi marido
alguna fuerza motriz!

ROBERTO. Ya tenemos media caja
construida.

GASPAR. Pronto cobras.

ROBERTO. Están paradas las obras
y las acciones en baja.
(Petra y Gaspar le miran con sorpresa.)
Esclusas, desmontes hondos,
fábrica y puentes de paso,
aunque el fondo no era escaso,
nos han dejado sin fondos.

GASPAR. Mas esta es obra sin duda
que á la provincia interesa,
y al momento que la empresa
ante las Córtes acuda,
ó crédito ó numerario
alcanzaréis.

ROBERTO. Lo sospecho.

GASPAR. Pues hacedlo.

ROBERTO. Ya está hecho.

GASPAR. ¿Pedisteis?...

ROBERTO. Lo necesario:
una subvencion que alcance
á cubrir el compromiso.

PETRA. Y ¿la darán?

ROBERTO. Es preciso
conseguirla á todo trance.

PETRA. Y ¿se podrá terminar
la obra?

ROBERTO. Habiendo millones...
PETRA. Y ¿subirán las acciones?
ROBERTO. Sin duda.
PETRA. Compra, Gaspar.
GASPAR. ¿Qué?
PETRA. Papel, ántes que cobre
mas valor. En fin, haz algo.
GASPAR. Yo de mi paso no salgo.
PETRA. Pues nunca saldrás de pobre.
¿Primo?
ANDRES. ¿Qué? (Suspendiendo la lectura.)
PETRA. ¿Compras papel
del canal?
ANDRES. ¿Agua? No quiero.
ROBERTO. ¿Por qué ha dé buscar dinero
quien es tan rico?
ANDRES. (¡Cruel!) (Sigue leyendo.)
ROBERTO. Si el gobierno nos concede
la subvencion y cobramos...
PETRA. Pues ¿quién lo duda?
ROBERTO. Y llegamos
á Zamora...
PETRA. ¿Qué sucede? (Pausa corta.)
ROBERTO. ¡Mil negocios! ¡Y uno loco!
PETRA. ¿Comprar barcas?...
ROBERTO. Es mas vasto.
PETRA. ¿Hacer molinos y gasto
de fuerza motriz?
ROBERTO. Es poco.
PETRA. Pues esto produce un tanto...
ROBERTO. ¡Oh! tu mujer, segun veo,
tiene genio... (Con entusiasmo, á Gaspar.)
GASPAR. ¡Ya lo creo!
(Dímelo á mí que lo aguanto.)
ROBERTO. Mire usted, este es mejor:
en estos pueblos... (Señalando el plano.)
PETRA. A ver....
ROBERTO. Castronuevo... (Leyendo en el plano.)
PETRA. Sí...
ROBERTO. Bolver...
Tordehumos...
PETRA. Sí, señor.
ROBERTO. Hay terrenos de sequio
que ofrecen ganancia cierta,
cuando el canal los convierta
en tablas de regadío.
Antes, logrando comprar
algunas tierras...

PETRA. ¿Algunas?
ROBERTO. Ó muchas: se hacen fortunas
inmensas.
PETRA. Compra, Gaspar.
ANDRES. ¡Buen negocio!
(Soltando el libro y acercándose á la mesa.)
GASPAR. Lo que es este
no es malo.
PETRA. Pues hazlo.
GASPAR. Pero...
PETRA. ¿Qué pero? Si no hay dinero
que la Condesa te preste.
Por nosotros se interesa:
tú le administras sus bienes...
GASPAR. ¿Y tú por seguro tienes
que vendan... (Á Roberto.)
ANDRES. (Bajo á Petra.) Dí: la Condesa...
ROBERTO. (Paseando con Gaspar.)
Averiguarlo pretende
mi encargado, y hasta ahora
no sé ..— Amigo, tu señora
lo entiende.
GASPAR. ¿Qué es lo que entiende?
(Se paran.)
ROBERTO. Que es respetable sujeto
el oro, y busca con brio.
GASPAR. Pues ahí verás; trata el mio
con poquísimo respeto. (Siguen paseando.)
PETRA. La viudita...
ANDRES. Me contenta.
PETRA. Te enamora y te conviene;
que si eres rico, ella tiene
quince mil duros de renta.
ANDRES. Díme: ¿Pablo la siguió
á Bayona?
PETRA. Tambien fuí
yo á Bayona.
ANDRES. ¿Y ahora aquí
la sigue?...
PETRA. Y aquí estoy yo.
ANDRES. (Bajando la voz con alegría.)
¿En relaciones estás
con Pablo?
PETRA. ¡Chico! Soy fiel.
ANDRES. ¿Tú eres la ninfa á quien él
sigue y persigue!
PETRA. Quizas.

ANDRES. Si me estimas cual te estimo
ponle los ojos serenos:
entreténmelo. ¿Qué menos
puedes hacer por tu primo?
GASPAR. ¿Petra?
PETRA. ¿Qué?
ANDRES. No le des suelta.
PETRA. ¿Conque es rival tan cruel?
GASPAR. Ven, por si quiere Isabel
salir á dar una vuelta.

ESCENA II.

ROBERTO y ANDRES.

ANDRES. ¡Inícuo! ¡Cómo te burlas
de mi estado lastimoso!
«¿Por qué ha de buscar dinero
quien es tau rico?» ¿Eh?
ROBERTO. Supongo
que tú mantienes oculta
la situacion del tesoro:
pues si saben que á despecho
de tu pingüe patrimonio
gravita sobre tu alma
un *déficit* horroroso...
ANDRES. ¡Chis! mas bajo.
ROBERTO. ¿Ves?
ANDRES. Si saben
la verdad, me echan á fondo.
ROBERTO. Pero ¿cómo has disipado?...
ANDRES. ¿Y tú me preguntas cómo?
¿No has sido tú el sempiterno
corredor de mis negocios?
ROBERTO. ¿Negocios? (Con ligera ironía.)
ANDRES. Sí: para muchos... —
¡Parece un sueño espantoso!
Juegos, mujeres, amigos,
eslabonados trastornos,
el ocio... ¡Nada en el mundo
es tan caro como el ocio!
Siempre la ocasion delante;
siempre el usurero pronto;
y luego el tanto por ciento,
ese reptil insidioso
que á lamer los capitales
comienza poquito á poco,
y luego, no lame, chupa,

traga, devora, y mas gordo
que su víctima, la suelta,
y la escupe y....

ROBERTO. (Tocándole en el hombro.)
Ecce, homo.

ANDRES. Mas no; no la suelta; entónces
fueran ménos mis ahogos.

ROBERTO. ¡Valor! Aun todos presumen
que eres muy rico.

ANDRES. ¡No todos,
Roberto! Tres usureros
me persiguen como lobos.

ROBERTO. ¿Tres nada ménos?

ANDRES. Con tres
escrituras de depósito.
Es decir, que entro en la cárcel
cuando quieran.

ROBERTO. (Animándolo.) ¡Qué demonio!...
Eres jóven...

ANDRES. Sin dinero,
chico, se envejece pronto.

ROBERTO. (Mirándolo despacio.)
Y aunque un poco trasnochado
y lácio, no eres mal mozo.

ANDRES. ¡Ps!...

ROBERTO. Tú has seducido algunas
mujeres.

ANDRES. ¡Oh! ¡Qué dichoso
aquel tiempo!

ROBERTO. Esto da siempre
cierto prestigio á los ojos
del bello sexo.

ANDRES. Sí.

ROBERTO. Conque...
resuélvete, en fin...

ANDRES. Á todo.
La Condesa...

ROBERTO. ¿La amas?

ANDRES. Yo...
desde que soy pobre, odio
á todo el mundo: mas ella
me puede sacar del golfo.

ROBERTO. ¿Le has dicho?...

ANDRES. Ni una palabra.

ROBERTO. Bien. ¿Cuentas con el apoyo
de tu prima?

ANDRES. Sí.

ROBERTO. Ya es algo.
Prosigue: tiene mi voto
tu plan.

ANDRES. ¿Qué plan es el mio?

ROBERTO. (Como recordando.)
¿Qué plan? Si no me equivoco,
me dijistes....no recuerdo
cuándo...

ANDRES. ¿Qué te dije?

ROBERTO. El modo
de hacerla tuya.

ANDRES. No caigo...
¿Te dije?...

ROBERTO. (Despacio y con intencion.)
«Yo no abandono
á la Condesita; sigo
con el respeto mas hondo
sus pasos, y no hablo nunca
de amor ni de matrimonio:
hago qne las apariencias
me acrediten de dichoso,
y al par que en ella descuido
recelo inspiro en los otros.
De esta suerte...»

ANDRES. Esa es la táctica
de muchos que yo conozco.

ROBERTO. Esta es la calumnia muda
con que algunos se dan tono.

ANDRES. ¿Yo he pensado?...¿Estás seguro?

ROBERTO. Sí; y añadiste: «Si logro
dar un golpe que confirme
las sospechas...»

ANDRES. Ya supongo
lo que me inspiró... — Há tres años
que estaba aquí con nosotros
bañándose una muchacha
encantadora, un pimpollo
fragante.

ROBERTO. ¿Y qué?

ANDRES. Yo solia
echarle algunos piropos,
y ya de vernos unidos
murmuraban en los corros.
La noche de mi partida
aquí me encontraba solo:
era muy tarde: aquel era (Señalándolo.)
su balcon. Me agarro al tronco

de un árbol, y braceando
llegué... Ya han cortado el olmo
por donde subí. Yo he sido
un gimnasta poderoso.

ROBERTO. ¿Subiste?...

ANDRES. Empujo la puerta
y estaba echado el cerrojo.
De prisa la retirada
emprendí: mas el demonio,
que no duerme, hizo que alguno
me viera, y estos ociosos
bañistas, que se entretienen
en despellejar al prójimo...
¡Figúrate tú! En Paris
oia yo los sollozos
de la víctima. Me hablaron
de casaca y me hice el sordo.
¡Yo era rico, y el dinero
es tan cruel! (Pausa.) Si la pongo
en igual caso...

ROBERTO. (Ya es mio.)

ANDRES. (Mirando á la casa.)
¡Qué causalidad! El propio
aposento, á la Condesa
le sirve de dormitorio.
Mi fin es bueno: si acaso
la comprometo, le otorgo
mi mano.

ROBERTO. Y ella comprende
que su estado es peligroso;
que debe buscar un hombre
que la ampare...

ANDRES. Y de ese modo
¿imaginas que se casa
conmigo?

ROBERTO. Pues. (Ó con otro.)

ANDRES. (Reflexivo.)
No hay duda...

ROBERTO. (La compromete
este simple: me interpongo
y la defiendo, y...)

ANDRES. (¡Prudencia!
y en llegando el caso, ¡arrojo!)

ESCENA III.

DICHOS, RAMONA, despues SABINO.

RAMONA. (Dirigiéndose á Andres, á quien ve de espaldas.)
¿Sabino?
ANDRES. (Á Roberto.) La criada.
RAMONA. Oye.
(Andres vuelve la cara.)
Perdone usted. (Cortada.)
ANDRES. (Con dulzura.) Si perdono,
prenda.
RAMONA. Pensaba...
ANDRES. ¿Por quién
me has tomado?
RAMONA. (En tono de elogio.) Por un mozo...
ANDRES. ¿Es guapo mozo?
RAMONA. El que sirve
al señorito...
ANDRES. (¡Demonio!
¿Si sabrá que estoy tronado?)
SABINO. ¡Ramona con dos... Ramonos!
¡Alerta!
ROBERTO. Y cuándo se casa
tu ama?
SABINO. (Que en el período
de baños se reblandecen
con tanto estar en remojo.)
RAMONA. (Á Andres.)
Sabino es aquel.
ANDRES. (Despues de mirarlo.) ¡Pues vaya!
Ya tengo por mal pronóstico
esta...
ROBERTO. ¿Te vienes?
ANDRES. ¿Contigo
puedo contar?
ROBERTO. Para todo.

ESCENA IV.

RAMONA y SABINO.

SABINO. ¿Cuál de los dos es tu amigo?
RAMONA. ¿Esas tenemos?
SABINO. ¡Qué pronto
que trabas palique!

RAMONA. ¡Tonto!
¡Si lo equivoqué contigo!
Desde que gastas sombrero
alto y chaqueta con faldas,
asi... mirado de espaldas,
pareces un caballero.

SABINO. ¿Me equivocaste tambien
ayer tarde con don Pablo?

RAMONA. ¿No es tu amo?

SABINO. ¡Voto al diablo!
¿y es razon?...

RAMONA. ¿No te hace bien?
Él te dispensa favores,
y yo lo debo estimar.

SABINO. ¿Y vas á beneficiar
á todos mis bienhechores?

RAMONA. (Incomodada.)
Vamos.

SABINO. ¡Te abrazó!

RAMONA. Si fué
que estaba un niño llorando,
y descalcito, y echando
mucha sangre por un pié.
Llegó y lo empezó á curar
tu amo con un cariño!

SABINO. ¿Y siempre que llora un niño
tú te dejas abrazar?

RAMONA. Yo entónces de lo bendita
que es mi ama me acordé,
y dije: «cásese usté,
señor, con mi señorita.»
Y me abrazó.

SABINO. Que aproveche,
prenda.

RAMONA. Sin malicia alguna.

SABINO. Pero...

RAMONA. Me parezco á una
que fué su hermana de leche.

SABINO. Pues entónces...

RAMONA. No es posible
ser zafia. Yo... la verdad...

SABINO. (Tanta sensibilidad
me puede ser muy sensible!)

RAMONA. ¿Qué piensas?

SABINO. (Si no la escamo,
si no arranco de raiz...)

RAMONA. ¿Qué estás rumiando?

SABINO. (Cogiéndola de la mano.) ¡Infeliz!
¡Tú te fias de mi amo!

RAMONA. ¿Pero es posible que quepa
maldad?...

SABINO. ¿No mienten las fachas?
¡Ya ha perdido á tres muchachas!
(Agua va.)

RAMONA. ¡Tres!...

SABINO. Que yo sepa.

RAMONA. Cierto que es tan cariñoso
conmigo...

SABINO. ¡Pura doblez!

RAMONA. Si, pues que venga otra vez,
verá...

SABINO. (Ya tengo reposo.)

RAMONA. (Con ira.)
Pues tuya es la culpa.

SABINO. ¡Mia!

RAMONA. Si ya te hubieras casado
conmigo...

SABINO. ¿Y hemos ahorrado
lo bastante todavía?

RAMONA. Yo...mucho mas que tú vales.

SABINO. ¿Cuánto?

RAMONA. En el arca seguros,
tengo...
(Mira alrededor.)
cuatrocientos duros.

SABINO. Es decir...ocho mil reales.

RAMONA. ¿Y tú?

SABINO. Peso sobre peso...
(Mira á todos lados.)
doce mil...

RAMONA. ¡Jesus, qué rico!

SABINO. ¡Doce mil realazos!

RAMONA. Chico,
¿y cuándo es la boda?

SABINO. Eso...

RAMONA. ¿Qué?

SABINO. Ya ves, cuatro mil reales
te aventajo en el caudal.

RAMONA. (Inquieta.)
¿Y qué?

SABINO. Que paran en mal
matrimonios desiguales.

RAMONA. ¿Y piensa usted, don tirilla,

que usted vale?... Adios te queda.
(Quiere irse, Sabino la detiene.)

SABINO. ¡Muchacha! (¡Que yo no pueda
vivir sin esta guindilla!)
Fué broma.

RAMONA. Pues no me des...

SABINO. Conque, chica, á ver si hacemos
algun negocio ó ponemos
nuestro dinero á interes.

RAMONA. Una quisiera arrojarse
á prestar y hacer fortuna;
pero hay tanto pillo, que una
no sabe de quién fiarse.

SABINO. Yo en Madrid de buena gana
iba á adelantar dineros...

RAMONA. ¿Á quién?

SABINO. Á unos jornaleros,
real por duro á la semana.

RAMONA. La cobranza es mucha lid.

SABINO. No: yo iba á dar mi dinero;
pero ántes lo dió un banquero
que anda en coche por Madrid.

RAMONA. Es claro: Madrid es tierra
de pesquís y manos listas.

SABINO. Y allí los capitalistas
¡nos hacemos una guerra!

RAMONA. ¡Paciencia!

SABINO. ¡Acechaudo estoy!...

RAMONA. Á fe que nos han tocado
buenos amos.

SABINO. Yo criado,
lo que es criado...no soy.

RAMONA. ¿Pues qué eres?

SABINO. Y es necesario
que lo tengas muy presente.
He sido ya su escribiente,
y ahora soy...

RAMONA. ¿Qué?

SABINO. Secretario.
Yo en oficios no me empleo
de baja estofa: soy listo...

RAMONA. Yo peino al ama, la visto
y la acompaño á paseo.
Y no presta mi persona
otro servicio ordinario;
conque, si tú secretario,

yo camarera.

CONDESA. (Saliendo.) ¿Ramona?

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA, despues PABLO.

SABINO. Ahí tienes á la Condesa.
RAMONA. Y tu amo allí.
SABINO. (Nuestras gangas.)
CONDESA. Vé y lávame aquellas mangas
que dejo sobre la mesa.
SABINO. ¿Lavas mangas, Ramoncilla?
RAMONA. Aquí lavan mal lo fino.
PABLO. Entra en la cuadra, Sabino,
y pon al potro la silla.
RAMONA. ¿Ensillas?
SABINO. Aquí no hay otro
que entienda aquel vestuario.
RAMONA. ¿De quién eres secretario,
de don Pablo ó de su potro?

ESCENA VI.

La CONDESA, PABLO.

PABLO. (Despues de mirar alrededor, y respirando con satisfaccion.)
¡Ah!
CONDESA. ¡Calla! (Observando.)
PABLO. Ninguno observa...
CONDESA. Pensaba oir...
PABLO. Pero, díme:
¿no te cansa? ¿no te oprime
tan cuidadosa reserva?
CONDESA. ¿Te pesa?
PABLO. Ya ves: me ciño
tan fielmente á tus antojos,
que ni aun consiento á mis ojos
deletrear tu cariño.
Pero no hay amor profundo
que en tanto silencio quepa.
CONDESA. ¡Pablo!
PABLO. Rabio porque sepa
mi cariño todo el mundo.
Y á veces en la reunion
tengo intenciones atroces.

CONDESA. ¿De qué?
PABLO. De decir á voces
mi pasion y tu pasion.
CONDESA. ¡Muchacho! ¿Estás loco?
PABLO. Vamos;
hablemos...
CONDESA. Díme...
PABLO. Ante todo:
¿me quieres del mismo modo
que la última vez que hablámos?
CONDESA. ¡Vanidoso! Pues ¿lo ignoras?
PABLO. Al verte no desconfío;
mas cuando pasan, bien mio,
sin hablarnos ¡tantas horas!
enturbiando mi alegría,
dice la duda cruel:
¿si no me querrá Isabel
lo mismo que me queria?
CONDESA. Ausente el amor se acendra.
PABLO. Sí, pero turban la calma...
CONDESA. Nubecillas que en el alma
el sol de la dicha engendra.
Inquietud del idealismo
que á veces duda se nombra,
y es melancólica sombra
que se hace el bien á sí mismo.
Es afan que me atormenta
tambien, y la calma pierdo.
PABLO. ¡Isabel! (Queriendo tomarle una mano.)
CONDESA. (Retirándola.) ¡Y ahora me acuerdo!...
¡Sí, pues me tienes contenta!
PABLO. ¿Temes que yo haga saber
mi amor?
CONDESA. Es causa distinta.
¿Por qué has comprado la quinta
que visitámos ayer?
PABLO. ¿Sabes?
CONDESA. Dí.
PABLO. ¿Y eso te ofende?
CONDESA. Me ha disgustado: ¡ahí es nada!
PABLO. La compro porque te agrada
y porque el dueño la vende.
CONDESA. Ya comprendí la torpeza
de mi elogio, y me arrepiento.
PABLO. ¡Pues si es el mayor contento
que le debo á mi riqueza!
La flor que en tu pecho luce

cogiste allí.

CONDESA. ¿Y es razon?...

PABLO. Pues ya es tuya, y tuyas son
cuantas su jardin produce.
¿Quién te ha dicho?...

CONDESA. ¿Te incomoda
que yo indague?

PABLO. ¡Qué locura!
Pensé poner la escritura
con los regalos de boda.

CONDESA. ¡Si eres bueno!
(Cogiéndola una mano. Pablo intenta besar la suya. Isabel la retira mirando alrededor.)
No seas loco.

PABLO. ¿Cuándo me sacas de penas?

CONDESA. ¡Si hace dos años apénas
que estoy viuda!

PABLO. ¿Y es poco?

CONDESA. Corto tributo en verdad
al anciano que aun bendigo,
ilustre sombra y abrigo
de mi temprana horfandad.
Cuando juzgo descubierto
nuestro amor, aunque inocente,
temo, Pablo, que la gente
se mofe del pobre muerto;
¡y me causa tan acerba
pesadumbre!...

PABLO. ¡Extraña fe!

CONDESA. Pues esta al principio fué
la causa de mi reserva.

PABLO. ¿Puede mas un desvarío
que la dicha de los dos?

CONDESA. ¡Pablo!...

PABLO. (Impaciente.) ¿No es tiempo?

CONDESA. ¡Por Dios!...
Ten paciencia, Pablo mio.

PABLO. Yo aguardara con reposo,
á no vivir tan sujeto
nuestro amor.

CONDESA. (Con candorosa malicia.)
Es que el secreto
me puede ser provechoso.
Tú eres bueno al parecer.

PABLO. ¿Duda?

CONDESA. Aunque no me desvela,
un poquito de cautela

sienta bien en la mujér.
Y...comienzan á inquietarme
unos celos tan extraños,
cuando repaso los años
que has vivido sin amarme.
Yo quiero saber tu historia.

PABLO. Si fuera mi corazon
un libro...

CONDESA. (Interrumpiéndole.) ¡Con qué aficion
lo aprendiera de memoria! —
Ya que nuestras relaciones
están ocultas, y puedo
hacer preguntas, sin miedo
de envidias y adulaciones,
yo sabré...

PABLO. Contra esa idea
ya he sabido prepararme.

CONDESA. Pues ¿qué has hecho?

PABLO. Congraciarme
con todo el que te rodea.
Pregúntales: no hay un hombre
mejor: indaga...

CONDESA. Eso quiero:
y ya lo he intentado; pero...
siempre que escucho tu nombre
temo que la turbacion
descubra mi sentimiento,
y callo ó hago al momento
cambiar de conversacion.

PABLO. Pues si no rompes la valla...

CONDESA. Sí haré, que amor me estimula...

PABLO. Gente viene.

CONDESA. Disimula.

PABLO. ¿Y cuándo?...

CONDESA. Prontito. Calla.

ESCENA VII.

DICHOS, ANDRES, PETRA y SABINO.

ANDRES. ¡Juntos!...

PETRA. Obsérvalos bien:
ni se miran.

ANDRES. Pues es cierto.

CONDESA. Aquí te esperaba. (Á Petra.)

PETRA. ¿Vamos
á emprender nuestro paseo

hacia Mondragon?

CONDESA. Aun hace mucho calor.

ANDRES. Esperemos.

CONDESA. Gracias.

(Aceptando una silla que Andrés le ofrece y sentándose. Andrés se sienta á la derecha de Isabel.)

PETRA. (Ap. á Andrés.) La ocasion es calva.

ANDRES. Entreten á Pablo.

PETRA. Bueno.

(Esto lo dicen miéntras Isabel se sienta y Andrés coge su silla. Petra pasa á la izquierda; coge el libro que Andrés dejó encima de la silla que ocupó al principio del acto, y se sienta en ella. En tanto entra Sabino y Pablo le sale al encuentro.)

SABINO. Ya está el potro...

PABLO. Bien: mas tarde...

SABINO. Y ademas un caballero
que busca á usted.

PABLO. ¿Quién es?

SABINO. Dice
que apoderado del dueño
de la quinta.

PABLO. Y ¿qué pretende?

SABINO. Saber poco mas ó ménos
cuándo se hace la escritura
y la entrega del dinero.

PABLO. ¡Ah! tiene razon. Que aguarde
hasta que venga el correo,
que estoy esperando letras
sobre Bilbao. (Vase Sabino.)

PETRA. (Observando de reojo á Pablo.) (Veremos
á quién se acerca.)

PABLO. ¿Petrita?...

(Coge una silla y se sienta á la izquierda de Petra, de suerte que Andrés y Pablo están casi de espaldas.)

ANDRES. ¡Qué linda flor!

CONDESA. Es muy bello
este jacinto.

ANDRES. Dos ramos
de flores por él ofrezco.

CONDESA. ¡Ah! no, que usted perderia.

ANDRES. La flor que está en ese pecho
vale un jardin.

CONDESA. Pues, amigo,
si vale tanto, yo pierdo.

ANDRES. En perder está la prueba...

CONDESA. ¿La prueba de qué?
ANDRES. De afecto...
amistoso.
CONDESA. La amistad
no necesita floreos.
ANDRES. (¿Si sentirá que no diga
de amor?...)
PETRA. La compra celebro,
que la quinta es deliciosa.
PABLO. ¿Le agrada á usted?
PETRA. En extremo.
Á la Condesa y á mí
nos gusta mucho.
PABLO. Por eso
la compré.
PETRA. (Mudando de tono.)
¿Porque me gusta
la compró usted?
PABLO. Yo deseo
con ansia que algun verano
pase usted...
PETRA. ¿Yo?... ¿cómo?... (Esto
ya es declararse. Me tiene
tanto amor como respeto;
mas evitar es preciso
las ocasiones.)
PABLO. (Espero
que lo que es Petra dará
buenos informes.)
ANDRES. Soy terco,
Condesa.
CONDESA. ¿Y qué?
ANDRES. Que esa flor
me está quitando el sosiego.
CONDESA. ¡Vaya un capricho!
ANDRES. Señora,
no es capricho el sentimiento
que inspiran tan fácilmente
esos ojos, y...
CONDESA. (Interrumpiéndole.) Mudemos
de asunto.
ANDRES. (¡Malo!)
CONDESA. (¡Y se atreve
el mentecato!...)
ANDRES. (Sospecho
que erré el golpe.)
CONDESA. (Es peligrosa

mi situacion.) (Se queda pensativa.)

ANDRES. (Con disgusto.) Al momento
me voy á fondo. Resabios
de cuando tuve dinero.)

CONDESA. (Observando á Pablo y á Petra.)
(¡Y Pablito disimula
con tal primor!... vamos, esto
no puede seguir... Hoy mismo
anuncio mi casamiento.)

PABLO. Tardan en llegar las cartas:
¿verdad?

ANDRES. (¡Qué séria se ha puesto!
¿Si sabrá que estoy tronado?)

PETRA. (Con malicia.)
¿Espera usted algun pliego
importante?

PABLO. (Disculpándose.) No, señora;
no piense usted...

PETRA. Nada pienso.

PABLO. Asuntos de casa.

PETRA. (El pobre
no quiere que tenga celos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GASPAR. Trae varias cartas y un periódico.

GASPAR. Pablo, para tí me han dado...

PABLO. ¡Ah! ¿Cartas?... (Se levantan.)

GASPAR. (Dándoselas.) Tres nada ménos.

CONDESA. ¿Hay para mí?

GASPAR. No, señora.

PETRA. ¿Y nosotros?

GASPAR. No tenemos
ninguna.

PETRA. Dáme el periódico.
(Busca la gacetilla y lee para sí.)

ANDRES. (Á mi sistema me vuelvo.
La sigo y aguardo...)

CONDESA. (Acercándose á Petra.) ¿Eres
política?

PETRA. (Sin apartar la vista del periódico.)
Siempre leo
la gacetilla.

GASPAR. Y los crímenes.

CONDESA. ¡Qué gusto!

PETRA. (Leyendo.) «¡Crímen horrendo!»

GASPAR. ¡Qué pronto has cazado!...
PETRA. Y este
es atroz.
ANDRES. Pues lee de recio.
PABLO. (No es esta.)
(Mirando la firma de una carta: abre otra y lee para sí con muestras de agitacion creciente. Todos atienden á Petra.)
PETRA. (Leyendo.) «Un labriego ha sido
envenenado en un pueblo
de la Mancha. Son notables
las circunstancias del hecho.—
Para salir de un apuro
parece que vendió un huerto
á un vecino suyo, á carta
de gracia.» Pues no comprendo...
GASPAR. Vender á carta de gracia
es poder en cierto tiempo
prefijado recobrar
lo vendido, devolviendo
la cantidad recibida.
¿Estás?
PETRA. ¡Ah! sí. (Lee.) «El usurero,
que así en el pueblo llamaban
al comprador, tenia empeño
en quedarse con la finca
codiciada, y el labriego,
al par que avanzaba el plazo
iba juntando el dinero.
Ántes que el plazo espirara,
dos ó tres dias, comieron
juntos. Á las pocas horas
era ya cadáver...»
PABLO. (Acabando de leer su carta.) (¡Cielos!)
CONDESA. ¡Ah! ¡Qué infamia!
PETRA. «El asesino
está en la cárcel»
CONDESA. Me alegro.
¡Vaya una lectura amena!
Suelta ese papel.
PETRA. Daremos
una vuelta.
CONDESA. ¡Oh! Necesito
espaciárme. Ven.
PABLO. (Mirando la carta.) (Si creo
que estoy soñando.) ¿Gaspar?
GASPAR. ¿Qué tienes, chico? Estás trémulo.

ESCENA IX.

PABLO y GASPAR.

GASPAR. Habla.

PABLO. Que estoy arruinado.

GASPAR. ¡Arruinado! ¿Y cómo?

PABLO. (Entregándole la carta.) Léelo.

GASPAR. «No he podido vender el papel de que usted me habla, y siento en el alma tener que decirle el motivo. El amigo cuya fianza habia usted completado con sus bienes, al rendir las cuentas de la recaudacion de contribuciones ha salido alcanzado en una suma enorme. En tanto que los tribunales de Hacienda no resuelvan esta cuestion, usted no puede disponer de ninguno de aquellos bienes anejos á la fianza. Véngase usted inmediatamente á la corte.»
Y estos bienes. ...

PABLO. Eran todos,
casi todos los que tengo.
Los que tuve.

GASPAR. Todavía...
La Hacienda tiene derecho
á cobrarse de cualquiera
de los fiadores. Mas luego,
si resulta la insolvencia,
entraréis al prorateo
y...¿quién sabe?...

PABLO. Me parece
que deliro...

GASPAR. El descubierto
asciende...(Mirando la carta.)

PABLO. ¿Á cuánto?

GASPAR. No dice...

PABLO. Será mi ruina: lo espero.
¡Era yo tan venturoso
hace poco!
(Se enjuga las lágrimas con la mano.)

GASPAR. ¡Eh! ten aliento.

PABLO. Sí, lo tendré.

GASPAR. Á las desgracias
nacemos todos sujetos.
No es hombre quien no ha sufrido
alguna.

PABLO. Aunque ves que tiemblo,

yo te suplico, Gaspar,
que no formes mal concepto
de mí...

GASPAR. ¡Pablo! (Tomándole una mano.)

PABLO. Nunca he sido
idólatra del dinero.
Y seré pobre con honra.

GASPAR. (Abrazándole.)
¡Pablo! ¿Pues quién duda eso?

PABLO. Mas la verdad, este golpe...
¡si vieras en qué momento
lo recibo!

GASPAR. Sin demora
véte á Madrid. Yo me ofrezco
á acompañarte, que siempre
serviré de algo.

PABLO. Si debo
entregar quince mil duros
al instante.

GASPAR. ¿No está hecho
el pago?

PABLO. No está pagada
la quinta.

GASPAR. Pues te aconsejo
que no la compres.

PABLO. He dado
palabra de honor; el dueño
deshizo por complacerme
otro contrato; yo aun puedo
vendiendo algunas finquillas
juntar algo mas del precio;
bastante mas: no vacilo.
La palabra es lo primero.
Sí, Gaspar, no lo perdamos
todo en un dia.

GASPAR. Yo siento
no poder...

PABLO. Si tú pudieres,
no te hablara yo...

GASPAR. Mas tengo
cuatro mil duros, si quieres...

PABLO. No bastan: te lo agradezco.

GASPAR. (Insistiendo.)
¡Qué diablos!

PABLO. Véte á Bilbao:
tú conoces el comercio;
búscame algun prestamista,

cualquiera, el mas usnrero;
con tal que pronto me saque...

GASPAR. Voy... Y acaso... (Deteniéndose.)

PABLO. Te prometo
pagárselo. No lo dudes.

GASPAR. ¡Yo dudar!

PABLO. Como solemos
pensar tan mal de los pobres.

GASPAR. ¡Oh! ¿vas á perder tu bello
carácter, porque has perdido
tu riqueza?

PABLO. Vé...

GASPAR. No; pienso
encontrarlo, sin salir
del mismo establecimiento.

PABLO. Pnes corre.

GASPAR. Voy al instante.

PABLO. Atiende, y guarda silencio.
Ya me parece que todos
me señalan con el dedo,
y... ¿qué sé yo? Es pudorosa
la desgracia.

GASPAR. Pierde el miedo.
(¡Pobre muchacho!)

ESCENA X.

PABLO.

¡Dios mio!
¡en qué circunstancias pierdo
mi patrimonio!.... Isabel,
porque era tuyo, lo siento.
(Se deja caer en una silla.)
¡Tener que comprar ahora
una quinta de recreo!...
Jamas inventó la suerte
un sarcasmo tan sangriento. —
Si descubren mi desgracia
y mi amor al mismo tiempo,
pensarán que interesado... —
Hoy he tenido un empeño
en que Isabel publicara
nuestro cariño, que temo
que tambien ella sospeche...
¡Jesus! La estoy ofendiendo.
(Se levanta.)

Peores que la pobreza
son los malos pensamientos
que inspira. Nunca he sentido
tan miserables recelos.

ROBERTO. ¿Y quién es? (Saliendo con Gasper.)

GASPAR. Voy á decirles
(Señalando adentro.)
que no me esperen y vuelvo. (Sale.)

ROBERTO. Está bien. (Se adelanta.) Si es un negocio
aceptable... Mas ¿qué veo?...
Me parece...

PABLO. Gente llega.

ROBERTO. No hay duda. ¡Pablo!

PABLO. ¡Roberto!
(Se abrazan.)

ESCENA XI.

PABLO y ROBERTO.

ROBERTO. ¡Oh, qué agradable sorpresa!...
¿Viniste?...

PABLO. Ayer.

ROBERTO. No sabia.
¿Has viajado en compañía
de Gaspar y la Condesa?

PABLO. Juntos no; pero...

ROBERTO. ¿En Bayona
estuviste?

PABLO. Corto espacio. (Pausa.)

ROBERTO. Noto al mirarte despacio
cierto cambio en tu persona.
Tú eras alegre, y hoy, chico... (Mirándole.)
¿Tienes esplin?

PABLO. Puede ser.

ROBERTO. ¿Comienzas á padecer
enfermedades de rico?

PABLO. Dicen que has hecho un caudal...

ROBERTO. Ya sabes tú que mi herencia
fué corta: mas con paciencia
y algun negocio... — Tal cual. —
Poca ó mucha, mi ganancia
toda es tuya.

PABLO. Yo te doy
las gracias.

ROBERTO. Por algo soy
tu amigo desde la infancia,

y si quieres ser mi socio, (Abrazándole.)
ya sabes tú que soy listo,
no perderás.

GASPAR. (Viéndolos abrazados.) Por lo visto
ya está arreglado el negocio.
Señores...

ESCENA XII.

DICHOS, GASPAR.

PABLO. ¿Y el usurero? (Ap. á Gaspar.)

GASPAR. Este.

PABLO. ¡Roberto!

GASPAR. ¿Te pesa?

ROBERTO. Y di, ¿qué persona es esa
(Con indiferencia á Gaspar.)
que necesita dinero?

GASPAR. Pablo.

ROBERTO. ¿Meditas tal vez
alguna empresa? Bien puedes.
contar... (Pasando al lado de Pablo.)

GASPAR. ¿Conque eran ustedes
amigos?

ROBERTO. De la niñez.
¿Qué es ello?

PABLO. Ya que es preciso,
no lo niego.

ROBERTO. ¿Qué te altera?

PABLO. Eres mi amigo y quisiera
librarte del compromiso.
Presté una fianza y...

ROBERTO. Dí.

PABLO. Que tengo todos mis bienes
casi perdidos.

ROBETO. ¡Que tienes
perdida tu hacienda!

PABLO. Sí.
Y yo ignorando el pesar
de que estaba amenazado,
ví una quinta, la he comprado,
y no la puedo pagar.
Algo me queda, y yo espero
que del trance en que me ves
me libres, y que me des
á rédito ese dinero.

ROBERTO. Sí tal: en viendo la parte

que libras de la fianza,
con entera confianza
podré luego adelantarte...,

PABLO. Quince mil duros me cuesta
la finca, y los necesito
al instante.

ESCENA XIII.

DICHOS, SABINO.

SABINO. Señorito,
que está aguardando respuesta
ese hombre.

PABLO. (Á Roberto.) ¿Ves mis apuros?

ROBERTO. ¿Qué firmas tienes?

PABLO. La mia.

ROBERTO. Pues, chico, sin garantía,
ya tu ves... quince mil duros...

PABLO. Hombre, tu oferta amistosa
me ha infundido libertad...

ROBERTO. Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa.
El que propones no es bueno,
y ¿qué he de hacer, voto al diablo?

PABLO. Sabes quién soy.

SABINO. (Mi don Pablo,
por lo visto está de trueno.)

PABLO. Mi honra.

ROBERTO. ¿Qué quieres que haga?
El hombre mas caballero,
Cuando no tiene dinero...
no lo tiene.

SABINO. (Y no lo paga.)

ROBERTO. Hay que tentarse la ropa
para dar dinero.

SABINO. (¡Pues!)

ROBERTO. Ya ves la alarma, ya ves
el estado de la Europa.
En vista de tanto alarde
militar, sin saber dónde,
huye el dinero y se esconde,
que el dinero es muy cobarde.

PABLO. Aun me queda algun caudal.

ROBERTO. ¿En dónde?

PABLO. En varios lugares.

ROBERTO. Casas viejas, palomares,
bienes de pueblo.

PABLO. No tal.
Hombre, cuando yo me atrevo
á pedirte...

ROBERTO. Pues expresa
dónde y cuántos.

PABLO. Una dehesa.

ROBERTO. ¿En qué sitio?

PABLO. En Castronuevo.

ROBERTO. ¿En Zamóra?

PABLO. Allí se halla.
Soy zamorano.

ROBERTO. En efecto
que tú...

GASPAR. (Ap. á Roberto.) El canal en proyecto
pasa por el pueblo.

ROBERTO. (Á Gaspar.) Calla,
Tu estado me compromete...

PABLO. (¡Oh!)

ROBERTO. ¿Cuánto vale?

PABLO. Hoy no sé.
La dehesa tasada fué
en el año treinta y siete.

ROBERTO. ¿En cuánto?

PABLO. En diez y ocho mil.

ROBERTO. ¿Duros?

PABLO. Sí. Si es una vega...

ROBERTO. La vanidad solariega
tasaba en mas...

SABINO. (¡Qué sutil!)

ROBERTO. Á mí no me tiene cuenta
en ese sitio.

GASPAR. (Ap. á Roberto.) ¿Qué estás
diciendo?

ROBERTO. (Calla.) Y tendrás
que perder algo en la venta.

PABLO. Son terrenos de labor.

ROBERTO. Supongo que serán buenos.

GASPAR. (Ap. á Roberto.)
Y mira que los terrenos
han triplicado el valor.

ROBERTO. Mas ya que en tales apuros
en mí tu amistad confía,
¡qué diablos!... la dehesa es mia.
Te doy los quince mil duros.

PABLO. Mi madre en la hora postrera

recomendados dejó
á sus colonos, y yo
si la vendo... No quisiera...

ROBERTO. Sí, son recuerdos maternos...

PABLO. Yo procuraré que cobres
de otro modo.

ROBERTO. Mas los pobres
no podemos ser tan tiernos.
Mi dinero no es tan santo.

PABLO. (¡Oh! Me hielan y me pasman
sus palabras.) (Con la mayor angustia.)

SABINO. (¡Me entusiasman
los hombres que saben tanto!)

GASPAR. (Á Roberto en tono de súplica.)
Fué tu compañero.

ROBERTO. De ocio.

GASPAR. Ten piedad: calma su duelo.

ROBERTO. ¿Y para ganar el cielo
se inventó el hacer negocio?
Por probarte que pretendo (Á Pablo.)
servirte con eficacia,
la compro á carta de gracia:
pacto de retrovendendo.
Ya ves que doy testimonio
de que me aflige tu pena.

SABINO. (Pacto de retro... Me suena
á pacto con el demonio.)

ROBERTO. Fijo un plazo, y si en el dia
que cumpla, devuelves esa
cantidad, tuya es la dehesa,
y si no, la dehesa es mia.

SABINO. ¿Cuándo se entrega el dinero?
Mire usted que está esperando...

PABLO. Acepto.

ROBERTO. Bien.

SABINO. (Á Pablo.) ¿Cuándo?

PABLO. Cuando...
te diga este caballero. (Señalando á Roberto.)

ESCENA XIV.

ROBERTO, GASPAR, SABINO.

SABINO. ¿Y usted, qué dice?

ROBERTO. Que esperes
un instante.

GASPAR. ¡Bien explotas
las circunstancias!

ROBERTO. He sido
un imbécil. Á estas horas
si yo lo apuro, del todo
suelta en mis manos la joya.
Pero yo siempre me dejo
llevar...

GASPAR. ¿Qué mas ambicionas?

ROBERTO. ¿Qué mas? Sacar al negocio
las entrañas. ¿Qué te asombra?
Parece que tú no vives
en este siglo. (Con enojo.)

GASPAR. Perdona.

SABINO. (¡Qué talento!)

GASPAR. (¡Si se casa
con mi mujer!...)

SABINO. (¿Y esa compra
de la quinta?...) (Interrogando á Gaspar.)

GASPAR. Yo sospecho
que Pablo en secreto adora
á la Condesa: ella gusta
de la posesion y él...

ROBERTO. ¡Hola!
(¿Si estará correspondido?
¿Quién lo duda? Cuando afloja
quince mil... Hay que estorbar...
Sí; pero ¿cómo se estorba?...
Si logro que me auxilien
Petra y...) Dí, ¿por qué no tomas
parte en el negocio?

GASPAR. ¡Hombre!
Pablo es mi amigo.

ROBERTO. Esta es otra.
Pues ¡hombre! ¿has de hacer negocios
con gentes que desconozcas?

ESCENA XV.

DICHOS, PETRA.

PETRA. Gaspar, la Condesa tiene
que hablarnos. Ven.

ROBERTO. En buen hora
llega usted.

PETRA. ¿De qué se trata?

GASPAR. (Cállate. Ap. á Roberto.)

ROBERTO. De que no hay forma
de conseguir que Gaspar
sea rico.

PETRA. Pues ¿quién ignora
que es tonto?

ROBERTO. (Procurando incitarla.)
Cuando el ocaso
mas feliz nos proporciona...

PETRA. ¿El qué?

ROBERTO. Una dehesa.

PETRA. ¿Terrenos?
(Con ansiedad creciente.)

ROBERTO. De labor.

PETRA. ¿Dónde?

ROBERTO. En Zamora.

PETRA. ¿Junto al canal?

ROBERTO. ¡En el mismo
trazado!

PETRA. (Pasando al lado de Gaspar.)
¿Por qué no compras?

SABINO. (¡Quién pudiera pellizcar
el negocio!)

ROBERTO. Es una monja.

GASPAR. Es de Pablo.

PETRA. (Con resolucion.) Si él la vende...

GASPAR. ¿Y he de explotar?...

ROBERTO. ¡Dále, bola!
Yo se la he comprado á carta
de gracia.

PETRA. Ya sé la forma.

ROBERTO. Le doy la tercera parte
y no la quiere.

PETRA. (Decidida.) La toma.

GASPAR. ¡Mujer!

PETRA. ¿Tú te has empeñado
en que pidamos limosna?

GASPAR. ¡Petra!

PETRA. Todos tus amigos
van arrastrando carroza,
y tú, fraile franciscano,
con venerable pachorra,
sigues recibiendo el cieno
que ellos al pasar te arrojan.
¿No se subleva tu orgullo (Con fuego.)
con esto? ¿No te abochornas?

SABINO. (Entusiasmado.)
(¡Qué mujer y qué negocio!)

PETRA. Y si al otro le acomoda
vender ó tirar su hacienda,
¿no es mejor que la recojan
los amigos, que las gentes
extrañas?

ROBERTO. ¿No reflexionas
que ya vendió? Tú no alteras
la situacion de las cosas.

GASPAR. Es verdad; pero si Pablo
sabe... (Dudoso.)

ROBERTO. Calma tu zozobra.
Yo solo daré la cara.

PETRA. Hecho está. (Dando la mano á Roberto.)

ROBERTO. Pasaré nota
á Bilbao...

GASPAR. Pero mira...

PETRA. ¡No me sofoques!

ROBERTO. Aprontas
cinco mil duros y yo
diez mil.
(Se retira a la mesa, saca una cartera y escribe con lápiz.)

GASPAR. Yo...

PETRA. ¡Jesus! ¡Qué posma!

GASPAR. Tomo parte; sí, la tomo.
(Con ira, y gritando.)
Pero escucha.

PETRA. No estoy sorda.

GASPAR. Tenemos cuatro mil duros,
y la parte que me endosa
vale cinco.

SABINO. (Metiéndose entre los dos.) ¡Don Gaspar!...
(Con tono bajo, anhelante y humilde.)
¡Doña Petra!... Si me otorgan
ustedes su vénia, yo
les entrego sin demora
los mil duros que les faltan.

PETRA. ¿Tú tienes?...

SABINO. Para que corran
de este súbito negocio
las vicisitudes todas,
y á mí, á cencerros tapados,
me den mi parte alicuota.
Yo callaré.

GASPAR. ¿Tú te atreves
á hacer negocios en contra
de tu amo?

SABINO. Yo no altero
la situacion de las cosas.
PETRA. Claro.
SABINO. Y una es la lealtad,
señor, y el negocio es otra.
PETRA. Ya ves que se ingenian todos...
GASPAR. ¿Pues no es mejor que este ponga
(Por Roberto.)
once mil?
PETRA. Calla; no sepa
que nos falta esa bicoca.
Pónlos (Ap. á Sabino.)
SABINO. (¡Ya soy un banquero
en agraz!)

ESCENA XVI.

DICHOS, RAMONA.

RAMONA. (Entra apresurada.) Que mi señora
aguarda á ustedes.
PETRA. Ya vamos.
RAMONA. Que quiere hablarles.
SABINO. Ramona.
RAMONA. ¿Qué pasa?
SABINO. Acabas de hacer
un gran negocio.
RAMONA. ¡Yo!
SABINO. Afloja
los ocho mil. He contado
con ellos.
RAMONA. ¿Tú?...
SABINO. ¿No me adoras?
RAMONA. Una cosa es el amor,
hijo, y el negocio...
SABINO. ¡Tonta!...
¡Si es magnífico!... ¡Si estamos
metidos con gente gorda!
RAMONA. Pues yo...
ROBERTO. (Con el plano en la mano.)
Porque ustedes vean
que mi oferta es generosa,
han de saber que las Cortes
están discutiendo ahora
la subvencion.
SABINO. (Á Ramona.) Nuestro asunto.
RAMONA. El tuyo: yo...

ROBERTO. Si la otorgan,
como espero, ántes de un año
llega el canal á Zamora.
Ya sabeis dónde se halla
la tal finquita; pues toma
tan grande valor, que hacemos
todos una suerte loca.
Ved:
(Todos se acercan con interes á la mesa donde se encuentra el plano.)
Castronuevo. Estas tierras
que están al canal tan próximas,
diez veces aumentarán
su valor cuando las obras
se terminen... Á nosotros
la dehesa tendrá de costa
solo la tercera parte
de lo que hoy vale; de forma
que en un año treinta veces
nuestro dinero se dobla.

RAMONA. ¡Treinta veces?

GASPAR. El negocio...

RAMONA. Chico, dispon de mi bolsa. (Á Sabino.)

GASPAR. Que no sepa...

PETRA. ¡Calla!

ROBERTO. Todo
lo perdemos si recobra
la finca.

PETRA. Hacer la escritura
á plazo breve.

SABINO. (Sin poder contenerse.) ¡Y sin próroga!

PETRA. ¿Teme usted?...

ROBERTO. Temo que un golpe
nuestros planes descomponga.

PETRA. ¿Cómo?

ROBERTO. Si Pablo se casa
ántes de un mes y la esposa
es muy rica, con su dote
puede devolver la cuota
recibida y nos quedamos
sin la dehesa.

RAMONA. (Á Sabino.) ¿Tiene novia?

SABINO. No sé.

PETRA. (Con petulancia.) Creo que no.

ROBERTO. (Con fuego.) Se indaga
y se descubre y se estorba...
No hay que jugar con la suerte:

señores, una vez sola
(Todos le escuchan con atencion.)
se presentan en la vida
negocios de tanta monta.
¡El negocio es lo primero!
que la suerte es rencorosa,
y pronto vuelve la espalda
al que una vez la malogra.

PETRA. ¡Oh, sí!

ROBERTO. Voy á formular
el contrato. (Vase.)

SABINO. Me impresiona
este hombre.

RAMONA. ¿Creerás que tiemblo
sin saber de qué?

PETRA. (Á Gaspar.) ¿Esa boda?...

GASPAR. Tambien sospecho...

PETRA. ¡Imposible!
¡Digo!... Pues fuera una broma...
y quizas ya es pobre.

CONDESA. ¿Petra?

GASPAR. ¡Calla! (Á Petra.)

PETRA. ¡Chito! (Á Sabino.)

SABINO. (Á Ramona.) ¡Punto en boca!

ESCENA XVII.

La CONDESA, GASPAR, PETRA, RAMONA, SABINO.

CONDESA. ¿No le has dicho á tu marido
que quiero hablar con ustedes?

PETRA. ¡Ay! Es verdad: ahora puedes
decirnos...

CONDESA. ¡Vaya un olvido!

GASPAR. Perdon: vino con urgencia
un amigo... y no era bien...

CONDESA. Perdono... porque tambien
necesito de indulgencia.

GASPAR. Desde luego la prometo.

PETRA. ¡Tú de indulgencia!

CONDESA. ¿Es extraño?

PETRA. ¿Y por qué?

CONDESA. Porque hace un año
que les escondo un secreto.

PETRA. Pues habla.

CONDESA. Y ¿huyen de mí
cuando pido parabienes?

PETRA. Habla, mujer, ya me tienes
cnriosa.
RAMONA. (Acercándose.) Y á mí.
SABINO. (Id.) Y á mí.
GASPAR. Pero mudemos de puesto,
si es un secreto, Condesa.
CONDESA. Aquí mismo, ya me pesa
tanto sigilo...
PETRA. (¿Qué es esto?)
CONDESA. Gaspar, Petra, y tú, Ramona, (Con expansion.)
oye tambien.
PETRA. (¿Qué la obliga?...)
(Con extrañeza.)
CONDESA. No penseis por lo que os diga
que mi afecto os abandona:
de mis nuevas atenciones
nada teneis que temer,
ántes os voy á querer
de hoy mas con dos corazones.
PETRA. ¿Dos?...
CONDESA. Sí; que al verlos unidos
en la presencia de Dios,
tendréis que querer á dos
y de dos seréis qneridos.
PETRA. ¿Te casas? ¿con quién?
CONDESA. Pues hablo
de que me voy á casar,
tan solo podeis pensar
en nn hombre.
PETRA. ¿En quién?
CONDESA. En Pablo.
(Movimiento, en Gaspar de sorpresa poco agradable; en los demas de profundo disgusto. Pausa.)
CONDESA. ¿Qué es esto?
(Observando los semblantes con inquietud creciente.)
SABINO. (Si el otro es pez!...)
PETRA. ¡Pablo!
SABINO. ¡Si lo dijo ántes!
CONDESA. ¿Por qué todos los semblantes
palidecen á la vez?
PETRA. (Y á mí tuvo la insolencia!...)
RAMONA. Y me abrazó. (Ap. á Sabino.)
CONDESA. ¡Hablad!...
GASPAR. Señora...
PETRA. Ya es pobre y esta lo ignora, (Ap. á Gaspar.)
y es un cargo de conciencia...
CONDESA. ¿Qué significa el temor

que os ha infundido su nombre?
Hablad por Dios: (Leve pausa.) ¿ese hombre
es indigno de mi amor?
Gaspar, usted me profesa
cariño, firme amistad.

GASPAR. ¿Lo duda usted?

CONDESA. La verdad,
¡toda la verdad!

GASPAR. Condesa...

CONDESA. Pronto.

GASPAR. Sepa usted ahora
lo que ha de saber despues.
Pablo ya...Pablo no es
lo que parece, señora.
Callar ofrecí: confío
en que al fin se sabrá todo.
Aguarde usted, que es el modo
de no engañarse. (Vase.)

CONDESA. (¡Dios mio!)
¡Petra!

PETRA. ¿Qué? (Deteniéndose.)

CONDESA. Díme en seguida
lo que Gaspar me recata.
Mira, por Dios, que se trata
del bien de toda mi vida.

PETRA. Conque Pablo... (Con expresion sarcástica.)

CONDESA. ¡Por favor!...

PETRA. ¿No comprendes?

CONDESA. No adivino...

PETRA. ¡No has visto que el libertino
me persigue con su amor!
No pensé...

CONDESA. ¡Dios poderoso!...

PETRA. Que fueras tan inocente.
Si esto hace de pretendiente,
figúrate tú de esposo. (Vase.)

CONDESA. ¡No es sueño!...

RAMONA. Pues si ha querido
emplearse en mi persona.

CONDESA. ¡Basta!

SABINO. Si ayer con Ramona
andaba á brazo partido.

CONDESA. ¡Que tanto martirio quepa
en un momento!

RAMONA. Si es
un hipócrita; si á tres
ha perdido, que yo sepa.

SABINO. Si no hace más que abrazar...
RAMONA. Y así con tan buenos modos...
CONDESA. ¡Basta ya! Dejadme todos.
No me acabeis de matar.
(Ramona y Sabino se retiran y se detienen al ver entrar á Pablo; quedan en segundo término.)
¡Yo muero!...
RAMONA. Tuvo la audacia...
SABINO. Si lo ví.
RAMONA. Que yo no miento.

ESCENA XVIII.

La CONDESA, PABLO, SABINO, RAMONA, despues ANDRES y luego ROBERTO.

PABLO. Es mi deber: al momento
debe saber mi desgracia...
¿Isabel?
CONDESA. ¡Oh! (Con ira.)
RAMONA. ¡Qué süave!
SABINO. ¡Toma! Y quizas la convenza.
PABLO. ¡Ah! ¿Qué es esto?
CONDESA. La vergüenza
me abrasa.
PABLO. Todo lo sabe.
¿Qué nuevo mal me amenaza
en ese ceño cruel?
CONDESA. ¿Y usted lo duda?
PABLO. ¡Isabel...
¿tambien usted me rechaza?
CONDESA. ¿Y no hay motivo?...
PABLO. ¡Gran Dios!...
¿Piensa usted de esa manera?
CONDESA. Ni una palabra siquiera,
todo acabó entre los dos...
PABLO. ¿Es causa de un rompimiento?...
CONDESA. ¡Basta! ¡Y lo duda el traidor!
PABLO. (Abismado.) Fortuna, amistad, amor....
Todo...todo... en un momento!...
CONDESA. (Las lágrimas que devoro
de cobarde me motejan.)
PABLO. (¡Ay de mí! ¿Por qué me dejan
el alma con que lo lloro!...)
RAMONA. Pero díme: ¿es largo el plazo?
ANDRES. Señora, ¿qué detencion

es esta? Ya la reunion
nos aguarda.

CONDESA. Andrés...el brazo.
(Se le da con prontitud.)

ANDRES. Perdone usted: al jacinto
he tocado con el codo.

CONDESA. Tómelo usted...de este modo...
(Arrancándose la flor.)

ANDRES. ¡Oh! ¡fortuna! (Esto es distinto.)

PABLO. (¡Él es rico!...)

ANDRES. (Pues señor...)

SABINO. Protégele. (Señalando á Andrés.)

RAMONA. Ya lo sé.

PABLO. (¡Y yo la quinta compré
porque produjo esa flor!

CONDESA. (¡Oh! no puedo andar.)

RAMONA. ¿Doblamos
treinta veces?...

SABINO. En efecto.

ROBERTO. Ven, firmarás el proyecto
(Saliendo y tocando á Pablo en el hombro.)
de escritura.

PABLO. (Estremecido.) (¡Oh!)

ROBERTO. (Casi con desprecio.) ¿Tiemblas?

PABLO. ¡Vamos!

(Roberto y Pablo por la izquierda: la Condesa y Andrés por la derecha. Cada uno de los criados sigue á su amo, echando cuentas por los dedos.)

ACTO SEGUNDO.

Sala de recibo en la casa de baños. A la derecha una puerta que conduce á las habitaciones de Petra y Gaspar. A la izquierda dos, la primera conduce al dormitorio de la Condesa; la segunda al de Ramona. Otra en el fondo que abre paso á la galería. Es de noche, Todas las puertas están cerradas.

ESCENA I.

RAMONA, que sale de su habitacion con una bujía en la mano. Se acerca de puntillas al dormitorio de la Condesa, aplica el oido á la cerradura de la puerta y escucha un momento.

Pues, señor, no me esperaba
tanta quietud... No he podido
pegar en toda la noche
los ojos. Por mas que dijo
don Andrés á cada instante
oir pensaba los gritos
de mi señora, pidiendo
socorro: mas por lo visto
estaban conformes. Vaya...
(Poniendo la luz sobre un velador)
mas vale así. Ya respiro. (Pausa.)
Pero...si aun me queda espina...
Despues de tanto cariño
á don Pablo, ya resuelta
á tomarlo por marido,

¡admitir de don Andrés
en tal hora y en tal sitio
visitas! Tambien el otro
le ha salido antojadizo
y á mas pobre, y la viuda
ha mudado sus designios
en vista de un desperfecto
tan grande. La quiere un rico
y... Tambien, aunque Condesa,
hace negocio. (Pausa.) Imagino
que es cerca del alba. — ¡Diablo!...
(Impaciente.)
Si mucho tarda, de fijo
le ven salir. — ¡Pues apénas
han podido hablar! Él vino
á buscarme ántes que el ama
subiera, y está escondido
desde las doce... Si estoy
por llamarlo... (Se acerca y escucha.)
No percibo
ni aun respirar... — Tengo miedo —
¿Llamo?

CONDESA. (Á Petra saliendo de la habitacion de la derecha.)
No vengas.

RAMONA. (¡Dios mio!)

ESCENA II.

La CONDESA, PETRA, RAMOMA.

PETRA. Déjame, que siempre fuiste
medrosa.

RAMONA. (Pues no se han visto.)

CONDESA. ¿Piensas acostarte?

PETRA. Un rato
y vestida.

CONDESA. Tu marido
no puede tardar.

PETRA. Le espero
á las seis, y ya las cinco
darán pronto.

CONDESA. (Despues de mirar su reloj.) Ménos cuarto.

PETRA. Ya ves...

CONDESA. ¡Y cómo se han ido
las horas!

PETRA. Desde la una
me estás hablando del mismo
negocio. Todo, hija mia,
te lo has charlado.

CONDESA. Te he dicho
la causa de mi silencio;
mi triste amor; los motivos
que me obligaban...

PETRA. (Interrumpiéndole.) La historia
de un año.

RAMONA. (¿Si se habrá ido?
¿Y cómo? (Mirando á la puerta del fondo.)
Si está cerrada
por dentro. ¡Qué compromiso!)

PETRA. ¿No te acuestas?

CONDESA. Pero díme...

PETRA. ¿Queda mas?

CONDESA. Yo te suplico
que tengas paciencia. Ahora
te puedo hablar con sigilo;
y despues hay tanta gente
importuna... — Aquí vivimos
en familia, — y estas cosas,
que siempre arrancan suspiros
del alma... ya ves... El llanto
no quiere muchos testigos.

PETRA. Habla pues.

CONDESA. Ya que lo sabes
todo, ¿persistes?...

PETRA. Persisto
en lo que tú, ménos ciega,
debistes ver.

CONDESA. ¡Que él te quiso
seducir!... — Díme sus mismas
palabras.

PETRA. ¡Vaya un capricho!
No tiene amor, hija mia,
(Con ligera ironía.)
un lenguaje definido,
que á veces tartamudea
para ser mas expresivo.
Sin necesidad de frases
concretas, hay mil indicios
que claramente denuncian
amorosos desvaríos.
Eso, todas las mujeres
lo conocemos á tiro

de ballesta.

CONDESA. Dices bien;
pero...

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. Yo necesito
mas pruebas. ¿Quién en la duda
se condena á este martirio
tan horrible?

PETRA. ¿No le viste
seguirme siempre solícito
y...

CONDESA. Mira: yo le mandé
disimular, y el sumiso...

PETRA. Y tanto que este mandato
se deleitaba en cumplirlo.

CONDESA. ¡Ah!...

PETRA. ¿Y comprar esa quinta
porque me gustó?

CONDESA. Eso mismo...

PETRA. ¿Y decir que deseaba
con ansia, que su recinto
me hospedase algun verano?

CONDESA. ¡Tú en la quinta! ¡Ah! Ya concibo
la razon...

PETRA. ¿Cómo?

CONDESA. Él creia
casarse pronto conmigo:
de este modo, ya tú ves
que fácil hubiera sido
que tú... Y acaso pensaba
en esto, cuando lo dijo.
¡Si no puedo persuadirme
tal maldad!

PETRA. (¿Si habré yo visto
visiones?)

CONDESA. Ya, ¿te figuras
que los hombres son tan tímidos,
que si Pablo hubiera dado
á tal pensamiento abrigo,
en un año, no podrias
referirme algun descuido,
alguna frase que hiciera
evidente su designio?
Y ahora recuerdo... Mil veces,
al saber que yo averiguo
su vida, me ha declarado
con la sencillez de un niño,

que ansioso solicitaba
la gracia de mis amigos,
para que siempre su nombre
resonase en mis oidos
con alabanza. Tú eres
la amiga que mas estimo,
y él... ¡Petra del alma! acaso
serán muestras de cariño
las mismas con que nosotras
componemos su delito.

PETRA. (Y ya ¿qué hacer?...)

CONDESA. Desde niñas
previenen nuestro juicio
contra los hombres, y á veces
los juzgamos mas inicuos
de lo que son.

PETRA. ¡Ay, qué pocas
en ese error incurrimos!

CONDESA. Si esta pena que me mata,
si esta zozobra en que vivo
me dicen...

PETRA. ¿Ya no recuerdas
lo que Gaspar te previno?

CONDESA. ¡Ay! ¡es verdad! Y Ramona
y el otro...

PETRA. Y todos.

CONDESA. ¡Dios mio!

PETRA. Ya estás libre: aguarda...

CONDESA. ¡Ay, Petra!...
¡con cuánta amargura miro
rota mi cárcel!... ¿Qué importa
mi libertad, si el espíritu
vaga angustioso y no sabe
qué hacerse del albedrío?
¡Si él era toda mi vida!
¡Si en torno del fementido
volaba mi pensamiento,
como manso pajarillo
que por amor y costumbre
vuela siempre al mismo nido!
¡Si ha sido mi amor primero!
¡Si era el único camino
por donde entraba en mi alma
la dicha y el regocijo!
Esta esperanza perdida;
estos recuerdos marchitos,
¡ay! ¡cuesta tanto encerrarlos

en la tumba del olvido!

PETRA. No llores.

CONDESA. Pues ¿para cuándo es el llanto?

RAMONA. (Digo, digo...
y el otro que espera... Dios
me saque de este conflicto.)

PETRA. Vamos; sosiégate. Duerme
algun rato.

CONDESA. Y ¡tú has querido
alguna vez! — Ven: te estoy
cansando... (Dirigiéndose á su cuarto.)

PETRA. ¡Qué desatino! (Siguiéndola.)

RAMONA. Señora... (Saliendo al encuentro de su ama.)

CONDESA. ¡Ah! (Asustada.)

RAMONA. Soy yo.

CONDESA. (Á Petra.) ¡La pobre
de Ramona!... No ha dormido
esperándome.

PETRA. Ya tienes
compañía, y me retiro.

CONDESA. Atiende...

PETRA. ¿Vuelta?...

CONDESA. Es verdad.
¿Y Gaspar? Sin darme aviso
(Mudando de conversacion.)
se fué á Bilbao.

PETRA. Si viene...
ya sabes...

CONDESA. Tengo entendido
que le acompaña Roberto.

PETRA. Sí; fué con él.

RAMONA. Y Sabino.

CONDESA. Y ¿quién mas?

PETRA. ¿Quieres oir
el nombre del individuo?
Y Pablo.

CONDESA. (Con tristeza.) Yo ya no sé
lo que él hace. — Y ¿á qué han ido?

PETRA. Á hacer un pago.

CONDESA. (Con indiferencia.) ¡Ah!

PETRA. Negocios...
Adios. (Si no andamos listos...
nos da un susto.)

ESCENA III.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA. Yo pensaba
que estaba usted...
(Señalando la habitacion de la Condesa.)
CONDESA. No: subímos
juntas, y hablando en su cuarto
nos hemos entretenido.
RAMONA. (Si yo pudiera impedir
que entre...)
CONDESA. Conque... ¿el señorito?
RAMONA. Sí, me abrazó; sí, señora.
CONDESA. ¿Dónde y cuándo?
RAMONA. (Si consigo
entretenerla...)
CONDESA. ¿No escuchas?
¿Cómo fué?...
RAMONA. Es muy sencillo.
Yo me encontraba á la puerta
del jardin; lloraba un chico
junto á la fuente; llegué
á verlo, y estaba herido
en un pié.
CONDESA. ¡Pobre criatura!
Pero; á qué viene?
RAMONA. Á que vino
don Pablo, rompió el pañuelo
¡y lo curó con un mimo!...
CONDESA. ¿Lo curó?...
RAMONA. Si es un hipócrita.
Al verlo tan compasivo,
como usted tambien profesa
tanta aficion á los niños,
me acordé de usted, y dije,
sin intencion, por decirlo:
«Don Pablo, cásese usted
con mi ama.» Y de improviso
me abrazó sin mas ni mas.
CONDESA. ¡Ah! ¡te abrazó!... (Con alegria.)
RAMONA. ¡Con un brio...
que ya, ya!...
CONDESA. (¡Pues ya lo creo!...
¡Ay, Pablo!...)
RAMONA. Me vió Sabino

CONDESA. ¿Que es tu novio?

RAMONA. Sí, señora;
y me dijo... lo que he dicho,
que es un traidor...

CONDESA. (Pues... celoso...)

RAMONA. Un taimado, un libertino.

CONDESA. (¡Si es inocente; si el alma (Sin escucharla.)
me lo está diciendo á gritos!...
Tanto cargo y...)

RAMONA. (Si pudiera...)

CONDESA. (¿Qué haré?)

RAMONA. ¿Por qué no salimos
á dar una vuelta? ¡El campo
por la mañana es tan lindo! (Pausa.)
(No escucha: ¡ay, Dios!... Ya se ve...
¡me encargó tanto Sabino!
que le ayudara!... El negocio
manda... Si no es el marido
don Pablo, no desempeña
en el término preciso
nuestra dehesa. Y si las Cortes
nos dan lo que hemos pedido
para el canal... Doña Petra,
y yo, y él, y todos ricos.)

CONDESA. (Pero sin causa, ¿es posible
que todos pongan su ahinco
en acusarlo? — ¿Y yo debo
condenarlo sin oirlo? —
Le escribiré: que defienda
su inocencia. Y si es indigno
de esta pasion... ¡que me engañe
por caridad!... No vacilo.)

RAMONA. (Pendiente de un hilo estoy.)

CONDESA. (Que al volver halle mi escrito...
Esto sí que aliviará
mi corazon. ¡Ahora mismo!)
(Se dirige de pronto á su habitacion y abre la puerta.)
¡Ah! (Se para como extrañando algo dentro.)

ANDRES. Soy yo. (Saliendo.)

CONDESA. (Espantada.) ¡Jesus! ¿Qué es esto?

ANDRES. ¡Isabel!...

RAMONA. (Rompióse el hilo.)

ESCENA IV.

La CONDESA, ANDRES, RAMONA.

CONDESA. ¿Qué infame desenvoltura?...
ANDRES. Óigame usted por favor,
que no es verdadero amor
el que no raya en locura.
CONDESA. ¡Amor!
ANDRES. Él me hizo atrevido
y mi disculpa previene.
CONDESA. ¡Qué amor es este que tiene
asechanzas de bandido!
ANDRES. Yo...
CONDESA. Salga usted al momento. (Pausa.)
ANDRES. (Lo que es el golpe, se dió.)
CONDESA. ¿Usted no escucha que yo
le arrojo de este aposento?
ANDRES. Si usted me hiciera la gracia ..
CONDESA. ¡Oh!...
RAMONA. (No sospecha de mí.)
ANDRES. Señora... yo no creí
que fuera tanta mi audacia.
CONDESA. ¿Cómo?...¿Yo he dado licencia?
(Andrés quiere hablar.)
Mas no: selle usted el labio.
Ya basta con el agravio
que me hace aquí su presencia.
ANDRES. Condesa... si está mal hecho,
usted con mas de un favor
me ha animado.
CONDESA. ¿Yo?
ANDRES. (Mostrándola.) Esta flor
se encontrabá en ese pecho.
CONDESA. (¡Oh!...)
ANDRES. Recibida en presencia
del que creí mi rival.
CONDESA. (¡Ay, Dios!...)
ANDRES. La juzgué señal
de mútua correspondencia.
Luego usted en el salon
estuvo tan complaciente,
tan nerviosa!... que la gente
ha fijado su atencion
en nosotros. Yo rendido

y víctima de ese encanto,
no necesitaba tanto
para ser algo atrevido. —
Hoy mismo...

CONDESA. (¡Qué inicua red!...)

ANDRES. Debo marchar á Madrid,
y me valgo de este ardid
por despedirme de usted
á solas. Mi atrevimiento
le ha disgustado, y me pesa;
mas ya sabe usted, Condesa,
que tiene algun fundamento.

CONDESA. (Con angustia y luego con ira.)
Ya me dice mi quebranto
que á cualquier mujer honrada,
un descuido, una mirada,
cuesta raudales de llanto.
Ya sé tambien, por mi mal,
que en las manos del traidor
libertino, hasta una flor
se convierte en un puñal;
que usted creer se permite
que yo le estimo y halago,
y es muy natural que en pago
mi deshonra solicite.
Mas que sepa usted anhelo
que si esta flor le entregué, (Se la arrabata.)
fué tan sin pensar...que fué
en vez de arrojarla al suelo; (Lo hace.)
que es mi olvido tan profundo,
que sin ofensa tan clara,
ni siquiera recordara
que usted existe en el mundo. —
Ya mira usted descubierto
mi desprecio positivo;
ya no tiene usted motivo
para deshonrarme. ¿Es cierto?
Pues salga usted, confiado
en que eso que llama amor,
solo me inspira... el rubor
de habérselo yo inspirado.

ANDRES. No me parece oportuno
salir.

CONDESA. ¡Cómo!

ANDRES. Ya es de dia...
y si en esa galería,
como es fácil, hay alguno...

CONDESA. (¡Oh! ¡vino á perderme!...)
ANDRES. Harto
les dimos ya que decir:
si ademas me ven salir
á estas horas de este cuarto...
CONDESA. ¿Piensa usted que la impostura?...
ANDRES. Yo pienso, señora mia,
que sin nombrar mi osadía
envidiarán mi ventura.
CONDESA. (Sí; dirán....)
ANDRES. No es accion cuerda
hacer que esto se propale...
CONDESA. (¡Que el tesoro que mas vale
tan fácilmente se pierda!)
(Á Ramona.)
¡Infame! ¿Cuánto dinero
te ha valido esta emboscada?
RAMONA. Yo no me vendo por nada...
que diga ese caballero...
CONDESA. Solo tu mano alevosa...
RAMONA. ¡Señorita!...¡Yo tomar (Lloriqueando.)
dinero por... (Ayudar
mi negocio es otra cosa.) (Con sinceridad.)
CONDESA. Me basta ser inocente.
Hágame usted la merced
de salir.
ANDRES. Bien.
RAMONA. Deje usted
que mire si pasa gente.
ANDRES. Si puede amor disculpar...
CONDESA. ¡Qué máscara tan grosera!...
(Llaman en la puerta del fondo en el momento en que Ramona va á abrirla. Ella se detiene y escucha.)
¿Llaman?...
RAMONA. Sí: y hablan ahí fuera.
CONDESA. Quién?
RAMONA. Don Pablo y don Gaspar.
ANDRES. Calme usted su agitacion:
no es tan grave el compromiso.
Yo me escondo, y si es preciso
bajaré por el balcon.
(Entra en la habitacion de Isabel; Ramona abre la puerta del fondo: el teatro se ilumina del todo.)

ESCENA V.

La CONDESA, PABLO y GASPAR.

CONDESA. (¿Qué padece la maldad,
si esto padecen los buenos?...
GASPAR. (En la puerta, á Pablo, tomándolo de la mano.)
Pero despídete al ménos
de Petra y de...
PABLO. (Entrando.) Sí; es verdad.
GASPAR. ¿Ya vestida? ¡Qué sorpresa!...
CONDESA. Sí tal: dormir no consigo. (Sin mirarlos.)
GASPAR. Aquí viene nuestro amigo
á despedirse, Condesa.
PABLO. Y solo así disculpara
tan importuna visita.
CONDESA. (¡Oh!....) (Sin volver el rostro. Pausa.)
GASPAR. ¿Qué has hecho á la viudita
que ni aun te vuelve la cara? (Ap. á Pablo.)
PABLO. Ser pobre.
GASPAR. ¿Sabe el asunto?...
PABLO. ¿No adviertes su desagrado?
(Gaspar le mira con incredulidad.)
Sí. (Mas pronto se ha olvidado
del pobre que del difunto.)
CONDESA. (¡Ay! me parece que estalla
mi razon.)
GASPAR. (Rompió su enlace... —
¡Ella tambien!...)
PABLO. (Mirando con abatimiento á la Condesa.)
(¡Aquí yace
mi ventura!)
GASPAR. (Llamando en su habitacion.)
¡Petra!
PABLO. Calla.
(Gaspar sigue llamando.)
No alborotes de esa suerte.
GASPAR. Quiero que salga en seguida.
PABLO. No es cosa mi despedida
para que nadie despierte.
Y si no... (Señalando á la Condesa.)

ESCENA VI.

PETRA, DICHOS.

PETRA. ¿Ya de regreso?...
Dí: ¿y el negocio? (Ap. á Gaspar.)
GASPAR. Ya está
firmado...
PETRA. ¿Sabes si dá
la subvencion el Congreso?
GASPAR. Que hay bastante oposicion
en los papeles leí.
PETRA. ¿Y teme Roberto?...(Con inquietud.)
GASPAR. Sí;
que nieguen la subvencion.
PETRA. Pero atiende...
PABLO. (Sin dejar de mirar á la Condesa.)
(¡Yo estoy loco!...
¡El ídolo de mi fe!...)
¿Es posible? (Acercándose á ella bruscamente.)
CONDESA. (Desconcertada.) ¿Cómo?...¿Qué?...
PABLO. Que usted se estime en tan poco.
CONDESA. ¡Ah! ¡por Dios!...Usted creeria...
(Procura reponerse)
Dígame usted: ¿qué le altera?
PABLO. ¿Ya no merezco siquiera
un poco de cortesía?
PETRA. (Interponiéndose entre los dos.)
¿Conque usted ha decidido
marcharse?
PABLO. Cierto: despues...
GASPAR. ¿Se marchó tu primo Andrés?
PETRA. Creo que no.
PABLO. (¡Se ha estremecido!)

ESCENA VII.

ROBERTO, DICHOS.

ROBERTO. ¡Oh, qué temprano amanece!...
¿Saben ustedes?...
PETRA. ¿Qué pasa?
ROBERTO. Que andan por toda la casa
buscando á Andres.

PETRA. ¿No parece?
¡Si es loco!...

ROBERTO. Y le aguarda un coche
para partir al momento;
y lo que es por su aposento
no ha parecido esta noche.
¿Usted sabe?

PETRA. Yo no sé
dónde está.

ROBERTO. Pues corre priesa.

PABLO. ¿Mi señora la Condesa
sabe dónde?...

CONDESA. (Trémula.) ¿Yo? ¿Por qué?

(Pablo y Roberto observan con inquietud creciente á la Condesa.)

PETRA. Él echa muy de mañana
á la aldeilla un paseo,
que no sé qué trapicheo
tiene con una aldeana.
Y es muy capaz, si está allí,
de perder esta ocasion...
Les diré por el balcon
que vayan...

(Se dirige al cuarto de la Condesa.)

CONDESA. (Deteniéndola.) ¡Petra!... ¡Ay de mí!...

(Se desmaya en brazos de Petra.)

PETRA. ¡Chica! ¿Estás mala? ¿Gaspar?...

GASPAR. ¿Qué tiene?

PETRA. Nada: un vahido.
¡Si la pobre no ha dormido!...
Abre. (Señalando la puerta del cuarto.)

ROBERTO. (No sé qué pensar.)

(Petra y Gaspar meten á la Condesa en su habitacion y cierran.)

ESCENA VIII.

PABLO, ROBERTO. Los dos se interrogan con la vista. Pausa.

ROBERTO. (Pues no hay duda: ha traspasado
(Con ira reconcentrada.)
mis planes! — Su intrepidez
ha sido mas venturosa
de lo que era menester.)

PABLO. (¡Y ella escuchaba temblando
cubierta de palidez!...

ROBERTO. (Yo quise que la asustara...
PABLO. (Señalando la habitacion de la Condesa.)
(¡Ahí está!)
ROBERTO. (Para tener
ocasion de interponerme
y defenderla despues.)
PABLO. (¡Si estoy por entrar!)
ROBERTO. (¡Fiado
en su virtud!... ¡Qué sandez!)
PABLO. (¡Si no hay ojos tan valientes
que tal verdad quieran ver! — (Pausa corta.)
¡Y ha de quedar en mi alma
esta sospecha cruel
para siempre!)
ROBERTO. (¡Que me vea
envuelto en mi propia red!...)
PABLO. (Cuando puedo... ¡He de sacarlo
arrastrando!) (Se lanza á la puerta.)

ESCENA IX.

RAMONA, que entra por el fondo, DICHOS.

RAMONA. Don Andrés,
(Al oir este nombre, se detiene Pablo.)
que ahora se marcha, me ha dado
esta carta para usted. (Se la entrega á Roberto.)
PABLO. (¡Ah, gracias! (Mirando al cielo.) Si no cabia
tanta infamia en Isabel;
si yo la quise, y si fuera
capaz de tal proceder,
no era posible que el alma
la hubiera querido bien.
¡Con qué inicua ligereza
juzgamos á la mujer!
Porque no me tiene amor,
¿no ha de tener honradez?
¡Gracias, Dios mio! ¡Que sea
honrada, ya que no fiel!) (Se dirige al fondo.)
ROBERTO. (Acabando de leer la carta, y con satisfaccion.)
(¡Ah!) ¿Pablo? ¿Te vas?
PABLO. (Deteniéndose.) Ahora
voy á mandar disponer
mi equipaje.
ROBERTO. ¿Ni siquiera
te despides?...

PABLO. (Con empacho.) Dices bien.
Mándame...

ROBERTO. ¿Vas á Bilbao?

PABLO. Cierto; y á Madrid despues.

ROBERTO. ¿Pero ántes almorzarás
conmigo?

PABLO. No puede ser.
Tengo prisa.

ROBERTO. Pues ya sabes
que de mí... (Dándole la mano.)

PABLO. Todo lo sé.
Adios.

RAMONA. (Pues si este se va
Sabino se irá tambien.)

ESCENA X.

ROBERTO.

(Repasando la carta.)
Que estuvo toda la noche
solo en su cuarto. ¡Eso es!
que ella se mostró indignada
de su atrevimiento: bien...
Que la pobre, aunque inocente,
comprometida se ve,
(Leyendo.)
«Porque me han visto al bajar,
lo mismo que la otra vez.
Cuando empiece el *tole, tole,*
la puedes predisponer
al casamiento: le dices
que por mi parte no crees
que habrá oposicion, pues sabes
que soy un hombre de bien.
La fama de mi riqueza,
el afan de no perder
su honra, y tu labia, espero
que vencerán su desden.
Escríbeme. ¡Qué negocios
haremos!» ¡Qué imbécil es! (Pausa.)
Pues señor...¡perfectamente! —
Pablo ha tronado, merced
á la parte que la Petra
tomó en el negocio. Andrés,
sin sospecharlo, me sirve

mucho mejor. (Pausa.) Cuando esté
ella afligida y... yo puedo
su inocencia defender. —
Andresito... No me estorba.
Comprando sus pagarés,
es decir, sus escrituras
de depósito, yo haré
que le den su recompensa
un escribano y un juez.
Metido Andrés en la cárcel,
con mostrar este papel
queda la Condesa honrada,
tan honrada como es.
¿Es mucho exigir su mano
en premio de esta merced?
¡Prudencia!... Son dos negocios
de muchísimo valer:
la Condesita y la dehesa
de mi amigo Pablo... ¡Pues!...
dos negocios que se van
redondeando muy bien,
y que fundidos en uno
completan mi redondez. (Pausa.)
Pablo y Andrés... ¡qué demonios!...
que defiendan su interes.
Dentro del negocio cabe
todo lo que es menester
para el negocio: ¡soy hombre
que hace negocios, y amen!

ESCENA XI.

ROBERTO, GASPAR, despues la CONDESA y PETRA.

Cómo sigue?

GASPAR. Bien.

ROBERTO. (Explorando.) ¡Es raro
ese desmayo!...

GASPAR. (Preocupado.) Al volver
en sí, preguntó si habia
alguien en el cuarto.

ROBERTO. ¿Y qué?

GASPAR. No queria convencerse
de que estábamos los tres
solos.

ROBERTO. Ahí viene.

PETRA. ¡Si apénas
te puedes tener en pié!...

CONDESA. Es que me ahoga ese cuarto,
y no he de parar en él
ni un momento.

PETRA. (¡Qué rareza!)

ROBERTO. Doy á usted mi parabien.

CONDESA. Gracias Roberto.—Y hoy mismo
nos marchamos.

PETRA. ¡Hoy!

ROBERTO. Andrés
ya se ha marchado.

CONDESA. (Con satisfaccion.) (¡Ah!)

ROBERTO. (Respira.)

PETRA. Y muchos.

ROBERTO. (¡Pobre mujer!)

PETRA. ¡Esto ya se va poniendo
tan triston!

CONDESA. (Á Gaspar.) Escriba usted
á mi mayordomo el dia
de mi llegada.

PETRA. (Ap. á Roberto.) ¿Han de ser
tales que no nos concedan
la subvencion?

ROBERTO. No lo sé.
Lo principal es que Pablo
no devuelva...Que despues...

PETRA. ¿Sabremos hoy si las Cortes?...

ROBERTO. Un propio me ha de traer
las cartas. Tarda y lo espero
en una inquietud cruel.
Voy...

PETRA. Venga usted á avisarme
en el momento.

ROBERTO. Vendré. (Sale.)

PETRA. Pues, chica, ya que nos vamos
voy á preparar el tren
de marcha. (Entra en su habitacion.)

ESCENA XII.

La CONDESA, GASPAR.

GASPAR. ¿Escribo á mi nombre?

CONDESA. No, señor; yo firmaré;
que no se asustaria

el pobre viejo.
GASPAR. Está bien.
¿Conque hoy?...
CONDESA. ¡Y ojalá no hubiera
venido!
GASPAR. ¿Cómo ha de ser?
No por eso se evitaba
su ruina.
CONDESA. ¿La de quién?
GASPAR. La de Pablo. Ya usted sabe...
Ya comprenderá por qué
le dijo...
CONDESA. ¡Si todavía
no me puedo convencer!
GASPAR. Veremos. Mas por de pronto
no le consiente la ley
disponer de aquellos bienes
anejos...
CONDESA. (Con extrañeza.) ¿Qué dice usted?
GASPAR. La verdad: que esa fianza
le puede costar muy bien
toda su fortuna.
CONDESA. ¡Oh! ¿Cuándo
ha sabido usted?...
GASPAR. Ayer.
Cuando él mismo.
CONDESA. ¿Á eso aludian
las frases?...
GASPAR. Pues ya se ve. —
Es pobre y yo...recordando
la reserva y la esquivez
con que usted esta mañana
le ha recibido, pensé
que en vista de lo que ocurre,
usted pensaba romper
la boda.
CONDESA. ¡Gran Dios! ¡Si Pablo
lo habrá pensado tambien!
GASPAR. (Con gran sorpresa.)
¿Pues qué otro motivo?...
CONDESA. Petra
me dijo...
GASPAR. ¿Qué?
CONDESA. No sé qué.
Escriba usted, y... (Queriendo alejarle.)
GASPAR. ¿Nos vamos?
CONDESA. Sí.

GASPAR. (¿Finge?)
CONDESA. ¡Dios de Israel!

ESCENA XIII.

La CONDESA.

Este dijo...y se figura...
¡Qué mas pruebas necesito,
si en lugar de su delito
encuentro su desventura!
Que se halla en riesgo inminente
su hacienda, dice Gaspar...
¡Qué ménos me ha de costar
el saber que es inocente! (Pausa.)
Pablo ve...sin duda alguna
su desgracia y mi rigor,
¡y juzga que está mi amor
á merced de la fortuna!
¡Yo...que por gozar el bien
que me inunda de alegría,
poco es su hacienda, la mia
hubiera dado tambien!
¡Y piensa en estos momentos
que tanta bajeza cabe!...
¿Qué sabe amor, si no sabe
adivinar pensamientos?
Pero, en fin...tiene razon:
él no ha visto...; ¡Dios eterno,
si debe ser un infierno
aquella imaginacion!
No comprende mi desvío
y con justicia me increpa.
¿Qué haré yo para que sepa
que no soy capaz?...¡Dios mio!...
¡que mi suerte miserable
sea tal, que me afane ahora
porqué sepa el que me adora
que yo no soy despreciable!

ESCENA XIV.

La CONDESA, RAMONA.

RAMONA. Todos toman el camino.
CONDESA. ¿Don Pablo?...

RAMONA. Tambien se va.
CONDESA. ¡Ah! ¿se fué?
RAMONA. No se ha ido ya
porque no encuentra á Sabino.
(Pues no está.) (Mirando alrededor.)
CONDESA. Vé á su aposento
y díle...
RAMONA. ¿Á don Pablo?
CONDESA. Sí.
Que al momento venga aquí,
que yo lo mando; al momento.
RAMONA. ¡Que venga!... (Con extrañeza.)
CONDESA. Corre.
RAMONA. ¿Y le indico
que es usted quien lo ha mandado?
CONDESA. No, no; que estará enojado:
díle...que yo lo suplico.

ESCENA XV.

La CONDESA.

Si hoy le quiere el alma mia
mas que nunca le ha querido.
Y es natural: ¡he vivido
sin amarle todo un dia!
Quiera Dios que pronto acuda,
que ya la inquietud me abrasa.
Yo le diré cuanto pasa,
y lo creerá: ¿quién lo duda?
Á pesar de sus enojos
no habrá podido perder
la costumbre de leer
mi corazon en los ojos.
Y leerá mi pesadumbre,
la verdad del alma mia,
que no se pierde en un dia
tan agradable costumbre. (Pausa.)
¡Esta tardanza es cruel!...
¿Si habrá emprendido el viaje?
¡Si mi suerte!...(Escucha.) ¡Ah! un carruaje...
¡y parte!...¡Pablo va en él!
¡Y no me escucha!... ¡Y qué ideas
irán turbando su calma!
Y creerá...¡Pablo del alma!...
¡no te vayas, no lo creas!...

La que tu amor ha alcanzado,
¿qué bien puede codiciar?
¿Ni cuál te puede negar
quien toda el alma te ha dado?

ESCENA XVI.

La CONDESA, RAMONA: despues PABLO y PETRA, y despues SABINO.

¿Se marchó?

RAMONA. ¡Qué! No, señora;
viene al punto.

CONDESA. (¡Ah! ¡Ya descansa
mi corazon!)

RAMONA. Mas Sabino
no parece.

CONDESA. Hoy es la marcha.
Véte á tu cuarto y arregla...
y no vuelvas á esta sala
sin que te avise.

RAMONA. (El negocio
peligra.) (Entra en su cuarto.)

PABLO. Que usted me llama
me han dicho y...

CONDESA. ¡Pablo! (Va á abrazarle.)

PETRA. (Saliendo.) ¿Isabel?

CONDESA. (¡Maldita!...) (Deteniéndose.)

PETRA. Ya está la carta...

CONDESA. Bien... despues...

PETRA. Es que Gaspar
te espera: ven á firmarla.

CONDESA. Dí que voy...

PETRA. ¿Pablo?... (Pasa á su lado.)

CONDESA. (No sé
cómo me contengo!...¡Eh! ¡calma!
¡Ya está seguro!)

PETRA. ¿Y el viaje,
se suspende?

PABLO. No. (¿Qué pasa
aquí?)

CONDESA. ¿Pero has arreglado?...

PETRA. Todo: no me falta nada.

CONDESA. (¡Y no me deja!...)

PETRA. Sentémonos.

CONDESA. (¡Esto mas!) Ven, que aun nos faltan
muchas cosas. (Entra Sabino.)

PETRA. No...
CONDESA. Si tengo
que hablarte.
PETRA. Vamos.
CONDESA. (Ap. á Pablo.) Aguarda.
SABINO. ¿Señor?...
CONDESA. (Pues vino tan pronto,
no hay miedo de que se vaya.)
(Entran en la habitacion de Petra.)

ESCENA XVII.

PABLO y SABINO.

PABLO. (¿Qué es esto? Que aquí la aguarde
me dice, y en sus miradas,
llena de ternura, ha vuelto
á resplandecer el alma.)
SABINO. (No hay duda: cuando habla solo
sigue tronado.)
PABLO. (¿Y qué causa,
en un espacio tan breve,
motiva tantas mudanzas?)
SABINO. Señor, usted ..
PABLO. (Ya no debo
suponer que es mi desgracia;
porque esa es la misma y... — Ella
lo dirá.)
SABINO. ¿Usted me llamaba?
PABLO. Sí... (Distraido.)
SABINO. ¿Qué ocurre?
PABLO. Que he dispuesto...
SABINO. ¿Marcharnos?
PABLO. Y esta mañana,
¿dónde has andado?
SABINO. Yo...hay cosas
que...
PABLO. Dí.
SABINO. Yo puse la escala.
PABLO. ¿Qué escala?
SABINO. Si no es por mí
Se desnuca.
PABLO. ¿Quién? Acaba.
SABINO. ¿No sabe usted lo que ocurre?
PABLO. No.
SABINO. ¡Pues si en toda la casa!...

PABLO. ¿Qué saben?

SABINO. Que don Andres
ha pasado en esta estancia
la noche.

PABLO. ¿Eso dicen?

SABINO. Eso
hemos visto.

PABLO. ¿Tú?...¿Qué?...habla.

SABINO. Cuando usted y don Gaspar
subieron aquí, yo estaba
ahí bajo; cierto rüido
me hizo fijar la mirada
en este balcon, y veo
que asoma un lienzo y se alarga
y se alarga, y luego salen
dos manos de hombre y lo atan.
Sale don Andrés entero
y sin vacilar, cabalga
en la barandilla y mira
alrededor y se agarra
á los hierros, luego al lienzo,
y midiendo á medias varas
comenzó á bajar. No habia
medido bien la distancia:
se quedó en el aire: yo
puse debajo la escala
que está en el nogal, y el hombre,
mas sano que una manzana,
tomó tierra. Pide avíos
de escribir: pone una carta
para don Roberto: busca
el coche que le esperaba,
y subiéndose al pescante
y diciendo: «no me atrapa
ninguna,» restalla el látigo
y los caballos se lanzan
al escape. — Todavía
está la bandera blanca
en el balcon: mas de veinte
la miran, y á cada ráfaga
de viento que la sacude
y la despliega ¡qué gracias
suenan en el corro! — Dicen
todos que ya sospechaban
el amor de la viudita
y don Andrés; que esta hazaña
no es la primera. Lo mismo.

hizo con otra muchacha
hace tres años. — Y usted
sin saber nada.
(Pablo ha escuchado esta relacion con ira, que crece hasta convertirse en calma feroz.)

PABLO. Yo...nada.

SABINO. Verdad que á quien mas importan
estas cosas, se las callan.

PABLO. ¿Á mí?...Pues ¿me importa á mí
esa mujer?...(Volviendo á la ira.)

SABINO. Yo pensaba...

PABLO. Si dices que yo he querido...
si dices...

SABINO. (Espantado.) Ni una palabra.

PABLO. ¡Te arranco la lengua! Véte.

SABINO. Yo no sé...

PABLO. Véte.

SABINO. (¡Caramba!...)

PABLO. Allí el lienzo...Aquí la flor
que le di pisoteada...
(Mirándola en el suelo.)
¡Hecha pedazos y expuesta
á la vergüenza mi alma!...
No tengo celos... que celos
no inspiran estas infamias.
Se hiela mi sangre...juzgo
que su deshonra me alcanza...
Al fin la quise... — Y ahora
¿qué busca esa desdichada?
¿qué exige de mí? — No hay duda:
ha perdido la esperanza
del otro y...Si no merece
ira. ¡Gran Dios! Dadme alma.

ESCENA XVIII.

PABLO, la CONDESA.

CONDESA. ¡Ah! ¡ya podemos hablar!...
¡Pablo del alma!...(Va á abrazarle.)

PABLO. (Deteniéndola y retirándose.) ¡Señora!...

CONDESA. ¡Ay! por Dios...

PABLO. ¿Cómo es que ahora
no teme usted publicar
su amor?

CONDESA. Si lo dije ayer.

PABLO. ¡Oh! ¿Saben?... (Con ira reconcentrada.)

CONDESA. ¿Te es tan sensible?

PABLO. (Sí, concibo que es posible
dar la muerte á una mujer!...

CONDESA. Ayer mismo nuestra union
anuncié. De eso ha nacido...
¡Si vieras cuánto he sufrido
me tuvieras compasion!...
Mírame y haz que recobre
su quietud la que te adora.

PABLO. (El otro se fué, y ahora
se juzga digna de un pobre.)

CONDESA. Yo sin saberlo te di
razones para quejarte;
pero...¡ay! si no puedo hablarte
miéntras me mires así.

PABLO. Prosiga usted. (Aparentando calma.)

CONDESA. Nuestra nnion
les dije: de mil maneras
se oponen todos. ¡Si vieras
qué horrible combinacion
de sucesos; qué importuna
coincidencia!...¿Quién creeria
que para hacer mal, tenia
tanto ingenio la fortuna!
¿Qué mas? La Petra creyó,
yo no sé con qué pretexto,
que tú los ojos has puesto
en ella; que la amas.

PABLO. ¿Yo?...
(¡Oh, qué farsa!...)

CONDESA. Ella engañada
ocasionó mis extremos.

PABLO. (Los pobres no merecemos
mentira mejor fraguada.)

CONDESA. Dudé: perdon: ¡que no sea
tu castigo tan violento!...
¿En quién no influye un momento
el mundo que le rodea?
¿Quién puede del mismo modo
siempre esperar y creer?
Todo se llega á temer
cuando hay ejemplo de todo.
Nos cercan tantos modelos
de perfidia, tan profundo
desórden, que ya en el mundo
no es posible amar sin celos.

¡Allí la traicion en calma!...
¡Aquí el engaño se ofrece
siempre dormido!...

PABLO. (¡Parece
que está leyendo en mi alma!)

CONDESA. ¡Eh!...basta... — No se dilate...

PABLO. ¡No! que al fin quiere la suerte
que el engaño se despierte
y la traicion se delate!

CONDESA. ¡Qué engaño!...

PABLO. Yo empobrecí
y usted me olvidó, señora.

CONDESA. ¡Ah!

PABLO. Y ahora vuelve, y ahora
usted no es digna de mí!

CONDESA. ¡Pablo!...¡Ay, qué duro castigo!
¡Yo olvidarte!... ¡yo!...

PABLO. (Mirando alrededor.) Mas quedo.

CONDESA. No abuses de que hoy no puedo
incomodarme contigo.
Por Dios, Pablo, no consientas
en la ruindad de esos seres
fiscales de las mujeres,
rebuscadoras de afrentas;
que piensan en su maldad
cuando nuestra vida exprimen,
que hasta encontrar algun crímen
no han hallado la verdad!

PABLO. ¡Eh!...¡Basta de fingimientos!
(Cogiéndola por un brazo.)
que no hay mayor insolencia
que fingir tanta inocencia
con tan torpes sentimientos.
Anoche...

CONDESA. ¡Dios soberano!

PABLO. Aquí...tu honra...mi amor...
Y hoy, rebosando candor...

CONDESA. ¡Oye!

PABLO. ¡Me ofreces tu mano!
Y todo se queda en calma
cuando mi esposa te llames.
¡Si piensan estas infames
que ya no hay amor, no hay alma!

CONDESA. ¡Por Dios!! ¿Ha de ser la ira
quien me juzgue? ¡Oye sereno,
oye por Dios!

PABLO. ¿Te condeno

sin motivo?... ¿Es verdad?
(La coge del brazo, la lleva á su habitacion y abre la puerta.)
Mira:
allí está. ¿No te confunde
ese lienzo en tu balcon?
¡Escandaloso pregon
que tu deshonra difunde!

CONDESA. ¡Oye por la Vírgen santa!

PABLO. No te quieras disculpar,
porque estoy por anudar
ese lienzo á tu garganta.

CONDESA. ¡Por tu madre! (Arrodillándose.)

PABLO. ¡Calla!

CONDESA. (Cogiéndole una mano.) ¡Advierte!

PABLO. ¡Suelta!

CONDESA. Mátame si miento.

PABLO. ¡Si la muerte es un momento!
¡Si no es venganza la muerte!...

CONDESA. ¡Escucha!

PABLO. ¡Matarte yo!
No tiembles. ¿Quién de eso trata?

CONDESA. ¡Pablo!!...

PABLO. Por celos se mata,
por tanta vileza ¡no!
No quiero yo que tu muerte
diga á quien no lo ha sabido
que alguna vez he caido
en la infamia de quererte.

ESCENA XIX.

La CONDESA, despues PETRA, GASPAR y RAMONA.

CONDESA. (Levantándose.) ¡Eh! valor para luchar
por mi honra. No es amor
lo que te pido, Señor, (Mirando al cielo.)
es honra! ¡Petra! ¡Gaspar!
¡Ramona! (Gritando.)

PETRA. ¿Qué pasa aquí?

GASPAR. Qué es esto?

CONDESA. ¡No lo creeréis!

PETRA. Habla por Dios.

CONDESA. ¿No sabeis
lo que se cuenta de mí?
Que anoche en mi compañía...
Andrés... ¿Qué mas me preguntas?

GASPAR. ¡Jesus! ¡Qué maldad!
PETRA. ¡Si juntas
estuvimos hasta el dia!
CONDESA. ¿Es verdad?
RAMONA. ¡Si yo despues
me quedé con mi señora!
CONDESA. ¿Es verdad?
GASPAR. (Indignado.) Pues ¿quién ignora
que es una infamia?
CONDESA. ¡Oh! ¡lo es!
PETRA. Verás cómo yo confundo
esas calumnias atroces!...
CONDESA. ¡Verdad que diréis á voces!...
GASPAR. ¡Á voces y á todo el mundo!
CONDESA. ¡Pablo! (Sale gritando por el foro izquierdo.)

ESCENA XX.

PETRA, GASPAR, RAMONA, ROBERTO y SABINO, que entran por el foro derecho.

GASPAR. ¡Qué inícua invencion!
PETRA. Vamos... (Se dirigen al fondo.)
SABINO. ¡Victoria!
PETRA. ¿Qué es eso?
ROBERTO. ¡Albricias!
(Entra con un número de la Correspondencia.)
PETRA. ¿Por qué?...
ROBERTO. ¡El Congreso
concede la subvencion!
PETRA. ¿Lo dice? (Arrebatándole el periódico.)
ROBERTO. Aquí... Yo le he puesto
señal... (Señalando al sitio.)
PETRA. ¡Si aun no lo he creido!...
(Lee.) «Sentenciado á muerte ha sido
el que envenenó...» No es esto.
ROBERTO. Mas bajo...
PETRA. ¡Ah! sí... (Lee para sí.)
ROBERTO. ¡Qué negocio,
Gaspar!
PETRA. ¡Al pié de la letra!
RAMONA. ¡Qué suerte!
SABINO. ¡Qué doña Petra!
¡y qué magnífico socio!
ROBERTO. Las acciones del canal (Todosle rodean.)

han subido: los terrenos
cercanos suben lo ménos...

PETRA. ¡Una fortuna!...

SABINO. ¡Un caudal!...

PETRA. El tanto llega y con creces
á los cálculos que echamos.

ROBERTO. ¡Ya treinta veces doblamos!...

PETRA. ¡Treinta veces!...

SABINO. ¡Treinta veces!...

ROBERTO. Ya cada cual interesa
su porvenir en el lance.

PETRA. Ya es forzoso á todo trance
que no recobre la dehesa.

GASPAR. Si él no trata...

ROBERTO. ¡Se destruyen
sus planes!...

PETRA. ¡Fuera terrible!...

ESCENA XXI.

DICHOS, la CONDESA, que trae de la mano á PABLO. CABALLEROS y SEÑORAS, que al principio se quedan á la puerta y despues ocupan el fondo.

CONDESA. Ven. (Entrando con Pablo.)

PETRA. (¡Ah!) (Asustada; todos se estremecen.)
Decid si es posible
la infamia que me atribuyen.

ROBERTO. Yo... luego... hasta la evidencia (Ap. á Petra.)
demuestro que honrada es.
¡Ahora no!...

PETRA. (Ap. a Gaspar.) Calla. Despues.
probaremos su inocencia.

CONDESA. ¡Oh!...

PABLO. Ya quizas no se acuerde
ninguno...
(Á la Condesa con sarcasmo sangriento.)

CONDESA. ¿Veis mi zozobra?!

GASPAR. ¡Ah! (Con angustia: Petra le coge la mano.)

SABINO. (Ap. á Ramona, cogiéndola de la mano.)
Si se casa, recobra
la finca y todo se pierde. (Pausa.)

PABLO. ¿Aquí la prueba se halla?
(Señalando el cuadro.)

COODESA. ¡Ay triste!... ya me abandona (Anonadada.)

el cielo!... ¡Petra! ¡Ramona!
¿Estais mudos?

PETRA. ¡Calla! (Á Gaspar.)

SABINO. (Á Ramona.) ¡Calla!

PETRA. Á nosotros... dos millones.

ROBERTO. ¡Mas!... (Ap. á Petra.)

PETRA. ¡Y más! (Ap. á Gaspar: casi al oido.)

CONDESA. (Aterrada.) ¿No veis mi estado?
¿Qué sierpes se han enroscado
á todos los corazones?

PETRA. Si tienes hijos... — Con tiento,
que esta es su suerte, Gaspar.

SABINO. Á tí te pueden tocar
mas de cien mil.

RAMONA. (Maquinalmente.) Mas de ciento.

CONDESA. ¿No sabeis que se vulnera
mi honor? ¡La verdad imploro!
¡Por Dios!... ¿No veis que el que adoro
vuestras palabras espera?

SABINO. (Trescientos...) (Echando cuentas.)

CONDESA. Tú ¿no has pasado
toda la noche conmigo!
(Encarándose con Petra.)
Responde: dí...

PETRA. ¿Pues yo digo?...

CONDESA. Y usted ¿no sabe?... (Á Gaspar.)

GASPAR. Yo he estado...

CONDESA. Tú... (Á Ramona.)

RAMONA. ¿Yo, qué?...

CONDESA. Claro se ve...
Me matan... ¿No es desvarío?

RAMONA. Ciento... (Echando cuentas.)

SABINO. Trescientos... (Id.)

CONDESA. ¡Dios mio!
¿Por qué me matan, por qué?
Tú de esta inícua sentencia
el mismo agravio recibes...
¡Y él aquí! (Por Pablo.) ¡Por qué no escribes
en el rostro la inocencia!
(Pausa.)
Y ¿pensais que estos agravios
me envilecen? ¡Qué sandez!
¡Qué!... ¡La virtud, la honradez
dependen de infames labios!
¡Soy honrada! y aunque vea
el orbe lo que sucede,
el orbe entero no puede

hacer que yo no lo sea!
Si yo me debo quejar
á mí misma, á mí que vengo
á pedirles lo que tengo,
lo que ellos no pueden dar.
¡Mi honra! ¿quién os la pide,
si siempre me ha acompañado!
¡La debo á Dios, que me ha dado
el alma donde reside!
¡Callad! Destrozadme así.
Ya todo me importa nada;
que me basta ser honrada
para Dios y para mí!
¡Y lo soy! y ese desden
no me aflige... no me altera...
(Se vuelve, encuentra á Pablo y prorumpe en llanto.)
¡Ay, Pablo! Si yo pudiera
serlo para tí tambien!...

PABLO. (¡Callan!...)

CONDESA. Míralos atento.
¿Ves qué aspecto tan sombrío?
¿Por qué, si el delito es mio,
es vuestro el remordimiento?

PABLO. (¡Y callan!...)

CONDESA. ¿Por qué temblais?
¿Los ves? Temblando se hallan.
¡Todos tiemblan!... ¡Pero callan!

PABLO. (Sin poder contenerse.)
¡Infames! ¡por qué callais!
(Todas las figuras, hasta aquí abismadas y temblorosas, toman una actitud insolente al oir á Pablo.)
¡Yo solo tengo derecho
á juzgar sus extravíos!
pero á vosotros, impíos!
esta infeliz ¿qué os ha hecho?...
¿Por qué no sale una voz
de esas entrañas de roble?
Cualquier mentira es mas noble
que ese silencio feroz...
¡Si ya juzgo que la mengua
es vuestra y ella inocente!...
Y si alguno me desmiente
le voy á arrancar la lengua!...

CONDESA. (Trémula de gozo.)
¡Pablo mio!... ¡Pablo mio!!...

PETRA. (Con voz alta y desconcertada.)
Ella es rica... y de ese modo...

CONDESA. ¡No los ogias!...
PETRA. Y por todo
pasa.
PABLO. (¡Ay, Dios!) (Aterrado.)
CONDESA. (Procurando llevárselo.) En tí confio:
ven: salgamos sin demora
de estas gentes. Tú sabrás
lo que ha pasado.
PABLO. ¡Jamas
volvemos á hablar, señora!
CONDESA. ¡Ah!...
PABLO. ¡Silencio! ó no respondo
de nada. (Vase.)
CONDESA. ¡Vírgen María!...
llévame... (Cayendo sin sentido.)
PETRA. ¡Cielos! (Acudiendo.)
ROBERTO. (Que lleno de inquietud se ha acercado á los dos, oye con satisfaccion las últimas palabras de Pablo, y recibe en sus brazos á la Condesa.)
(¡Ya es mia!...)
¡Calma! (Á Petra, Gaspar, Sabino y Ramona, que le rodean espantados.)
(¡Negocio redondo!)

ACTO TERCERO.

Sala lujosamente amueblada en casa de la Condesa, en Madrid. Dos puertas á cada lado y una en el fondo.

ESCENA I.

ROBERTO y RAMONA.

ROBERTO. ¿Y está mejor?
RAMONA. ¡Ya lo creo!
Desde que dimos la vuelta
á Madrid, parece otra.
Ya no le repite aquella
convulsion... ¡Ay, don Roberto!
pasamos la pena negra
en las Provincias.
ROBERTO. Extraño
que á tí no te despidiera
despues...
RAMONA. Sí, señor; lo hizo.
Como usted con tanta priesa
vino detras de don Pablo
á poner en toda regla
la escritura, no ha sabido
lo que pasó.
ROBERTO. Cuenta, cuenta.
RAMONA. Quedó, despues de aquel lance,
muy tranquila; casi lela.
Escuchaba sin oir;
miraba sin ver. Y apénas
disculparnos pretendimos,
se puso como una fiera,

y agarrándonos del brazo,
nos echó de su presencia.
La verdad, dejarla allí
tan sola, nos daba pena. —
Estábamos indecisos,
cuando la misma Condesa
nos llama y nos dice, casi
con ternura, ¡si es muy buena!
«¿no sabeis que yo no puedo
aborrecer aunque quiera?
¿no sabeis que no hay agravio
mas grande que mi indulgencia?
¿Qué os he hecho yo? ¿Por qué causa
me matais? Decid siquiera,
por qué...» Vaya, si estas cosas
hacen llorar á las piedras.
(Enjugándose los ojos.)

ROBERTO. (Alarmado.)
¿Le dijisteis la verdad?

RAMONA. ¡Qué! no, señor. Doña Petra
dijo que el otro es su primo;
que toda la parentela
ambicionaba la boda,
y en fin, cosas como estas.
Yo, que estaba allí mi novio,
y porque no presumiera
que la cosa habia pasado
conmigo, y así... Mas ella,
«por eso no se asesina,»
daba por toda respuesta.
Y luego añade: «¡ay, qué imbéciles!
piensan engañarme...» Y suelta
una carcajada, y sigue
la carcajada, y no cesa
de reirse, y hasta el médico
se puso como la cera
cuando la vió, y hubo instantes
en que la dimos por muerta.
Se aliviaba: nos llamaba:
vuelta á las preguntas: vuelta
á las risas: y nosotros
sin saber por qué vereda
echar; pues dejarla sola
era crueldad manifiesta,
y estar á su lado, ¿cómo,
si nuestra misma presencia
la empeoraba? ¡Ay, todavía

me están temblando las piernas!
En fin, mejoró: vinimos...
y hoy pienso que nos sujeta
á su lado...

ROBERTO. ¿Por saber
el secreto?

RAMONA. Esa es su idea.
Nos pregunta... mas no insiste,
porque la pobre le tiembla
á la convulsion. — Nos trata
hasta con mimo.

ROBERTO. ¿De veras?

RAMONA. Pero saca las uñitas
que es un primor; y nos echa
unas pullas!... — Ayer vino
de visita una marquesa.
«¿Qué hay de nuevo?» preguntó
el ama, y ella contesta:
«que Pablo ha tronado, y dicen
que vendió su última dehesa
para comprar una quinta
de recreo. ¡Qué ocurrencia
de muchacho!» ¡Nos dió un susto
de mi flor!

ROBERTO. (Inquieto.) ¿Y la Condesa?

RAMONA. Ya se ve, como de todo
quiere sacar consecuencias
para su avío, se puso
muy pensativa.

ROBERTO. ¿Y sospecha?...

RAMONA. Nada. Sabe que vendió:
nada mas.

ROBERTO. ¡Ah!

RAMONA. ¿Y á qué fecha
cumple el plazo?

ROBERTO. (Desentendiéndose.) No recuerdo...

RAMONA. (Sorprendida.)
Señor, ¿usted no recuerda?...
(Suena una campanilla.)
¿Qué le ocurrirá?... ¡que suele
tener unas ocurrencias!...

ROBERTO. Anda á ver...

RAMONA. Como á su lado
hay que usar tanta reserva,
cuando una está con los socios
y puede hablar con franqueza,
se esplaya y... (Suena la campanilla.)

¿Digo que usted
la aguarda?

ROBERTO. No corre priesa.

ESCENA II.

ROBERTO, SABINO.

ROBERTO. (Mirando al reloj.)
Cada minuto me vale
seis mil duros. ¡Quién pudiera
sobornar al tiempo!

SABINO. (Despues de mirar á Roberto.)
¡El hombre!...
Veremos... ¡Ejem! (Tosiendo.)

ROBERTO. ¿Quién llega?
¿Y don Pablo?...

SABINO. Ahora lo he visto.

ROBERTO. ¿Busca el dinero? Lo encuentra?...

SABINO. No hay que asustarse. Lo dejo
metido en casa, y no piensa
en tal cosa. — Desde que hizo
el trato de retro-venta,
aborrece las cuestiones
de dinero. — Solo espera
á ver si le sobra algo
de la fianza y la Hacienda
se lo devuelve, y con eso
quiere vivir en su tierra...

ROBERTO. Y dí: ¿no se comunica?

SABINO. ¡Quiá! Con nadie: ¡bueno fuera!...
Él está endeblillo: el médico
ha mandado que no tenga
fuertes impresiones. Yo,
que no olvido la receta,
y de sus pocos criados
soy el que está mas alerta,
va un amigo, lo despido
y me aguanto; va una esquela,
la rompo; y así no tiene
ninguna impresion violenta.
Hoy quiso salir de casa.

ROBERTO. ¿Y salió?

SABINO. No: la cabeza
le empezó á doler: vestido
se echó en la cama: las puertas

he cerrado, y aquí vengo,
y allí lo dejo que duerma.

ROBERTO. (Ya es seguro... ¡Qué primada!
¡Ofrecerles la tercera
parte!... ¡y por ménos!... ¡Si soy
un perdido!...)

SABINO. Y doña Petra,
¿ha bajado? Traigo el parte.

ROBERTO. ¿Qué parte?

SABINO. Yo le doy cuenta
diaria de lo que pasa
á mi amo.

ROBERTO. Pues se inquieta
sin motivo, porque el plazo
aun no cumple.

SABINO. ¿Cuánto resta?

ROBERTO. Lo ménos una semana.

SABINO. ¿Una semana?

ROBERTO. Sí.

SABINO. (Despues de mirar su reloj.)
Treinta
y cinco minutos.

ROBERTO. ¿Sabes?...

SABINO. (Sonriendo.)
Quizas usted no lo sepa.

ROBERTO. ¿Por qué se lo has ocultado?...

SABINO. Y usted ¿por qué lo reserva?

ROBERTO. Yo por...

SABINO. ¿Á que soy capaz
de adivinarlo?

ROBERTO. ¿De veras?

SABINO. Si el negocio aun para cinco
es tan magnífica breva,
dígame usted: ¿qué seria
para dos?

ROBERTO. ¡Ah, pillo!

SABINO. ¿Eh?

ROBERTO. Deja...
(Mira en un momento todas las puertas desde el centro del teatro.)
Y es verdad. ¿Qué han hecho ellos
para tanta recompensa?

SABINO. Quedarse cuatro minutos
perláticos y sin lengua.

ROBERTO. ¿Y han de doblar treinta veces?...

SABINO. Es un cargo de conciencia.

ROBERTO. Yo... si vendieran su parte...

SABINO. Repartámonos la presa.
Para usted el matrimonio
y para mí la doncella.

ROBERTO. Hay manera de obligarles
á soltar...

SABINO. Pnes quizas sea
lo que yo he pensado.

ROBERTO. Á ver
si adivinas la manera.

SABINO. Estos partes que yo traigo
de don Pablo, segun sean
adversos ó favorables,
pondrán el papel moneda
en alza ó baja. Lo mismo
que en la Bolsa.

ROBERTO. ¡Bien empiezas!
Sigue.

SABINO. Si hoy llego y le digo:
«nos quedamos sin la dehesa:
don Pablo pronto reune
los quince mil;» y usted llega
sin saber esto, y les dice
que aun falta semana y media
para que el plazo se cumpla,
y en seguida manifiesta
intenciones de comprar
su parte, como ella piensa
que está perdido... en tomando
mas de lo que dió, la suelta.
Ramona, con el ejemplo,
ya la estoy viendo deshecha
por vender. Si yo le digo
que hay un tonto que desea
comprar su parte en el doble
de lo que ella ha dado... acepta.
Y como yo soy el tonto,
la compro con mano ajena. —
Usted me dará el dinero
que cueste, y todo se arregla
entre los dos. Esto es lícito;
estas son las contingencias...
Señor, ¿en qné sociedad
los socios no se codean?
Esto es natural. Yo veo
que los negocios empiezan
por muchos, y poco á poco
entre poquitos se quedan.

(Pausa en que los dos se miran con satisfaccion.)
¿Qué tal?

ROBERTO. Salud al futuro capitalista!

SABINO. Así sea.

ROBERTO. Sin pérdida de momento das la noticia funesta, el parte triste.

SABINO. Ahora mismo.

ROBERTO. ¿Vienen?...

SABINO. Sí.

ROBERTO. Que no vos vean...

SABINO. Para usted el matrimonio y para mí la doncella.

ESCENA III.

ROBERTO, PETRA y GASPAR.

ROBERTO. (Mira el reloj y dice con alegría.) Ya estará la escribanía cerrada.

GASPAR. (Amostazado.) Chico, ¿tú intentas perderme?

ROBERTO. (Alarmado.) ¿Qué estás diciendo?

PETRA. Hola, Roberto.

ROBERTO. Adios, Petra.

GASPAR. Has extendido la voz de que he logrado una inmensa ganancia en un gran negocio...

ROBERTO. Hombre, el negocio lo esperas.

GASPAR. No está hecho, y ahora mismo dos personas, cuya hacienda administro, y á quien debo mil atenciones, me ruegan que les preste cantidades... ¡y no las tengo!...

ROBERTO. Y ¿te alteras por eso?

GASPAR. ¡Y no me creerán: y será fácil que pierda su administracion.

ROBERTO. (Dió lumbre.)

PETRA. Diga usted, ¿cuándo se cierra el plazo? ¿Cuándo salimos de angustias?

ROBERTO. Ya... poco queda.
PETRA. ¿Quizas mañana?!...
ROBERTO. Ocho dias.
PETRA. ¡Ocho mas!...
GASPAR. ¡Maldita sea
la hora!...
PETRA. Calla.
ROBERTO. Si tanto
este negocio te pesa,
yo te compraré tu parte.
GASPAR. Yo...
PETRA. (Interrumpiéndolo.)
¿Le es á usted tan molesta
la compañía?
ROBERTO. No insisto. —
Miéntras sale la Condesa,
voy á entrar en su despacho.
PETRA. Bien.
ROBERTO. Á poner cuatro letras.
(Él vacila, y ella vende
en cuanto sepa la nueva.)

ESCENA IV.

PETRA, GASPAR.

PETRA. ¿Ves? Compra. Buen testimonio
de que ya seguro es
el negocio.
GASPAR. Y tú ¿no ves
que á mí me lleva el demonio?
PETRA. ¡Gaspar!
GASPAR. Y ¿no te estremece
esa mujer casi loca,
pendiente de nuestra boca,
que sellada permanece?
PETRA. ¿No ves que son dos millones
y medio, solo tu parte;
que estás expuesto á quedarte
sin dos administraciones;
y que tambien la Condesa
la suya te ha de quitar?
¡De qué vivimos, Gaspar,
si se malogra la empresa!
GASPAR. ¡Oh! sí. Pero en tí, no labra
su dolor? ¿No te remuerde?...

PETRA. ¡Y quién su negocio pierde
por decir una palabra! —
Piensa en nuestro porvenir.
Ya no me quieres, Gaspar. (Acariciándole.)

GASPAR. (¡Mi crímen fué comenzar,
y mi castigo seguir!)

PETRA. ¡Y vacilas!...

GASPAR. ¡Yo sentencio
á la deshonra y el llanto,
á quien quiero y debo tanto!
¡Si es horrible!...
(Ramona arrolla con una mano la portiera de la primera puerta de la izquierda, y pone un dedo de la otra en la boca, indicando que callen.)

PETRA. ¡Ella! ¡Silencio!

ESCENA V.

DICHOS, la CONDESA y RAMONA.

CONDESA. Hola, buena gente.

GASPAR. (Con alegría.) (Creo
que mas aliviada está.)

PETRA. ¿Te sientes bien?

CONDESA. ¿Cómo os va
desde anoche que no os veo?

PETRA. Muy bien.

CONDESA. ¿Las noches pasais
en un sueño?

PETRA. Sí.

GASPAR. ¿Y la enferma?...

CONDESA. Es raro que yo no duerma
y que vosotras durmais.

RAMONA. (Ya empieza.)

CONDESA. ¡Qué feliz eres!
¿Duermes bien?

PETRA. Pues ¿no te digo
que sí?

CONDESA. ¿No sueñas conmigo?

PETRA. No tal.

CONDESA. ¡Qué poco me quieres!
(De pronto á Gaspar.)
¿Y usted sueña?

GASPAR. Yo...

PETRA. (Se altera!)

CONDESA. ¿No sueña usted?
GASPAR. Yo... si yo...
CONDESA. Desde que tanto calló
no dice palabra entera.
Parece que tiene un nudo
en la lengua.
GASPAR. (Queriendo reirse.) ¡Qué locura!
CONDESA. ¡Pobrecito! Si esto dura,
se me queda tartamudo.
¿Ramona? Ven.
RAMONA. (¡Madre mia!)
CONDESA. Ven.
RAMONA. (Si me apura me pierdo.)
CONDESA. Yo tengo un vivo recuerdo
de aquel cuadro... de aquel dia.
En tanto que yo pedí
cuentas de mi honor en vano,
por los dedos de la mano
tú echabas cuentas... así... (Lo hace.)
¿Es verdad?
RAMONA. Tengo una idea...
CONDESA. ¿Qué contabas?
RAMONA. No sé bien.
CONDESA. Recuerda.
RAMONA. Yo... yo...
CONDESA. ¡Ay! ¡tambien
Ramona tartamudea!...
¡Já, já! ¡Qué escena tan bella
cuando todos os quedeis
tartamudos!...
(La observan todos con gran inquietud.)
No tembleis,
que esta risa no es aquella.
¡No! Si ya tengo valor
para todo; ya estoy firme...
Morirme... solo morirme
no me diera gran dolor;
porque ya veis que no puedo
ser mujer mas desdichada;
pero á morir deshonrada,
la verdad, le tengo miedo.
Como hoy mi afrenta es segura,
dirán, mirando mi losa,
que mi vida escandalosa
me labró la sepultura.
Y ya veis, esto es capaz...
Hoy no vivo ni sosiego;

y que no me dejen luego
tampoco dormir en paz!...

PETRA. Vamos, cálmate; deten
el llanto: mira por tí;
no te apures.

CONDESA. ¡Esta sí
que habla claro y duerme bien!
¿Lees periódicos?

PETRA. Á veces.

CONDESA. ¿Tienes aficion...

PETRA. Sí tal.

CONDESA. Á la seccion criminal? (Pausa corta.)
¡Petrita, que palideces!...
¿Leiste cierta desgracia
en que hubo envenenamiento,
y venta, y un documento...
¿cómo era?... á carta de gracia.—
Dieron muerte al criminal;
garrote: sabes?

PETRA. No sé...

CONDESA. Pues aquí te traigo...

PETRA. (Asustada.) ¡Qué!

CONDESA. La acusacion del fiscal.
¡Y qué bien pide justicia!
Y pinta al pobre labriego
juntando el dinero, y luego
la inquietud y la avaricia
del verdugo, y pide en precio
de sus maldades, la muerte.
Pues que tanto te divierte
esta seccion, lee de recio.
Lee.

PETRA. ¿Yo?...

CONDESA. Parece que mengua
tu audacia. — Venid los dos.
Lee.

PETRA. Sí, sí... (Se le cae el periódico.)

CONDESA. ¡Grácias á Dios
que te se traba la lengua!... —
Pablo vendió... La escritura,
(Cambiando de tono.)
¿en qué forma... cómo es?

GASPAR. ¡Señora!... (Va á arrodillarse.)

PETRA. (Pasando repentinamente á su lado.)
¡Calla! ¿No ves
que alimentas su locura?

CONDESA. ¡Locura!...

PETRA. La convulsion
te amaga: ten caridad...

CONDESA. ¡Infcuos!... (Sí, sí; es verdad:
(Conteniéndose.)
no perdamos la razon.
Lo quieren...)

RAMONA. Temo que ahora...

(Ramona y Gaspar observan con inquietud y lástima á Isabel.)

ESCENA VI.

DICHOS y SABINO, que entra muy de quedo y toca á PETRA en el hombro.

SABINO. ¡Chis!

PETRA. ¡Calla! — ¿Qué cara es esa?

SABINO. Nos quedamos sin la dehesa.
Todo se perdió, señora.

PETRA. ¡Qué!...

SABINO. Que mañana un amigo
da la suma.

PETRA. ¡Y tanto anhelo!...

SABINO. No hay mas.

PETRA. Castigo del cielo,
¡pero qué horrible castigo!

SABINO. ¡Prudencia! De cierto modo
podemos sacar bocado.
Don Roberto...

PETRA. Ese malvado
tiene la culpa de todo.

SABINO. Del caso ignorante está.

PETRA. ¡Pues calla! ¿Quiere comprarte?...

SABINO. ¡Eso!... le vendo mi parte.

PETRA. Calla y vende.

SABINO. (Venderá.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos SABINO.

PETRA. ¡Qué inútil crímen!

GASPAR. ¿Y puedes
sufrir tan enorme peso?

PETRA. ¿Isabel?

CONDESA. ¿Qué?

PETRA. Te confieso

la verdad, si nos concedes
tu perdon.

CONDESA. Sí; mi perdon...
habla: no te quedes muda.

RAMONA. (¡Ay, me alegro!)

GASPAR. (¡Dios sin duda
le ha tocado al corazon!)

CONDESA. Mostrad la red en que presa
me teneis. Dadme la vida.

PETRA. Sí; Pablo tiene vendida
(Con expresion de vergüenza y arrepentimiento.)
á retro-venta una dehesa.

CONDESA. ¡Ah! ya...

PETRA. Roberto compró
y á nosotros nos dió parte,
y dijo que de casarte
con Pablo... perdiamos...

CONDESA. ¡Oh!
¡Mi sospecha!...

PETRA. Ya verás
que siento haberte ultrajado.

CONDESA. ¿Y no habeis envenenado
á Pablo? No falta mas
Ni aun eso falta.

GASPAR. ¡Por Dios!...
¡Yo he condenado y condeno
mi crímen!...
(Cae á sus piés: Petra se cubre el rostro con las manos; Ramona se enjuga los ojos.)

CONDESA. ¡Qué mas veneno
que el que tenemos los dos! (Pausa.)
Y matan á aquel... (Señalando el periódico.)
Y en calma
quien igual delito emprende
vive, que la ley defiende
el cuerpo, pero no el alma.
No hay diferencia en los dos
delitos, y en la sentencia
á uno muerte, á otro opulencia...
Pero ¿qué importa? ¡si hay Dios!
De mundo tan justiciero
nada aguardo. — En tí, Dios mio,
en tí nada mas confío;
tú me salvarás: lo espero. —
Decid: ¿el plazo ha espirado?

PETRA. No.

CONDESA. ¿Qué falta?

PETRA. Una semana.
CONDESA. ¡Oh! pues en vano se afana
la codicia del malvado.
¡Yo soy rica! y haré yo
que mi Pablo... ¡ay, desdichada!...
de una mujer deshonrada
no admite favores, ¡no!
PETRA. Roberto de tu inocencia
tiene la prueba cumplida.
CONDESA. ¡Sí!?...
PETRA. Pedirá...
CONDESA. Que me pida
mi fortuna, mi existencia.
PETRA. Está en casa y quiere hablarte.
CONDESA. Idos, idos sin demora.
GASPAR. Y yo al momento, señora,
le voy á vender mi parte.
PETRA. Si él descubre, dará traza...
CONDESA. No. Mas por Dios que vendais,
que os tiemblo miéntras tengais
en la boca esa mordaza.

ESCENA VIII.

La CONDESA, despues ROBERTO.

CONDESA. Ya sé el mal que me atormenta.
Aun verlos se me figura
negociar mi desventura,
sumar y restar mi afrenta!...
Esa prueba... ¿De qué modo?...
ROBERTO. (La ocasion es oportuna:
hoy me ayuda la fortuna
y debo intentarlo todo.)
Condesa... ¿Qué tal?...
CONDESA. Mejor.
ROBERTO. Á curar á usted me obligo
por completo.
CONDESA. ¿Sí?
ROBERTO. El amigo
va á convertirse en doctor.
Á usted la quita la vida
la calumnia.
CONDESA. ¿Quién lo ignora?
ROBERTO. Pues respire usted, señora,
la calumnia está vencida.

CONDESA. ¡Ah! ¿Cómo?...
ROBERTO. He luchado á muerte;
pero he sabido vencer,
y he callado hasta poder
hablar á usted de esta suerte.
Andrés...
CONDESA. ¡Ah! (Con repugnancia.)
ROBERTO. Despues de aquello
me escribió la verdad clara.
Quiso que yo negociara
en su favor su atropello.
CONDESA. ¿Y escribe la verdad?
ROBERTO. Toda;
que el escándalo movió,
porque el escándalo y yo
concertáramos su boda
con usted; que estuvo allí
solo.
CONDESA. ¿Eso dice! ¡y la carta!...
¿Quién la tiene?
ROBERTO. No se aparta
un solo instante de mí.
CONDESA. ¡Ah! ¡Venga, venga al instante!...
Por Dios, que no pase un dia...
ROBERTO. ¡Calma! Si hay mas todavía.
CONDESA. No: si con eso es bastante.
ROBERTO. He comprado documentos
que comprometen á Andrés,
y el brillante jóven es
huésped en estos momentos
de la cárcel. Así muere
su crédito; así evita
las dudas; así acredita
lo que en la carta refiere,
y quedan ustedes dos
en el puesto merecido.
CONDESA. ¡Ay! Dios de usted se ha valido,
Roberto; gracias á Dios.
ROBERTO. He buscado con afan
á todos nuestros amigos,
á los que fueron testigos
de aquel lance: aquí vendrán;
que los traigo á que proclamen
el triunfo. (Con entusiasmo.)
CONDESA. ¡Vírgen María!...
Yo tambien de parte mia
haré que á todos los llamen.

ROBERTO. Sabrán la prision de Andrés;
verán su firma y su letra.
CONDESA. ¡Gracias! (Estrechándole una mano.)
(Si es bueno; si Petra
me ha engañado.)
ROBERTO. Y yo despues,
para que ni al mas villano
quede la duda menor,
yo, que soy hombre de honor,
á usted pediré su mano.
CONDESA. (¡Ah! Ya comprendo... (Pausa.)
ROBERTO. Usted vea
si el hombre que ha obrado así...
CONDESA. (¿Cómo decirle que sí
de modo que él me lo crea?)
ROBERTO. ¿Qué ha hecho Pablo, que jamas
mereció tanta ternura?
CONDESA. (¡Eh! ¡valor! ...)
ROBERTO. Con su locura
perder á usted. ¿Ha hecho mas?
Veremos si usted resuelve
tratar con mejor agrado
al que su honor le ha quitado
que al que su honor le devuelve.
CONDESA. Él ya no trata de amor;
pues como pobre se mira
y teme al mundo, no aspira
á nada.
ROBERTO. Tanto mejor.
CONDESA. Mas estas cosas conviene
tratarlas...yo...bien se ve
mi posicion: yo no sé
la posicion que usted tiene. (Pausa.)
ROBERTO. (Cuando empobreció su amante
lo trató con esquivez:
bien lo recuerdo; y tal vez
no soy rico lo bastante...)
Diré sin reserva alguna...
Mas calle usted...
CONDESA. Mientras viva.
ROBERTO. Mi mayor fortuna estriba
en que ignoren mi fortuna.
Yo no he heredado riquezas:
he hecho alguna: ahora comienzo.
CONDESA. ¿Y cuánta?
ROBERTO. Si me avergüenzo
de confesar mis flaquezas. —

Se reduce mi caudal
á dos millones.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. Entro en negocios: soy ducho;
y esto es un gran capital.

CONDESA. No es mucho.

ROBERTO. (Resentido.) Y mi posicion
es ménos, si usted me resta
diez mil duros que me cuesta
poner á Andrés en prision.
No espero que usted deduzca
esta suma.

CONDESA. ¡Ah! no, señor.

ROBERTO. Y aun espero que en amor
algun interes produzca.

CONDESA. Ya basta, usted no comprenda
que soy avara.

ROBERTO. No. Es justo
que tratemos.... y yo gusto
de que la gente se entienda. —
Y un negocio que ya miro
cercano, que doy por hecho,
puede darnos de provecho
seis millones!

CONDESA. (Fingiendo alegría.) ¡Seis!

ROBERTO. (Observando su alegría.) (Respiro.)
(Pausa corta.)
El escribano al instante
vendrá, si aquí no se encuentra.

CONDESA. ¿Lo ha citado usted?

ROBERTO. Sí. ¿Entra
ó no?

CONDESA. Que pase adelante.

ROBERTO. ¿Será tan feliz mi estrella?

CONDESA. ¿Pues qué mas he de decir?

ROBERTO. ¡Oh! Voy á hacerlo venir,
si no está en casa.
(Al desaparecer, examinando rápidamente á la Condesa.)
(¡Y es bella!)

ESCENA IX.

La CONDESA, despues GASPAR, RAMONA y PETRA.

CONDESA. ¡Y piensa que he de acceder!...
Soy avara: ¿por qué no? —

¡Prudencia! que tambien yo
algun negocio he de hacer. —
Que escuche Pablo es preciso,
de mi inocencia la prueba.
¿Qué causa habrá que le mueva
á venir? ¿Con quién le aviso?
(Tira de un llamador y suena la campanilla.)
¿Vendrá?... ¡Qué dulce contento
cuando sepa lo que pasa!...
Si estoy por ir á su casa
yo misma... —¡Qué atrevimiento!...
¡Jesus!... Él duda, y si ve
determinacion tan ruda,
acrecentarán su duda
los arranques de mi fe. —
¿Quién irá? ¡Dios de los buenos!
¿Ha vendido usted?... (Á Gaspar.)

GASPAR. Lo ansio.

CONDESA. (¡No! pues de tí no me fio.)
(Se adelanta y encuentra á Ramona.)
(Ni de tí.)

PETRA. ¿Qué?

CONDESA. (De esta ménos.
Mi mayordomo... Él me adora
y llorará en mi demanda,
y cualquier dureza ablanda
un viejecito que llora.
¿Quién mejor? Ese es mi socio,
que á pesar de su edad fria,
no comprehde todavía
lo que es hacer un negocio.)

ESCENA X.

PETRA, GASPAR, RAMONA, ROBERTO.

PETRA. Despues de hablar con Roberto
se queda contenta... Es raro.

GASPAR. ¿Y por qué?

PETRA. Roberto vuelve.
Dáme acá.
(Le coge el papel que tiene Gaspar en la mano.)
Yo haré el contrato.

RAMONA. Yo tambien quiero...
(Presentando otro papel que trae en la mano.)

PETRA. Pues guarda

el papel. Si ve que estamos
resueltas, nos dará ménos.

ROBERTO. (Lleno de gozo.)
(¡Esto es hecho!... El Escribano
dice que nadie, que nadie
se presenta á hacer el pago.
¡Y faltan trece minutos!
Y se queda formulando
mi escritura de esponsales...
y á mas estos desdichados
hablaron ya con Sabino
y venderán. ¡Oh!...)

PETRA. (Si lanzo
la proposicion me temo
que sospeche.)

ROBERTO. (¿Y cómo trato
la compra?... ¿Cómo dejarme
engañar sin escamarlos?)

RAMONA. (Ap. á Petra.)
Aprisa, que ya el negocio
me pesa mas que un pecado.

PETRA. ¿Roberto?

ROBERTO. Señora...

PETRA. Usted
sabe el apuro en que estamos.
Nos piden estos señores
dinero...

ROBERTO. Sí, me hago cargo.

PETRA. No sabemos qué camino
tomar...

ROBERTO. Pues, Petra, es bien llano;
si ustedes venden la parte
que les di, la compro.

PETRA. Harto
lo siento; pero Gaspar,
ya usted ve, se ha puesto malo...
(Señalando á Gaspar, que está echado en una butaca.)

ROBERTO. ¿Es calentura el negocio?

RAMONA. (Casi, casi.)

PETRA. Como Pablo
es su amigo...

ROBERTO. La salud
es ántes que nada.

PETRA. ¿En cuánto
compra usted?

ROBERTO. Yo...doy el doble
de lo que han puesto.

PETRA. ¡Qué parco
es usted!
ROBERTO. Como el esposo, (Señalando á Gaspar.)
señora, es tan delicado
cuanto mas gane, serán
mayores sus sobresaltos.
PETRA. Pero los que ya ha sufrido
justo es que produzcan algo.
ROBERTO. Usted puso, deducida
la parte de los muchachos,
cuatro mil duros. Doy doce.
RAMONA. (Ya triplica.)
PETRA. Hablemos claros.
Si el negocio se deshace
lo que hemos puesto sacamos.
Cuando usted ofrece mas...
ROBERTO. Juego un albur temerario.
PETRA. Sabe usted que es el negocio
seguro, y en ese caso...
ROBERTO. Ese argumento me priva
de ofrecer mas.
PETRA. ¿Cómo!
ROBERTO. Es claro:
porque tendrá mayor fuerza,
señora, si mas me alargo.
PETRA. Si usted á los diez y seis
llega...
ROBERTO. En los doce me planto.
RAMONA. (Ap. á Petra.)
Por Dios, señora, que temo
que se arrepienta. (Suena una campanilla.)
ROBERTO. ¿Han llamado?
PETRA. ¡Si descubre que devuelve
la suma!...
ROBERTO. Si algun acaso
manifiesta que es seguro
el negocio... ¿Qué haré?
PETRA. Vamos...
Gaspar repugna estas cosas
y acepto.
ROBERTO. No me retracto.
Traiga usted el documento
que les hice.
PETRA. Aquí lo traigo.
ROBERTO. Pondré un pagaré.
RAMOBA. (Mostrando su documento.) Señor,
este es el papel firmado

por usted, al admitir
mis ocho mil en el ajo.
Vendo mi parte si usted
me triplica.

ROBERTO. No he tratado
contigo.

RAMONA. Pero...

ROBERTO. (Indeciso.) (Es la presa
de Sabino.)

PETRA. Pues es raro
que usted...

ROBERTO. Venga. (¿Quién rechaza
lo que se viene á las manos?)
Firmaré dos pagarés.
(Se va á la mesa, saca dos pagarés y los llena.)

PETRA. ¿Pagarés?...

ROBERTO. Á corto plazo.

PETRA. Bien.

ROBERTO. Y en la plaza mi firma
es dinero.

GASPAR. (Si no acabo
de comprender cómo pude
callar...¡Oh! ¡Cuando aquel cuadro
me represento, se hiela
mi sangre!... ¡Qué horrible pasmo
sufrió mi conciencia!...Halléme
convertido en un malvado.)

ROBERTO. Tome usted. — Doce mil duros. (Á Petra.)
El tuyo de veinticuatro
mil reales. (Á Ramona.)

RAMONA. (Guardándolo en el pecho.)
(Si ahora me cae
algun negocito manso...)

ESCENA XI.

DICHOS, SABINO.

SABINO. Señores, está el salon
lleno de gente.

RAMONA. Es extraño...

SABINO. (Despues de observar á Petra y Roberto.)
(Esto me huele á...¿Si el parte
habrá ya fructificado?
¿Ha vendido doña Petra?

RAMONA. Sí tal, y á precio bien alto.

SABINO. Hay un tonto que pretende
comprar tu parte: volando,
véndela.

RAMONA. Si la he vendido.

SABINO. ¡La has vendido! ¿Á quién?

RAMONA. Al amo
del negocio. Á don Roberto.

SABINO. Díme: ¿y él te la ha comprado?

RAMONA. ¿Á que el tonto que decias
eres tú?

SABINO. (Voy sospechando
que es verdad.)

RAMONA. (Veré qué gente
es esa.) (Sale.)

SABINO. (Ap. á Roberto.)
Doy por sentado
que usted me traspasará
la parte...

ROBERTO. Yo no traspaso
nada: yo siempre negocio
á todo riesgo.

SABINO. (Conteniendo la ira.) ¡Y el pacto!

ROBERTO. Estas son las contingencias...
Ya sabes que al fin y al cabo
estos negocios, Sabino,
se quedan en pocas manos.

SABINO. Conque yo tracé...

PETRA. ¿No vendes,
Sabino?

SABINO. (Furioso.) Si estoy rabiando
por comprar; si están ustedes
en babia; si para el plazo
faltan solo ocho minutos.
¡Ocho!

PETRA. ¡Cómo! (Se levanta Gaspar.)

SABINO. ¡Si don Pablo
no pretende recobrar
la finca, ni lo ha soñado!

PETRA. (Llena de ira.)
¿Con que usted?...

ROBERTO. Y usted, señora,
¿por qué vendió?...

GASPAR. (Poniéndose en medio.) Basta: vamos.

ROBERTO. Esto tienen los negocios.

GASPAR. (Á Petra, que quiere hablar.)
Vámos fuera.

SABINO. ¡Si hoy no bramo!...

(Vase Sabino.)

ROBERTO. Suplico á ustedes que aguarden
en el salon. Hoy con datos
evidentes, con mil pruebas
irrecusables, rechazo
la calumnia de que es víctima
mi futnra esposa. Hablo
de la Condesa.

GASPAR. (¡Qué es esto!)

PETRA. ¡Se casa usted!...

ESCENA XII.

DICHOS, la CONDESA.

CONDESA. ¿Qué ha pasado
aquí?

PETRA. Y ella aconsejaba
la venta... (Ap. á Gaspar.)

GASPAR. ¡Imposible!...

ROBERTO. (Á la Condesa.) Gano
aun mas de lo que creia
en el negocio.

PETRA. Yo aplaudo
tu resolucion.

CONDESA. ¡Qué!...

PETRA. Ya
que sé la boda, no extraño
que cuides los intereses
de tu futuro, y que tanto
empeño, tanta destreza
pusieras en obligarnos
á vender...

ROBERTO. (¡Oh! ¡me ayudaba
sin yo saberlo! ¡Qué hallazgo!)

CONDESA. Ya tú ves si es natural...

PETRA. No sé si es lícito, estando
hecho el negocio; pues sabes
que para cumplir el plazo
faltan solo ocho minutos.

CONDESA. ¡Ocho!!

PETRA. Ménos.

CONDESA. (¡Cielo santo!)

ROBERTO. (Observando su turbacion.)
¿Isabel?...

CONDESA. (Conteniéndose.) Usted me dijo

que era asunto terminado,
y aun puede... (En tono de reconvencion.)

ROBERTO. (Procurando tranquilizarla.) Si aun falta ménos
de lo que dice...

PETRA. (Á Gaspar.) ¡Insensato!...
¿Ves?...Todos hacen negocio!...

GASPAR. ¡Es imposible!...

PETRA. ¡Oh! Salgamos
de su presencia. (Salen Petra y Gaspar.)

ROBERTO. Si aquí
me he traido al escribano
que ha de recibir la suma,
y nadie se ha presentado
á entregarla.

CONDESA. (Fingiendo calma.) Pues entónces..

ROBERTO. Ni el mismo Pablo hace caso
de tal cosa.

CONDESA. ¿No?...

ROBERTO. En su casa
está durmiendo.

RAMONA. (Saliendo.) Don Pablo
pide licencia...

ROBERTO. ¡Ah!

CONDESA. (¡Valor!)

ROBERTO. ¡Si traerá!...

CONDESA. No, no hay cuidado...

ROBERTO. ¡Por qué!...

CONDESA. (Tranquilizándolo.) Mandé que avisaran
á todos los que se hallaron
presentes...

ROBERTO. ¿Sí?

CONDESA. Y él sin duda
vendrá como uno de tantos.
Que pase adelante. (Á Ramona.) Usted
lo recibe. (Váse.)

ROBERTO. Oigo sus pasos.
(Entra Pablo.)
Ya está aquí. ¿Traerá el dinero?...
¡Si no me atrevo á mirarlo!

ESCENA XIII.

ROBERTO, PABLO.

PABLO. No está. Esperemos. Gran Dios,
¿cuál es la prueba? ¿Cuál es?

ROBERTO. (Mirando con ansia el reloj.)
(Faltan tres...ménos de tres...
ménos...ménos...casi dos.)

PABLO. Tengo obligacion sagrada
de escuchar su voz propicio,
que el que no escucha da indicio
de que la maldad le agrada.
Cumpliré mi obligacion...
El viejecito exclamaba:
«¡Es imposible!» y lloraba
y no daba mas razon.
Y por mas que me avergüence
sigue el alma en sus prisiones,
y tampoco da razones,
y tampoco se convence!...
¡Oh Dios!...¡aunque huya de mí;
aunque dichosa la vea
en brazos de otro, que sea
tan pura como creí:
y líbrame del rubor
que enrojece mi semblante,
de ser silencioso amante
de una mujer sin honor!...
Ya tarda: ¿por qué motivo
esas pruebas me demora?
(Se acerca á Roberto.)

ROBERTO. (¡Oh! si pasada la hora
me lo da, no lo recibo.)

PABLO. ¿Roberto?...

ROBERTO. (Con voz alterada.) ¿Qué es lo que quieres?
¿Á qué vienes á esta casa?
¿Me buscas á mí?

PABLO. ¿Qué pasa
para que tanto te alteres?

ROBERTO. (No trae nada.)
(Pausa: un reloj de timbre da las doce.)
(Esa es...esa...
la hora!!...) Pablo, ya es mia
la dehesa.

PABLO. (Con abatimiento.) Cierto: hoy cumplia...

ROBERTO. (Respira.) (Con la mano en el corazon.)

PABLO. Tuya es la dehesa.

ROBERTO. Me alegro de mi ganancia,
(Tomando su tono habitual.)
y siento que hayas perdido.

PABLO. Ya si que por algo he sido
tu amigo desde la infancia!

ROBERTO. Calma tu rencor profundo,
pues sin razon me aborreces;
ya es necesario que empieces
á saber lo que es el mundo.
Gaspar se llama tu amigo;
la Petra te quiere bien,
y á pesar de eso tambien
tomaron parte conmigo
en el negocio.

PABLO. ¡Tomaron
parte!...

ROBERTO. Y Sabino, y ¿qué mas?
hasta Ramona; y quizás
por eso todos callaron,
cuando la pobre Condesa...

PABLO. ¡Qué!...

ROBERTO. Ya la vieron casada
contigo y desempeñada
con su fortuna tu dehesa.
Todo se da á Belcebú
cuando media el interes.

PABLO. ¡Callaron!...

ROBERTO. Este que ves
es el mundo.

PABLO. ¡Ese eres tú!
Si esa maldad tan cruel;
si avaricia tan grosera
fuera el mundo, yo tuviera
vergüenza de estar en él!...
¿Y la Condesa?...(Buscándola impaciente.)

ROBERTO. De aquí
salió; mas si algo la quieres,
á mí me ha dado poderes
para recibirte.

PABLO. ¡Á tí!

ROBERTO. ¿Lo dudas, y á enmendar vengo
el daño que tú has causado?...
Yo las pruebas he buscado
de su inocencia y las tengo.
Tú ya estabas decidido
á renunciar á su amor:
yo que vuelvo por su honor,
en cambio su mano pido.

PABLO. ¡Y ella!...

ROBERTO. Por muchas razones
que solo en tí no hacen mella...

PABLO. ¿Ella acepta?...

ROBERTO. Tambien ella
atiende á las posiciones.

PABLO. ¡Ella contigo se casa!...

ROBERTO. Ya soy rico, manifiesto
su inocencia y...

PABLO. ¡Para esto
me han sacado de mi casa!
¡Huyamos!...que en su presencia
no seré dueño de mí.

CONDESA. ¿Pablo?... (Saliendo.)

PABLO. ¡Su voz!...

CONDESA. Hoy aquí
se demuestra mi inocencia:
perdone usted si un momento
á detenerse le obligo.

PABLO. Sí tal, y seré testigo
de todo y del casamiento.
(La Condesa se dirige á la puerta del fondo, esta se abre y aparece el salon lleno de gente.)

ESCENA XIV.

La CONDESA, PABLO, ROBERTO, GASPAR, PETRA, un ESCRIBANO, SEÑORAS y CABALLEROS.

ROBERTO. (¡Hoy cuánta envidia provoco
con mi fortuna sin tasa!)
Señores...

PABLO. (Si esto que pasa
no es infame, yo estoy loco.)

ROBERTO. Al mirarnos juntos...creo
que en las Provincias estamos.
Casi casi nos hallamos
los mismos. Solo no veo
á Andresito: el pobre mozo
ni ha venido ni vendrá,
porque á estas horas está
durmiendo en un calabozo.

PETRA. ¿Preso Andrés?

ROBERTO. Y ha de tardar
en salir, segun recelo.

PETRA. ¡Preso! Será por un duelo.

ROBERTO. Por delito mas vulgar.
Cuestion de ochávos.

PETRA. ¡Oh!

ROBERTO. Sí.
Si ya se hallaba arruinado;
bien lo prueba el atentado
que juntos nos tiene aquí.
Una noche esta señora
(Todos le escuchan con gran interes.)
pasó en el cuarto de Petra:
lo sabe Andrés, y penetra
en su aposento á deshora.
Y aunque lo urdió de manera
que otra cosa parecia,
solo su infame osadía
tuvo allí por compañera.
Señores, y es lo peor
que lo hizo con el intento
de obligarla al casamiento
por medio del deshonor.
(Movimiento de indignacion en el corro.)
Queriendo que por su cuenta
trabaje yo como amigo,
de la suerte que lo digo
en esta carta lo cuenta.

PABLO. ¡Escribe!

ROBERTO. Mostrarla quiero
á todos, si duda cabe,
tratándose de quien sabe
estafar honra y dinero.
No mas que el vil interes
(Entrega la carta, que corre de mano en mano.)
medió en aquella cuestion.

PABLO. (Y por la misma razon
estos callaron despues.)

ROBERTO. Sepan ustedes ahora
que yo recibo la mano...

CONDESA. Y usted, señor Escribano,
¿nada dice?

ESCRIB. Sí, señora.
Antes que el plazo cumpliera
un minuto...

ROBERTO. ¡Cómo! ¿Qué?

ESCRIB. He recibido, y doy fé,
los quince mil; ya está fuera
de trabas y compromiso
la dehesa.

ROBERTO. ¿Es esto verdad?
¿Pablo dió la cantidad?

ESCRIB. No, señor; ni era preciso.
Otro en su nombre lo ha hecho,
y és igual para el contrato;
este es el *cuasi mandato*
de que nos habla el derecho.
Tiene usted desempeñada
su finca, y ante escribano.

PABLO. ¿Qué mano ha sido? (Con reserva á la Condesa.)

CONDESA. (Del mismo modo.) Esta mano,
que ya sabes que es honrada.
Calla.

ROBERTO. Y usted cautelosa
vendió con seguridad...

PETRA. Una cosa es la amistad
y el negocio es otra cosa.

ROBERTO. (Y vengo á perder!...)

PETRA. ¡Que el vil
nos reprenda y nos acuse! (Ap. á Gaspar)

SABINO. Saco los doce que puse. (Abismado.)

RAMONA. Pues yo veinticuatro mil.

ROBERTO. En fin, no es motivo este
para romper el concierto.

CONDESA. Poquito á poco, Roberto;
deje usted que sume y reste.
Cuando usted juzgó el proyecto
seguro, lo hice mi socio;
pero, amigo, este negocio
ya va cambiando de aspecto.
Como Pablo sube en renta
lo que usted baja...

ROBERTO. (¡Oh, qué red!)

CONDESA. ¿Quién puede dudar que usted
(Con el mayor desprecio.)
á mí no me tiene cuenta?
Y siendo él rico y yo honrada,
y estando de amores loco,
¿quién puede dudar tampoco?...
¡Pablo mio! (Se abrazan.)

PABLO. ¡Prenda amada!

SABINO. Chica, serás mi parienta;
ya sabes que te idolatro.

RAMONA. Tú doce...yo veinticuatro...
Chico, no me tienes cuenta.

CONDESA. Para administrar mis bienes,
¿quién mejor que mi marido?

Y el cuarto que habeis vivido
de balde...

PETRA. ¿Qué? ¿tambien tienes
la crueldad...

CONDESA. Sí, desde ahora
quiero que rente: lo siento,
pero, hija, el tanto por ciento
es una razon traidora.
Cuando á todo poderoso
llega el interes inmundo,
ya lo ves, nadie en el mundo
puede vivir con reposo.

RAMONA. Por Dios...Calme usted su encono:
no es malo mi corazon;
pero me cogió la accion
el negocio...

CONDESA. ¡Eh!...te perdono.

RAMONA. ¡Ah!...

CONDESA. Y á vosotros tambien.

PABLO. ¿Olvidas tanto dolor?...

CONDESA. ¿Quién puede guardar rencor
en medio de tanto bien?
Me ofendisteis de mil modos.

GASPAR. Venga á usted la pena mia.

CONDESA. Mis lágrimas de alegría
os purifican á todos.

PETRA. ¡Gracias!

CONDESA. Vivirás en calma,
si llegas á comprender
que ese afan de enriquecer
el cuerpo á costa del alma;
ese universal veneno
de la conciencia del hombre,
que nos tapa con el nombre
de negocio tanto cieno!...
Codicia que nunca está
saciada y siempre anhelante;
si en el hombre es repugnante,
en la mujer ¿qué será?
Y hay negocios, sí por Dios,
muy justos: no los igualo
todos. ¿Verdad que no es malo
el que hemos hecho los dos?
Ya eres rico.

PABLO. Ya no quiero...

CONDESA. Pues yo me alegro en verdad,
que á quien tiene caridad
jamas le estorba el dinero.

PABLO. Yo de gastarlo respondo,
mi bien, mirándome en tí.

CONDESA. ¡Ay, Pablo mio! este sí
que es un negocio redondo!

FIN DE LA COMEDIA.

¡FLOR DE UN DIA!

DRAMA ORIGINAL EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

PERSONAS.

EL BARON DE ESPINOSA, de 65 años.
LOLA, su hija.
JUANA, aya de Lola.
D. DIEGO CARVAJAL.
JUAN (negro), criado de D. Diego.
EL MARQUÉS DE MONTERO.
EL CAPITAN DE UN BUQUE.

RUIZ CISNEROS AGUILAR MENDOZA	caballeros.

Caballeros y señoras. — Un criado.

PRÓLOGO.

El teatro representa una sala en casa del Baron de Espinosa. — Puerta en el centro que comunica con el exterior. — El Baron estará sentado en un sillon, apoyado en su baston: Lola copiando un paisaje, en una mesa de estudio, que vendrá terciada á la derecha del espectador.

ESCENA I.

El BARON y LOLA.

LOLA. Bello país debe ser
el de América, papá.
BARON. ¿Te gustaria ir allá?
LOLA. Tendria mucho placer:
no me canso de admirar
estos árboles gigantes,
que parecen arrogantes
las nubes desafiar.
¿Aquí no los hay, verdad,
de estos inmensos tamaños?
BARON. Estos cuentan tantos años,
como la tierra de edad.
Árboles plantados son
por la mano de Dios mismo,
y páginas que el bautismo
guardan de la creacion.
En mi juventud vi yo
aquellos bosques cubiertos,
en cuyos senos desiertos

y halles, hermosa, en tu mente
una lágrima de amor.
¡Qué cosa tan deliciosa
fuera, Lola, la existencia
si durara la vehemencia
de esa pasion tan hermosa!
Mas ya que Dios no lo quiso,
bendigamos su cuidado,
pues dejóle al desterrado
una hoja del paraíso.

LOLA. ¿Crees pueda apagarse
esta pasion algun dia?

BARON. Puede muy bien, hija mia,
si no extinguirse, olvidarse.
¿Has visto la tempestad
tronchar robles en el monte
y cubrir el horizonte
con su densa oscuridad;
y las aguas del torrente
inundando la llanura,
y al otro dia fulgura
la luz de un sol refulgente?
En el perdido sembrado
se siembra el año que viene,
y todo en el mundo tiene
su declive prefijado:
mas si de un amor feliz
el recuerdo nos aqueja,
aunque se olvida, nos deja
siempre alguna cicatriz;
y cuando tras largos años
en ella el dedo se esconde,
esa cicatriz responde
con sentimientos extraños.
Se siente un algo perdido;
un algo que ya no se halla,
y es el alma que batalla
entre recuerdos y olvidos;
y aquel recuerdo sagrado
es la lámpara escondida
que ilumina el alma herida
con la luz de un bien pasado.
Si de ese amor, que es tu bien,
sabes guardar la ilusion,
en tu propio corazon
hallarás, Lola, un eden.
Mas si esa ilusion se trunca,

busca en el olvido calma,
porque las flores del alma,
si se van no vuelven nunca.

LOLA. Hoy que me ves tan dichosa,
¿por qué me afliges, papá?
¿Crees que no durará
esta ilusion tan hermosa?

BARON. Hoy que eres feliz, querida,
aunque á tu gusto no cuadre,
debe enseñarte tu padre
los abrojos de la vida.
Y yo, que ya me encamino
de mi existencia al ocaso,
quiero enseñarte el mal paso
que hay quizas en tu camino.
Si tu corazon es fiel
de Diego al amor profundo,
ámale, Lola, y el mundo
concéntralo siempre en él. (Levantándose.)
Hay algunas almas bellas
que quieren una vez sola:
no lo olvides nunca, Lola,
la de Diego es una de ellas.
(Vase el Baron por la puerta interior.)

ESCENA II.

LOLA.

¿Por qué se ha de apagar? ¿Acaso el cielo
ha arrojado la flor de los amores,
como un triste presagio de congoja,
y amargo desconsuelo,
para verla morir, hoja tras hoja,
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?
Este latir del corazon amante,
que dilata su fibra estremecida,
¿no dice, palpitante,
que es este amor el fuego de la vida?
El sol del firmamento,
cuando inunda de luz el alma mia,
¿no dice, acaso, con brillante acento
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

ESCENA III.

LOLA y JUANA.

JUANA. (Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.)
Señorita.
LOLA. ¿Qué hay?
JUANA. El negro
que es de don Diego el criado,
estos dibujos me ha dado.
LOLA. (Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.)
¿Está aun aquí?
JUANA. Sí.
LOLA. Me alegro,
quiere tanto á su señor...
JUANA. Y en estando enamorada
nada satisface...nada...
LOLA. Como hablar de nuestro amor.
Juana, ¿no te alegras tú
de que Diego me ame así?
JUANA. Mas que si me diera á mí
todo el oro del Perú.
Al mirar la dicha escrita
en esos ojos tan bellos,
¿quereis que no goce en ellos
quien os crió, señorita?
LOLA. Por eso te lo pregunto,
porque con tu mimo cuento.
Haz que entre Juan al momento.
JUANA. Voy, señora, voy al punto.

ESCENA IV.

JUAN y LOLA.

JUAN. Buenos dias, señorita.
LOLA. Adios, Juan: ¿y mi Diego?
JUAN. Me ha dicho que vendrá luego
á ponerse á vuestros piés.
LOLA. En lo galante y cumplido
con que traes el recado,
pronto conocer es dado
el amo tuyo quién es.
JUAN. Mi amo, señora, es un ángel

con toda el alma de un bravo.
LOLA. Díme, Juan, ¿eres su esclavo?
JUAN. No los tiene mi señor;
pero por él sin pensarlo
hasta la vida daria:
le quiero por su hidalguía,
le adoro por su valor.
LOLA. ¿Hace mucho que le sirves?
JUAN. Si mi memoria no miente
cuatro años precisamente
cumplen en el dia de hoy.
LOLA. ¿Quieres contarme tu historia?
JUAN. Si me lo mandais, señora.
LOLA. No mando, suplico ahora.
JUAN. Pues á complaceros voy.
El color de mi cara
os dará á conocer, que fué, señora,
el blanco sol de África mi cuna,
y del desierto en la tostada arena
me arrojó la fortuna,
por suerte, del esclavo la cadena.
Un hijo que tenia
de diez años de edad, tambien esclavo
mi destino seguia,
y atravesando el férvido Oceano,
vendióse nuestra sangre y nuestra vida
á la sorda avidez de un castellano.
De la América ardiente
rociamos las fértiles llanuras
con el servil sudor de nuestra frente;
y trabajando allí sin esperanza,
del látigo al crujido
solo soñaba el alma en la venganza
digna del hombre de color vendido.
Un dia en el trabajo,
corriendo tras ligera mariposa
alegre el hijo mio, se distrajo,
y un blanco capataz, con saña fiera,
le cruzó con el látigo la cara:
mi corazon se altera
al recordar la sangre que brotara;
tiré con mano ruda
el hacha con tal ira á su cabeza,
que si le acierto á dar, salta, sin duda,
como en manos de un niño una cereza.
Frustróse mi venganza,
y huyendo del castillo y la tortura,

cogí á mi herido hijo,
y vagando sin tino,
eché á correr del monte á la espesura,
sin mas guia que Dios en mi camino.
De cansancio rendido,
corrí la noche entera,
sin escuchar, señora, mas ruido
que el salvaje rugir de la pantera;
y en cuanto amanecia
mas el rugido aquel se aproximaba:
mi pecho de terror se estremecia;
la sangre al escucharlo se me helaba,
y comprendí, por desgracia mia,
que la fiera mis pasos rastreaba.
Sin armas yo para luchar con ella
y abrumado del peso de mi hijo,
pensé rendirme á mi maldita estrella,
y tras mi infausta suerte
terminar mis angustias con la muerte.
Sentíala moverse entre el follaje,
cuando escuché á mi espalda un caballero
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero
la hermosa piel de ese animal salvaje.»
Midiendo la distancia con arrojo,
le extiende el arcabuz con faz serena;
el tiro entónces suena,
y le metió la bala por un ojo.
«Negro, dijo, tirándome el cuchillo,
que le desuelles por favor te pido.»
Y obedecí su voz como un chiquillo,
porque el jóven aquel...

LOLA. (Atajándole.) Era mi Diego.

JUAN. Era don Diego, sí: solo en su labio
hay sonrisa á la vista de una fiera,
y él solo tiene la certera mano
que ni el peligro ni el temor altera;
y volviéndose á mí noble y humano,
«¿cómo sin armas, dijo,
te atreves á pisar estos lugares,
exponiéndote, necio, á la tortura
de ver que un tigre te devore un hijo?»
Dile yo á conocer mi desventura;
y al escuchar mi dolorosa historia,
mas de una vez en su morena cara
asomaron los tintes de su ira;
y en vano se esforzara
para borrar con su nervuda mano

de dolor una lágrima sencilla,
que despuntando entre sus negros ojos
pugnaba por saltar á su mejilla.
«Ven, infeliz, me dijo,
yo compraré tu sangre al europeo;
de padre serviré á tu pobre hijo,
si al África volver no es tu deseo;
mas si pisar prefieres
las arenas del África tostada,
la suerte ya cesó de ser contraria;
puedes marchar, si allí tienes tu amada,
y alzar en el desierto tu plegaria.»
Entre rios de llanto
yo besé aquella mano bienhechora,
y perdonad á mi cariño santo
si lloro aun al recordarlo ahora.
Desde entónces resbala mi existencia
sobre su sola huella,
y miro siempre en él mi providencia,
como el marino á la polar estrella:
y adivino la idea de su mente
en su mirada vaga,
porque la deuda que mi pecho siente
solo, señora, el corazon la paga.

LOLA. (Enternecida.)
Ámale como le ama el alma mia:
sé su ángel tutelar.

JUAN. Sed vos, señora,
si conoceis la ciega idolatría
con que don Diego vuestro nombre adora.
(Juan saluda y vase.)

ESCENA V.

LOLA.

¡Ay! cuál de santa emocion
dulce llanto me enajena,
y cuál hinche mi ilusion
su celeste corazon
que mi recuerdo no llena!
No oscurezca el mundo vano
el porvenir sobrehumano
que ante mis ojos diviso,
cuando al guiarme su mano
es la vida un paraíso.

No caben llanto ni penas
junto á su alma bendecida,
porque, de caricias llenas,
veremos volar serenas
las horas de nuestra vida;
y si heridas de quebranto
abren del dolor los tiros,
amparada de su encanto,
miéntras beba yo su llanto
vivirá de mis suspiros.
(Se oye llamar á la puerta.)

ESCENA VI.

LOLA y JUANA.

LOLA. ¿Es él, Juana?
JUANA. Un caballero
que viene á ver al Baron.
LOLA. ¿No ha dicho su condicion?
JUANA. Sí, es el Marqués de Montero;
diz que trae una visita.
LOLA. Díle que pase adelante:
avisa á papá al instante.
(Juana hace lo que acaba de mandar.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS, LOLA y luego el BARON.

MARQ. Bésoos los piés, señorita:
¿sois vos por mi buena estrella,
la hija del señor Baron?
(Lola contesta afirmativamente.)
Á fe mia, con razon
dijeron que erais muy bella.
LOLA. Sois muy amable y cortés.
MARQ. Á lisonjas no achaqueis
justicia que mereceis.
LOLA. Os doy mil gracias, Marqués.
MARQ. (El Marqués saludando al Baron, que entra.)
Señor Baron...
(El Baron alargándole la mano.)
BARON. Caballero...
Recibo merced no escasa
por ver honrada mi casa

por el Marqués de Montero.
(Hace una señal de que se siente. y se sienta.)

MARQ. Me haceis sobrado favor:
vuestra hermana en Santander
me encargó os viniera á ver,
y cumplo con este honor.

LOLA. ¿Me retiro, padre mio?

MARQ. Mera visita es la mia,
y en el alma sentiria
dejarais este vacío;
tanto mas, cuanto doña Ana,
que os quiere mucho, por Dios,
me hablaba siempre de vos.

LOLA. Mi buena tia.

BARON. Mi hermana.

MARQ. La ilustre dama declina
de su salud por momentos,
y parte sus pensamientos
entre vos y su sobrina;
y á fe mia es un modelo
de elegante sociedad,
y yo debo á su amistad
muchas horas de consuelo.

BARON. Se ha hablado de vos, Marqués,
durante la guerra toda.

MARQ. Sí, Baron, seguí la moda
de acuchillar al frances.

BARON. De militar bravo y ducho
fama alcanzó vuestro brazo.

MARQ. Para dar un buen sablazo
no se necesita mucho.

BARON. ¿Y seguís la profesion?

MARQ. Á brigadier ascendí
y al rey mi cuartel pedí;
no luché por ambicion.

BARON. Nombre hubisteis de esforzado
y de singular valor.

MARQ. Ciertas heridas de amor
me hicieron desesperado;
ademas, no peleaba
para defender mi tierra;
buscaba algo, y en la guerra
no encontré lo que buscaba.

LOLA. ¿Tan jóven y el desengaño
marchitó ya vuestra vida?

MARQ. ¡Qué remedio? es una herida
que al tocarla me hace daño.

LOLA. ¿Fué un amor no correspondido?
MARQ. Señorita, eso no mata.
LOLA. ¿Amasteis á un alma ingrata?
MARQ. Y fuí vilmente vendido.
Cuando se concentra el ser,
el alma y el sentimiento
en el virginal aliento
de una adorada mujer,
y uno, da su paz, su calma,
por una esperanza sola,
cuando esta se pierde, Lola,
¿sabeis qué queda en el alma?
Fieros celos que arrebatan,
desconfianzas que mugen,
latidos secos que rugen,
cenizas frias que matan.
LOLA. Os compadezco, á fe mia.
MARQ. Estos, señorita, son
misterios del corazon
que no entendeis todavía.
Busqué tumba en la pelea,
y me convencí, señora,
que ni tumba bienhechora
encuentra quien la desea.
LOLA. ¿Tan agudo era el dolor
que os impelia á morir?
MARQ. Comprendierais mi sufrir
si comprendieseis mi amor.
BARON. El tiempo y la distraccion
os devolverán la calma.
MARQ. La virginidad del alma,
¿quién la devuelve, Baron?
Suponiendo que el olvido
borrase este afan profundo,
¿puede devolverme el mundo
las creencias que he perdido?
BARON. Marqués, no debeis decir
de este agua no he de beber;
solo Dios alcanza á ver
lo que hay en el porvenir.
MARQ. Bendita esa voz que augura
un bien que tanto consuela.
LOLA. Marqués, hay un Dios que vela
por las almas sin ventura.
MARQ. (Ap.) ¿Por qué á la hora de amar
no conocí á esta mujer?
LOLA. (Ap.) No sé qué amargo poder

hay en su modo de hablar.

MARQ. (Levantándose.)
Mas, por Dios, que abusar temo
de vuestra condescendencia.

BARON. Al revés, vuestra presencia
nos favorece en extremo;
y mi casa y mi amistad
siempre franco os brindaré.

MARQ. Y yo á gozar volveré
de tan buena sociedad.
Adios.
(Alarga una mano al Baron: luego volviéndose á Lola.)
Os beso los piés...
(Ap.) Es linda como una estrella. (Vase.)

ESCENA VIII.

LOLA y el BARON.

BARON. ¡Qué alma tan bella y tan franca
tiene ese jóven Marqués!

LOLA. ¿Crees que olvidar podrá
despues de querer así?
Eso no es posible.

BARON. Sí,
de fijo que olvidará:
el alma que resplandece
en su fogosa mirada,
no es el alma concentrada
que siente, calla y padece.
Expansiva en sus pasiones
ha amado con calentura;
no es ese el amor que augura
una vida de emociones;
pues cuando por suerte aciaga
esa fiebre nos desvela,
es cual la luz de una vela
que alumbra un rato y se apaga.

ESCENA IX.

DICHOS y D. DIEGO desde la puerta.

DIEGO. Si dais permiso...

BARON. Adelante,

hijo de mi corazon.

LOLA. Diego, ¿qué es esa afliccion
que se nota en tu semblante?

DIEGO. Auroras infortunadas
que á nublar vienen la vida;
voz que reclama, querida,
pago de deudas sagradas.

BARON. Diego, ¿qué quieres decir?

DIEGO. (Sacando una carta y entregándosela.)
Tomad y leed, Baron.

BARON. ¿Por qué es esa agitacion?

DIEGO. Porque es forzoso partir.

LOLA. ¿Partir tú? no, Diego, no.

DIEGO. (Ap.) ¿Qué desgarradora lucha!
Va á leer tu padre, escucha,
y despues hablaré yo.

LOLA. No; Diego, no, esa partida
viniera á verter cruel
la primer gota de hiel
en el vaso de mi vida.

BARON. (Mirando la carta.)
De tu padre me parece.

DIEGO. Que sigais leyendo espero.

BARON. (Leyendo.)
«Buenos-Aires, seis de enero
de mil ochocientos trece.
Diego mio, de tu mano
necesita el viejo; ven:
porque ha menester sosten
la cabeza del anciano:
pierde mi frente su brio
y hácia la tierra declina,
y cuando el árbol se inclina,
pronto caerá, hijo mio.
Con el alma enajenada,
tus amores bendiciendo,
tiempo al cielo voy pidiendo
para abrazar á tu amada.
Sé que es muy digna de tí,
y cuando esposo te llame,
rogaré al cielo que te ame
cual me amó tu madre á mí.
Tu larga ausencia sintiendo,
voy este valle dejando,
en que el hombre entra llorando
y el bueno parte sonriendo.
Si mi voz no es importuna,

porque un viejó es como un niño,
te reclamo aquel cariño
que yo te daba en la cuna.»
Un instante, Lola, exijo
á solas con Diego hablar. (Vase Lola.)

ESCENA X.

El BARON y D. DIEGO.

BARON. ¿Qué piensas hacer?
DIEGO. Marchar
á cumplir como buen hijo,
y ántes de Lola la mano
que me concedais os ruego.
BARON. Si tú te la llevas, Diego,
¿qué le quedará á este anciano?
yo no creí que querrias,
cuando te he querido tanto,
privar que caiga su llanto
sobre mis postreros dias.
Conozco tu amor profundo,
y de ese amor no me quejo,
pero no querrás que un viejo
se quede solo en el mundo.
DIEGO. ¿Qué quereis decir, Baron?
BARON. Por los años encorvado,
el morir á vuestro lado
fuera toda mi ambicion.
Á no ser tan viejo, iria
con vosotros al momento
á exhalar mi último aliento
léjos de la patria mia;
mas si me quitas ahora
á mi Lola, yo te fio
que ya no veré, hijo mio,
despuntar la nueva aurora.
Un sacrificio te exijo
que el hacerlo está en tu mano;
sé que no te ruego en vano,
porque tú eres un buen hijo.
Vé á cumplir con tu deber,
suspende contraer el lazo,
y á tu vuelta vence el plazo.
Lola será tu mujer.
DIEGO. ¿No sabeis vos que á su lado

solo hallo vida y consuelo,
y sin ella hasta en el cielo
me hallaria desterrado,
y exigís de mi pasion
que me deje aquí la vida?

BARON. (Llorando.) ¡Hija del alma querida!
DIEGO. (Conmovido.) Partiré solo, Baron.
BARON. Y al cruzar el Oceano,
cuando el aura al buque impela,
flotará sobre tu vela
la bendicion de un anciano.
DIEGO. ¿Quereis á Lola llamar?
(Ap.) Triste presagio me asalta:
siento que el valor me falta,
y no quisiera llorar.

ESCENA XI.

DICHOS y LOLA.

DIEGO. Lola, un sagrado deber
me obliga crudo á partir;
yo no podria vivir
si te llegase á perder.
Por tí mi pecho sintió
un amor grande y profundo,
y nadie... nadie en el mundo
te amará cual te amo yo.
Miéntras la fortuna esquiva
me tenga léjos de tí,
¿me olvidarás, Lola?
LOLA. (Señalando al corazon.) Aquí
vivirás miéntras yo viva.
DIEGO. Tengo un presentimiento que me abruma:
quizá al cruzar el agua, en lontananza
envuelva el mar en sábana de espuma
el rico porvenir de mi esperanza.
Todo el amor, todo el poder del hombre,
si un buque entre las olas se derrumba,
no bastan ¡ay! para escribir su nombre
sobre el cristal inmenso de su tumba.
Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
¿encontrará un sepulcro mi memoria?
LOLA. Aquí la guardaré toda mi vida.
DIEGO. Mi pobre corazon se hace pedazos

al dejar tus encantos seductores.

LOLA. No temas, no; te volverá á mis brazos
el ángel tutelar de mis amores.
¿Guardarás esta rosa delicada
(Quitándosela de su pelo.)
para tí de mis sienes desprendida?

DIEGO. Viniendo de las trenzas de mi amada
cada hoja de esta flor vale una vida.

LOLA. Acuérdate de mí; tenla contigo,
para que en ella mis amores leas,
y sea el cielo de mi amor testigo.

DIEGO. ¡Adios, Baron!

BARON. (Abrazándole enternecido.) Adios.

DIEGO. (Cogiendo la mano de Lola y besándola.)
¡Bendita seas!

ACTO PRIMERO.

Sala de tocador de la Marquesa de Montero, que estará acabándose de vestir para un baile. Puerta en el centro, que comunica con el salon, que aparecerá iluminado, y á la derecha del espectador puerta que comunica con el interior de la casa. Mesas de juego.

ESCENA I.

JUANA y LOLA.

JUANA. ¡Qué bien, señora, en vuestra trenza
destacan esas rosas su blancura!
No hay una hermosa que en belleza os venza.
LOLA. No me halaga ya mucho la hermosura.
JUANA. Rica, marquesa, hermosa y respetada,
¿qué mas fortuna vuestro pecho anhela?
LOLA. Juana, arrancar del alma angustiada
una memoria que mi frente vela.
JUANA. ¿Pues no quisisteis vos de vuestro grado
que os llamaran marquesa de Montero?
LOLA. Misterios son que nunca he divulgado,
y hoy al tocarlos de tristeza muero.
JUANA. ¿Con que es cierto el refran que á muertos y á
[idos?...
LOLA. No toques esa cuerda, Juana mia,
porque hace el mismo efecto en mis oidos
que el toque funeral de la agonía.
JUANA. Don Diego, acaso, á vuestra fe perjuro...

LOLA. Que me hubiese olvidado á Dios pluguiera.
JUANA. ¿Habeis sabido de él?
LOLA. Nunca; y te juro
que quisiera morir sin que supiera.
Supuesto, Juana, que á tu fiel ternura
tanto interesa mi profunda herida,
yo te haré conocer la desventura
que envenena las horas de mi vida.
Tres años hace que á su patrio suelo
se fué don Diego, y por desgracia mia
á las pocas semanas quiso el cielo
arrebatar mi padre y mi alegría.
Poco ántes de espirar quiso que sola
estuviese un momento en su presencia,
y con voz paternal me dijo: «Lola,
ya no tiendrás mas juez que tu conciencia;
quedas sin padre hasta que vuelva Diego:
vé á Santander á lado de mi hermana,
guarda sin mancha el nombre que te entrego
y sé el sosten de aquella noble anciana;
y aparte Dios de tus postreras horas
de los remordimientos la tortura;
y cual hoy hija de tristeza lloras,
lloren tus hijos con filial ternura.»
Murió el anciano y con cariño santo
corrí á regar la tumba que le encierra;
y al encontrarme sola con mi llanto
ancho desierto pareció la tierra.
Aquella temporada solamente
frecuentaba mi casa un caballero:
los que sufren se entienden fácilmente
y él sufria tambien, era Montero.
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda,
trayéndonos aquí en su compañía,
y aunque su lengua para mí fué muda,
honda tristeza en su mirada habia.
De mi tia Ana me dejó en los brazos,
y aquí declina de mi vida el sino:
me volvieron al mundo nuevos lazos,
nuevos placeres me brindó el destino.
Yo que hasta entónces solo conociera
de Diego y de mi padre la ternura,
entré en la sociedad por vez primera
y todos celebraron mi hermosura.
En la mujer hay un placer oculto
de solazarse en la pasion que inspira;
y cien galanes con ferviente culto

me contaban de amor dulce mentira.
De mi padre la voz ya no sonaba
mas que como eco de infantil conseja,
y de mí débilmente se alejaba
cual vela henchida que del mar se aleja,
y del salon en el bullicio loco
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas,
y se extinguió en el alma poco á poco
como un eco perdido en las montañas.
Del amor las primeras impresiones
tenian de ternura inmenso acopio;
sentí nacer despues otras pasiones,
y sobre todas una: el amor propio:
esa pasion que es, cuando se despliega,
tronco y raiz del corazon humano;
que á lo pasado nuestra vista ciega
con el incienso del amor mundano;
que halaga con sonido delicioso
cual de un laud la suave melodía,
interpuso nn celaje vaporoso
que mis recuerdos de espesor cubria.
Verme amada y oir el lisonjero
acento de pasion que yo inspiraba,
de orgullo henchido el corazon entero
con los constantes triunfos que alcanzaba,
este era mi gozar, y solo un hombre
se mostraba insensible á mi atractivo;
era el Marqués, y el lustre de su nombre
punzaba mi amor propio en lo mas vivo.
Montero no era ya aquella alma herida
qne buscaba una tumba en la batalla:
sediento entónces de placer y vida,
no conocia á sus antojos valla;
audaz sin pretension, gallardo y fiero,
galante, apuesto, espléndido y lujoso,
me parecia el solo caballero
digno de mí para llamarle esposo.
Algun genio fatal se complacia
en dar cumplida rienda á mi deseo:
conquista mia fué, y en breve ardia
para los dos la antorcha de himeneo.

JUANA. ¿No sois feliz con él?

LOLA. No, Juana mia:
marchitas ya de la ilusion las flores
veo por mi desgracia, que aquel dia
mi orgullo equivoqué con mis amores.
Y él tampoco lo es; quizá el recelo

de haberse visto en su pasion vendido,
quizas lo poco que á su amante anhelo
costó verse de mí correspondido;
ello es que es triste su mirada altiva,
y en nuestra fria y aparente calma
encuentra á su pesar el alma esquiva
que falta en ambos el amor del alma.
Y cuando á quedar viene en nuestro pecho
un sentimiento indiferente y frio,
y en la tristeza y soledad deshecho,
inerte late el corazon vacío;
cuando sin esperanza de fortuna
lo porvenir se cierra encapotado,
al traves de una lágrima importuna
se vuelve la mirada á lo pasado.
Y el aura de la tarde á mis oidos
trae voces perdidas á lo léjos,
viniendo á mi memoria mal dormidos
los del primer amor tibios reflejos;
de una flor los recuerda el dulce aroma;
los despierta del clave una armonía,
la blanca luna que en el cielo asoma
fanal hermoso de ilusion un dia,
y de la tierna edad de mi inocencia
viene un trémulo rayo desprendido
á alumbrar léjos de mi existencia
el panorama de un eden perdido.

JUANA. Procurad disipar esa tristeza:
distracciones buscad por cualquier medio:
ahora que casi vuestra vida empieza,
¿no habeis de hallar en vuestro mal remedio?
Fragilidad fué en vos el olvidarle;
mas ¿quién sabe tambien si os ha olvidado?
Bastante tiempo es ya para esperarle
los tres años de ausencia que han pasado.

LOLA. Tú no conoces á aquel hombre, Juana:
embriagada en el néctar de la vida,
olvidó la mujer frívola y vana;
pero aquella alma colosal no olvida.
Yo siento aquí una voz que me asegura
que su huella va en pos de mi destino,
y para mi expiacion y mi tortura
Dios le pondrá en mitad de mi camino.
Él vive, sí, no sé en lo que me fundo,
mas cual suenan los pasos sobre un hueco,
cada pisada suya por el mundo
dentro de mi corazon levanta un eco.

JUANA. Hoy que el Marqués en baile suntuoso
celebrar quiere vuestro fausto dia,
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,
y brille en vuestros ojos la alegría.

LOLA. No temas, no; sabemos las mujeres
guardar nuestra pasion aquí escondida,
velando con sonrisas y placeres
los quejidos del alma estremecida.
Y miéntras el dolor negro y profundo
mudo en el alma del que sufre queda,
el que no espera compasion del mundo
cubre el dolor con antifaz de seda.

JUANA. Alguien viene.

LOLA. Vé quién es,
y si convidados son
dí que pasen al salon.

JUANA. No, señora, es el Marqués. (Vase Juana.)

ESCENA II.

LOLA, el MARQUÉS.

MARQ. Fatal estrella, por Dios,
es la mia, dulce amiga,
siempre el cielo me castiga
cuando estoy léjos de vos.

LOLA. Pues mucho tiempo hace á fe
que os pudiera castigar.

MARQ. No me quiero disculpar,
pues conozco que falté;
mas sé que á tan dulce prenda
no apela el cariño en vano.
Lola, ¿no me dais la mano?

LOLA. Es que no fio en la enmienda.

MARQ. Mucho, marquesa, lo siento:
juro que podeis fiar,
porque vengo á confesar
lleno de arrepentimiento.
Oidme un rato, marquesa:
aunque nunca os he olvidado
distraido habré entibiado
vuestro cariño, y me pesa:
nadie mejor que Montero
conoce lo que valeis,
y creo no dudaréis
que os he querido y os quiero.

Algunas veces, y en tanto
que iba en pos de mis antojos,
sorprendia en vuestros ojos
recientes huellas de un llanto;
conozco que os hice agravio,
pues miéntras gozaba yo,
sufriais, y no asomó
una queja en vuestro labio;
y si vos llanto de hiel
vertiais por mi egoismo,
no me perdono yo mismo
haber sido causa de él.

LOLA. ¿De veras?

MARQ. Os lo confieso
como lo siento, señora.
¿Creeis en la enmienda ahora?

LOLA. Enrique, no hablemos de eso.

MARQ. Vuestro cariño, Lola, es
hoy mi primera fortuna:
hay dias de mala luna
que todo sale al reves.

LOLA. Enrique, ¿qué te ha pasado?

MARQ. Me levanté esta mañana,
y de montar me dió gana
el potro tordo rodado;
yo ganoso de cansallo
y él mas ganoso de acello;
á fuerza ya de corrello
he reventado el caballo.
Por mi fortuna salí
sin lesion de la caida;
tuve luego una comida
en que se jugó y perdí.
Levantéme sin revancha;
ocurriósenos el dar
un paseo por el mar,
y tomamos una lancha:
alzando espumosa estela
y á la barra haciendo proa,
dirigimos la canoa
mar afuera á toda vela:
embocaba á la sazon
el canal un bergantin
ligero como un delfin,
y al verlo volví el timon.
Mi barquero con enojo
gritó: á la via, Marqués.

¿Cómo á la via? ¿no ves
que nos va á pasar por ojo?
Y si no viro, no marra,
por nuestra estela cruzó;
pero me olvidaba yo
que estábamos en la barra.
Ya del canal separados,
batidos por la corriente,
nos quedámos blandamente
sobre la barra varados.
Y entónces como de intento
para hacernos zozobrar,
el trapo nos vino á hinchar
una ráfaga de viento:
dicho y hecho, zozobrámos...

Lola. Me espanta esa sangre fria...

Marq. No te asustes, hija mia,
porque todos nos salvámos.
Sabeis que nada me aterra;
mas hoy os protesto á fé
que de veras me asusté,
pues nado como una piedra.
El bergantin, que al pasar
nuestra cuita presenció,
en un momento mandó
botar las lanchas al mar
para darnos pronto ayuda;
los remeros se afanaban,
mas acercarse no osaban
temiendo varar sin duda,
cuando se echó un hombre á nado
de la lancha mas vecina,
y en nuestra inminente ruina
á nosotros se ha acercado;
y cogiéndonos á dos
cual si cogiera una paja,
en su lancha nos encaja.
¡Qué brazo, poder de Dios!

Lola. Muy generoso habréis sido
con el bravo marinero.

Marq. No era tal, un caballero
muy bizarro y muy cumplido,
moreno, de buen talante,
(Lola escucha agitada.)
elegante sin aliño,
con la sencillez de un niño
el aliento de un gigante.

Deseoso yo de pagar
abnegacion tan sin fasa,
le ofrecí cortés mi casa,
que se empeñó en rehusar;
y al dejarle en la posada
mandéle al momento el coche
rogándole que esta noche
venga á honrar nuestra velada.
Y al presentároslo á vos,
os acerdaréis, querida,
que me ha salvado la vida.

LOLA. (Ap.) ¡Justicia eterna de Dios!

MARQ. Estais pálida, marquesa.

LOLA. Sí, siento un temblor inquieto...

MARQ. Culpa mia, yo os prometo
que será la última esa;
que al ver lo que por mí pasa,
por loco tendrá cualquiera
al que busca riesgo fuera
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmocion,
que temo hasta hablar me impida.

MARQ. ¿Quién hará sin vos mi vida,
los honores del salon?
Hoy sí que no os lo perdono;
y espero que afianzaréis
la fama que ya teneis
de modelo de buen tono.
Ya acude la reunion,
y el baile va á empezar luego.

LOLA. (Ap.) ¡Dios mio! ¡si fuese Diego!

MARQ. (Tomándola del brazo.)
Lola, vamos al salon.

ESCENA III.

Sale JUANA, azorada y santiguándose.

¡Jesucristo, ¡Jesucristo!
Señorita...ya está dentro;
vaya un oportuno encuentro:
y no sueño, que le he visto.
Salí un momento al balcon,
¡maldita curiosidad!
y en la densa oscuridad
vi pasar una vision.

Y vera aquel negro, aquel Juan;
le he visto, le he visto bien;
¿pero cómo, cuándo y quién
habrá traido ese Adan?
Si él está, tambien don Diego
debe estar, la cosa es clara;
si jamas de él se separa;
ya empieza á enredarse el juego;
esto va á parar en mal;
daré parte á la señora...
¿Y quién se lo dice ahora
entre ese berenjenal?
Callaré, es lo mas seguro,
hasta que la pueda hablar.
¡Ay! la Vírgen del Pilar
nos saque en bien de este apuro.
Si ántes de la reunion
estaba ya tan inquieta...
Está visto, no hay profeta
como nuestro corazon.
¡Ay! si la Vírgen hiciera
que al negro no vuelva á hallar,
le ofrezco adornar su altar
con cuatro velas de cera.

ESCENA IV.

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS y algun otro caballero salen del brazo, conversando familiarmente, examinando el adorno, etc. — Pasa un criado con bebidas: Ruiz toma un puñado de bizcochos y un vaso de pouche y se sienta junto á una mesa de juego á tomar su refresco.

AGUIL. ¡Jamas ha habido sociedad como esta!
¡Cuánta elegancia en todo, cuánto esmero!
Para hacer los honores de una fiesta
es solo la marquesa de Montero.

MEND. Es verdad, el negarlo fuera agravio;
su acento es siempre amable y oportuno,
y, en miel envuelta, mana de su labio
una palabra dulce á cada uno.

CISN. Pues yo, no sé por qué, se me figura
ver al traves de su aparente calma
que en su sonrisa celestial y pura
trasciende siempre un malestar del alma.

AGUIL. No es probable que sea: es respetada,
hermosa, rica, de brillante cuna

y amada del Marqués; fuera bobada
pedir mas beneficio á la fortuna.
Antojos tuyos son.

CISN. Serán antojos.

AGUIL. Cuando hácia alguno su mirada torna,
el sentimiento en sus rasgados ojos
es una nueva gracia que la adorna;
y, observadlo por Dios, en los salones
la sonrisa simpática que lanza,
hasta en los mas inertes corazones
sirve de pedestal á una esperanza.

RUIZ. (Tomando su poncho.)
Las mujeres en baile son mas vivas;
á la luz de bujías son mas bellas;
es animal nocturno.

AGUIL. ¡Voto á cribas!
¡que no me quieran cual las quiero á ellas!

RUIZ. ¿A todas? Hombre, qué plural mas lato!

AGUIL. Lo pondré en singular, si esto te asusta.

RUIZ. Siquiera en singular ya es otro trato.

AGUIL. Pues todo el sexo mujeril me gusta.

RUIZ. Es opinion absurda.

AGUIL. No lo creas.

RUIZ. Te lo voy á probar, por vida mia:
donde quieras que vayas verás feas
que están en una inmensa mayoría,
y si en amar hemos de gastar la vida,
gastarla en una fea es un sarcasmo.

AGUIL. Distingo: si esa fea es muy subida
se puede suprimir por pleonasmo.

CISN. Las que son de esta clase se entretienen
en un rincon de casa murmurando;
como en el baile hay mucha luz, no vienen.

AGUIL. Por eso quiero estar siempre bailando;
pero despues me duele la salida;
porque tras una noche deliciosa,
el renovar la prosa de la vida
es volver á la vida de la prosa.
Todo es hermoso aquí: corre la noche
entre rios de luz y de armonía:
uno comienza por venir en coche
á respirar ambientes de ambrosía:
penetra en el salon, lucen las bellas
de gasa ornadas y ligeras flores,
cual brillan en el cielo las estrellas
de una noche estival en los ardores;
y la hermosura, casi siempre esquiva,

cual si anhelara del amor los lazos,
viene espontánea á ser nuestra cautiva,
buscando una prision en nuestros brazos;
y rompe el vals, y luces y mujeres,
y espejos y salon, todo girando,
un vértigo remedan de placeres
en que se embriaga el alma volteando:
se respira su aliento, y el hechizo,
y la mirada de la hermosa brilla,
sintiendo frio su flotante rizo
que pasa á acariciar nuestra mejilla.
Ya envidiando una mano chiquitina
que posa abandonada en el regazo,
y al traves de la ténue muselina
la nieve mate de un mullido brazo:
ya viéndola cansada reclinarse
en un sillon, como en un mullido lecho,
y en su agitado respirar contarse
la oscilacion de su ondulante pecho;
ya de unos ojos de color de cielo
devorar la simpática mirada,
mirada que en un novicio al primer vuelo
lee cien tomos, y no dice nada!...
Esto es gozar, al ménos se respira
aire mas tibio, mas feliz ambiente;
y si en el mundo al fin todo es mentira,
se pasa la mentira alegremente.

RUIZ. En nuestra existencia estólida
cada uno tiene un placer,
si tú estás por la mujer,
yo estoy por cosa mas sólida.

AGUIL. Mala pedrada te trouche:
solo por lo tragon te odio.

RUIZ. Hombre, esto es un episodio,
un triste vaso de ponche:
tú de amor en los altares
quemas tu incienso á las bellas,
yo, que no me acuerdo de ellas,
ahogo en rom mis pesares.
Me admira verte tan chocho;
es no quererlo entender:
es muy dulce la mujer,
pero es mas dulce el biscocho.

CISN. ¡Qué grata es su ocupacion!
la verdad, con verle gozo.

AGUIL. La garganta de ese mozo
es un molino de rom.

RUIZ. Envidiosos...

AGUIL. Vamos, cesa.
Vas á decirme una cosa:
¿viste qué triste y hermosa
se presentó la marquesa?

RUIZ. Hombre, no lo he reparado.

AGUIL. ¿No sospechas qué tendrá?

RUIZ. Podrá tener... pero cá...

AGUIL. Vamos, ¿qué es lo que has pensado?

RUIZ. ¿Conque eres curioso?

AGUIL. Un poco.

RUIZ. Pues por esta vez, amigo,
la verdad, no te lo digo
porque no lo sé tampoco.

CISN. La marquesa.

RUIZ. Pues chiton...

(Aguilar se adelanta á ofrecerla el brazo.)

ESCENA V.

DICHOS y la MARQUESA.

LOLA. ¿Cómo aquí tan retirados?
¿están ustedes cansados
del bullicio del salon?

AGUIL. Mal nos juzgais, á fe mia,
si os llegais á figurar
que pueda á nadie cansar
tan amable compañia.

LOLA. Aguilar, es bien seguro
que sois buen galanteador:
siempre encontrais una flor
para salir del apuro.

AGUIL. Si vos así le creeis
no quiero contrariaros:
muchas tendria que daros
para las que mereceis.

LOLA. Sois amable por demas,
y teneis dichos muy buenos:
si los prodigarais ménos
quizá me gustaran mas.

AGUIL. Pues entónces no prosigo.
Pediros quiero un favor,
y es que me hagais el honor
de bailar un vals conmigo.

LOLA. ¿Cuál?

AGUIL. El que querais, señora.
LOLA. Si os place será el tercero,
porque estoy rendida, y quiero
descansar un rato ahora.
CISN. ¿Os encontrais indispuesta?
LOLA. No; pero cansada sí. (Se oye música.)
No se entretengan por mí,
pues vuelve á empezar la fiesta.

ESCENA VI.

LOLA.

¡Qué ingrato afan mi corazon altera!
empieza apénas la festiva danza,
y como si una sombra me siguiera,
do quier la garra del pesar me alcanza.
Si mi vida estuviese
suspendida del fiel de una balanza,
no creo fuese tanta mi agonia.
Quiero huir de esta sombra,
que solo existe en la memoria mia;
y en busca del olvido,
al resbalar mis piés sobre la alfombra,
voy lanzada de un vértigo al impulso
buscando un medio de obligar al tiempo
á correr tan veloz como mi impulso.
¡Ay! Si ahora pudiera
retroceder un paso en mi camino,
y encontrar blanca y pura,
como lo fué en mi hermosa primavera,
la página feliz de mi destino;
y aquel vibrante acento de ternura
escuchar otra vez sobre la tierra,
que cual recuerdo de un perdido cielo
ebrio de amor el corazon encierra!
¡Si alzar pudiera en amoroso anhelo
mi frente virginal inmaculada,
esta frente abatida
que hoy no resistiria su mirada;
y decirle una vez, dc amor henchida
ven á buscar en mi amoroso seno
la dulce paz dc tu azarosa vida!
¡Ay! ¡no lo quiera Dios! Fuera un suplicio
volverle á ver para perderle luego.

¡Harto costoso es hoy el sacrificio!
No quiera Dios que mi marchita frente
venga á abrasar su mirar de fuego.

ESCENA VII.

El MARQUÉS y D. DIEGO; este viene apoyado en el brazo del Marqués.

MARQ. Lola mia, os presento el caballero
que me sacó del agua sumergido.
DIEGO. Á vuestros piés... ¡Dios mio!
LOLA. (Ap.) Él .. él... yo muero.
MARQ. (Ap.) ¡Tambien esta mujer me habrá vendido!
(Dirigiéndose á Diego.)
No debeis extrañar que conmovida
encuentre una mujer en su presencia
quien á su esposo conservó la vida:
su amor debe servirla de indulgencia
Ella os dirá las hondas atenciones
de gratitud que nuestro pecho abriga.
(Dirigiéndose á la Marquesa.)
Miéntras cumplo por vos en los salones,
cumplid por mí con él, querida amiga.
(Vase el Marqués.)
DIEGO. (En actitud de irse.)
¡Adios, bella esperanza lisonjera!
LOLA. Si puede consolaros mi tormento!
miradme, Diego, y de perdon siquiera
salga de vuestros labios un acento.
DIEGO. «*Si ois de un náufrago la historia*
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
¿encontrará un sepulcro mi memoria?
AQUÍ LA GUARDARÉ TODA LA VIDA.»
Así decia una mujer llorando,
conociendo la fe con que era amada:
sin duda vos no recordais ya cuándo...
LOLA. ¡Me asesina la hiel de su mirada!
DIEGO. ¡No recordais que concentré la vida
dentro del corazon para vos sola;
y de esperanza y gloria el alma henchida,
soñaba un cielo en el amor de Lola?
¿No pensasteis jamas que un peregrino
cruzaba errante el desolado suelo,
y erais la única flor de su camino
la sola estrella que alumbró su cielo?
Hoy que el encanto de mi vida acaba,
decidme una palabra en vuestro abono.

Si os han amado mas que yo os amaba,
decídmelo tambien, y os lo perdono.

LOLA. ¡Diego, piedad por Dios!

DIEGO. ¡Por qué, señora,
cuando os fiaba la esperanza mia,
conocer no os dejabais, como ahora?
¿Por qué ese corazon amor mentia?
¿Por qué no decir al que creyente
un ángel bello en su delirio fragua:
«no tengo nada aquí, quien por mí siente
viene á escribir su nombre sobre el agua?»
Porque vuestra pasion es flor de un dia,
que dura solo lo que dura un lirio,
mostrando al hombre que en amores fia,
que el premio del creyente es el martirio.
¿Qué importa á la mujer, si en la mudanza,
son de lisonja sus oidos llena,
convertir una vida de esperanza
en campo estéril de infecunda arena?
Y agostados al ver en nuestra frente
cuantos capullos la ilusion tenia,
tendrá ella una sonrisa indiferente
para insultar del mártir la agonía.

LOLA. Me haceis daño... ¡piedad!

DIEGO. Débil criatura,
hé aquí el único bien que nos ofrecen;
saben verter á mares la amargura,
y al probar una gota se estremecen.

LOLA. No es verdad: si tronché vuestra esperanza,
derramando la hiel en vuestra vida,
el cielo se encargó de la venganza;
fiad en él, que os la dará cumplida.
El cielo me dejó el remordimiento,
y un recuerdo sin fin de esa ternura;
si vos no comprendeis este tormento,
no hableis á esta mujer de desventura.
¿Habeis tenido fijas las miradas
viendo las aguas murmurar sonoras;
y en llanto las mejillas arrasadas,
lentas contar las intranquilas horas
con un recuerdo de tristeza, Diego,
perdido eden de gloria y de ventura,
que ha de morir aquí, cual fátuo fuego
que brilla en ignorada sepultura?
Y cuando el alma aérea y vagarosa
á ese deleite celestial se lanza,
gritaros una voz: «¡infiel esposa!

es un crímen nutrir esa esperanza!»
Y cuando el corazon henchido estalla,
solo veais en el morir remedio,
y entre el alma y su amor tengais por valla
toda una eternidad que está por medio;
y ante el hombre ofendido que ama tanto
no hallar una palabra en mi disculpa,
ni aun el consuelo de enjugar su llanto,
llanto que corre por mi sola culpa.
Y cuando á su desprecio resignada,
diera mi salvacion por su ventura,
¿creeis que á una mujer tan humillada
debeis hablarle vos de desventura?
Decidme: ¿lo creeis?

DIEGO. Adios, señora.

LOLA. (Ap.) ¡Y le pude olvidar, Dios poderoso!
¡solo faltaba á mi desgracia ahora
el suplicio de hallarle generoso!

(D. Diego va á salir conmovido, y en el momento de llegar á la puerta la abre el Marqués y le indica cortésmente que se detenga.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQ. (Dirigiéndose á Lola.)
Retiráos, os lo ruego.

LOLA. Enrique, ¿por qué?

MARQ. Os lo mando.

(Lola se va por la puerta interior, enjugando sus lágrimas.)

ESCENA IX.

El MARQUÉS y D. DIEGO.

MARQ. ¿Me diréis lo que tratando
estabais, señor don Diego?

DIEGO. Cosas de poco interes.

MARQ. Ved que algo se ha apercibido.

DIEGO. Entónces, si habeis oido,
¿á qué preguntais, Marqués?

MARQ. Es verdad, teneis razon,
que es inútil la pregunta.
¿Tiene vuestra espada punta?

DIEGO. Y va recta al corazon.
MARQ. Bien; una mujer os ama,
y no es, por Dios, caballero,
quien no desnuda el acero
para defender su dama.
Pero tambien se os alcanza
que si ella tiene marido,
puede de su honor vendido
exigir justa venganza.
Y de esa mujer liviana
yo me vengaré despues.
DIEGO. Será una hazaña, Marqués,
digna de un alma villana.
Si esa mujer os amó,
y no cometió un desliz,
¿por qué no la haceis feliz
amándola como yo?
MARQ. Segun vos, no ha delinquido
en no violando el pudor,
que debe á su propio honor
mas que al nombre del marido.
Suponiendo que así fuera,
estais muy equivocado:
no le basta al hombre honrado
fidelidad tan grosera.
Si un dia de vuestra esposa
recibierais un agravio,
escuchando de sn labio
que en otro su amor reposa,
¡la ira mi acento trunca!
¿qué hariais con el rival?
DIEGO. Es un caso original
que no me ha ocurrido nunca.
MARQ. Á mí sí, y es menester
acabar con ese amor.
Las cuestiones de mi honor
yo me las sé resolver.
DIEGO. Batiéndoos con el rival
que en mala hora habeis soñado,
¿creeis que habeis encontrado
un remedio á vuestro mal?
MARQ. ¿Teneis á la muerte miedo?
DIEGO. ¡Miedo!... sí; porque mi vida
es tan bella y divertida
que desprenderme no puedo
de su inmenso bienestar,
Señor Marqués, de Montero,

¿creeis vos que vuestro acero
me haga á mí pestañear?

MARQ. ¿Pues á qué tanta disculpa?

DIEGO. ¿Quereis un duelo mortal?
Sea: mas de vuestro mal
no echeis á nadie la culpa.
Y perderéis la partida,
que yo no puedo morir,
porque hay horas que el sufrir
nos centuplica la vida.

MARQ. De buena ó de mala gana,
veo que al fin me entendeis.

DIEGO. Ya que tanto lo quereis,
enhorabuena: mañana.

MARQ. ¿Hora?

DIEGO. Las seis.

MARQ. Está bien.
¿Armas?

DIEGO. Las que vos querais.

MARQ. Á muerte.

DIEGO. Si os empeñais
os daré gusto tambien.

MARQ. ¿Testigos?

DIEGO. Entro los dos
no creo haya felonía;
y por mi parte os diria
que el mejor testigo es Dios.
Marqués, cuidad de prever
que nadie se entere de eso,
y quede al ménos ileso
el honor de esa mujer.

MARQ. ¿Sitio?

DIEGO. La orilla del mar.
¿Quereis que pase á buscaros?

MARQ. No teneis que molestaros,
que nunca me hago esperar.

ESCENA X.

EL MARQUÉS.

Lago de amor sereno y trasparente
que yo surcaba en brazos de su halago...
En un instante el cieno del torrente
enturbió los cristales de ese lago.

Paz de la vida, honor de los Monteros,
¿conque andabais restregados por el lodo?
Si con sangre se lavan desafueros
yo la hallaré para lavarlo todo.
¿Qué es esa fiebre ardiente que me asalta?
¿Qué este frenesí que me devora?
Que el corazon ingrato que me falta
es á mi vida necesario ahora.
Yo quisiera inventar algun tormento,
agudo como el dardo que ella vibra,
que secara del alma el sentimiento
rompiendo el corazon fibra por fibra.
Ofrecerle una vida de ternura,
llevarle hasta el umbral del paraíso,
dejarle ver un cielo de ventura,
y hundirla en el infierno de improviso.
Enrique, vuelve en tí, cobra tu calma
¿estás celoso tú? Lo estás, Montero:
y con la hiel que hoy sobra de tu alma
hay para envenenar al mundo entero.
Y me es preciso refrenarme ahora
para que no se ria algun menguado...
(En el momento de dirigirse á la puerta interior, sale Lola suspirando.)

LOLA. Enrique, oid.

MARQ. (Empujándola con violencia.)
Quitad... ¡Maldita la hora
que mi nombre y honor os he fiado!!!

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita D. Diego.

ESCENA I.

JUAN y D. DIEGO. Juan, de pié en medio de la escena, contemplando fijamente á su amo, quien sentado junto á una mesa acaba de cerrar un pliego.

JUAN. (Ap.) ¡Cuán pálido y demudado
se encuentra! ¡Si en este lance
le sucediera un percance!...
¡Tengo el corazon helado!

DIEGO. (Levantándose y dándole un pliego.)
Toma, Juan, amigo fiel;
si á las ocho no he venido,
abre este pliego, y cumplido
deja cuanto mando en él.

JUAN. ¿Os asalta algun temor,
don Diego?

DIEGO. ¡Temor! No á fe.
Á tal situacion llegué
que el morir fuera un favor.

JUAN. No digais tal. ¿Quién iguala
vuestra destreza en el duelo?
Si vos derribais al vuelo
las golondrinas con bala.
Ya que os fuerzan, satisfecho

dejad á ese camarada.
Si quiere batirse á espada,
le hundís la punta en el pecho.

DIEGO. Juan, no abrigues pena alguna
por ese mal que presientes,
pues son harto consecuentes
la desgracia y la fortuna.
Siendo feliz mi destino
la muerte me lo truncara;
mas hoy que lo deseara
no la hallaré en mi camino.

JUAN. No, pues si en esta ocasion
os lastimaran, de fijo
que aunque fuera á mi propio hijo
le partiera el corazon.
Pero cá...venceis sin duda:
con vuestro brazo batalla
vuestro corazon de malla,
y Dios que va en vuestra ayuda.
Ó soy un solemne bolo,
ó le despachais. (Ap.) ¡Me dan
congojas de muerte!

DIEGO. ¡Juan!
déjame, quiero estar solo.

ESCENA II.

D. DIEGO solo.

Da una vuelta por la escena sumamente ensimismado, y luego se sienta en una silla al lado de la mesa.

¡Cuánta mudanza en un dia!
Ayer iba al paraíso,
y naufragó de improviso
toda la esperanza mia.
¡Mas valiera que al venir
me hubiese tragado el mar!
Yo vine á Europa á gozar,
y habré venido á morir.
Y morir sin el placer
de vengarme! ¿Mas de quién?
Si fuera un hombre, está bien:
pero una débil mujer...
Y el mundo sin compasion,
me dirá «*goza y olvida:*»

sin mirar que en la partida
he perdido el corazon.
¿Y cómo puedo olvidar?
Es lo mismo que pedir
que olvide el pulso el latir
y el pensamiento el pensar.
Y si de pena cubierto
al fin sucumbo cansado,
moriré sin ser llorado
como un lobo en un desierto.
Yo, que en la mujer creí
y en el amor esperé,
¿dónde encontraré la fe?
¡Pobre insensato de mí!
Y cuando esa mujer vea
que mi existencia apagó,
y mi cráneo se secó
con el calor de una idea;
y que, en desesperacion,
cansado ya de sufrir,
la violencia del latir
reventó mi corazon,
¿qué premio habré conseguido
en pago de esta agonía?
¡Hasta la existencia mia
será un recuerdo perdido!
Y hasta que la sepultura
apague esta horrible guerra,
sigue pisando esta tierra
empapada de amargura.
Si la existencia es un bien,
busquemos compensacion
de esta funesta pasion...
¿Quién puede dármela, quién?
Para borrar esta huella
es preciso que el vacío
llene otro objeto. ¡Dios mio!
¡Si no cabe aquí mas que ella! (Pausa.)
Cuando la vida se acaba
tambien se acaba el afan,
y entónces de este volcan
será ceniza la lava;
y nada quedará en mí:
solo el alma irá volando,
mejor espacio buscando,
do no engañen como aquí.
Y sin llanto ni querella,

¿vivirá entónces? ¡Mentira!
si el alma mia respira
respirará para ella.
¿Quién dijera, Dios piadoso,
que este inmenso amor á Lola
me ofrecia una pistola
por llave de mi reposo?
¡Miserable condicion!
Y en tan agudo tormento,
es suyo mi pensamiento.
Dios mio, tu nombre invoco
con el alma dolorida;
es un infierno mi vida,
ten piedad de un pobre loco!
(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

ESCENA III.

El CAPITAN y D. DIEGO.

CAPITAN. ¡Mucho se madruga, amigo!
DIEGO. ¡Hola! ¿Soy vos, capitan?
CAPITAN. Mala noche habréis pasado,
don Diego; pálido estais.
DIEGO. Este clima me trastorna.
CAPITAN. ¿No es mas que eso?
DIEGO. Nada mas.
CAPITAN. Ahora salto de abordo,
y me han venido á avisar
que una fragata de guerra
á salir próxima está
para el Rio de la Plata.
Si algo teneis que mandar,
el capitan es amigo
y contento os servirá.
DIEGO. Capitan, decid que cuente
con un pasajero mas.
CAPITAN. No quedará descontento
si es amigo vuestro.
DIEGO. Es Juan,
cuyos buenos sentimientos
es tiempo ya de premiar,
y á quien creo que ya es hora
de dejar en libertad
para que al lado de su hijo
vaya tranquilo á espirar.

CAPITAN. ¡Bravo, corazon hidalgo!
¡Qué contento va á estar Juan!

DIEGO. Al que vela vuestro sueño,
que llora cuando llorais,
que os ama con toda el alma,
¿qué ménos le podeis dar?

CAPITAN. ¡Feliz vos, que en torno vuestro
sembrais la felicidad!
¿Qué corazon en la tierra
vuestra alma no ha de envidiar?
Faltara la Providencia
si aquella á quien vos amais
no bordara vuestros dias
de cariño y de lealtad.
¡Ah! veréis con qué placer
las horas resbalarán
para vos sobre la tierra!
¡Debeis ser feliz!

DIEGO. ¡Cabal!
Cuando uno se encuentra, así,
tan afortunado, y tan...
de la dicha que le sobra
debe dar á los demas.
¿Y qué tal vuestros amores?

CAPITAN. ¡Ay, amigo mio, mal!
Ya os dije que era mi amada
hija de noble solar,
y yo solo cuento, amigo,
con mi carrera y no mas.

DIEGO. Pero teneis corazon.

CAPITAN. Con él me lancé á la mar
á luchar desesperado,
y su elemento voraz
contemplando cara á cara,
he dicho á la tempestad
que me ha de abrir ancha tumba
ó riqueza me ha de dar.

DIEGO. ¿Y ella os corresponde bien?

CAPITAN. Con cariño celestial:
y como ser pronto espero
capitan en propiedad,
dentro de dos años calculo
poderla mia llamar.

DIEGO. ¿No habeis amado mas que á ella?

CAPITAN. Á ella, don Diego, y no mas.
Y si su amor me faltara
no creo volviese á amar.

Cuando en medio del Oceano
arreciaba el huracan
y como corcho ligero
hacia el buque flotar,
empujándole á las nubes,
ó en rauda velocidad
descendiendo como un cuerpo
que va su centro á buscar;
cuando amarrado á la caña,
dando proa al vendabal,
sintiendo crugir los mástiles,
suelta mi melena atras,
á merced de la borrasca,
me viais luchar audaz
contra el inmenso gigante
que se afana en remedar
con sus salvajes mugidos
la voz de la eternidad:
entre las saladas olas,
entre las algas del mar
venir sentia el aroma
de su aliento celestial,
y jamas con su recuerdo
me impuso la tempestad.

DIEGO. ¡Bien, Capitan! Hoy comprendo
que mereceis mi amistad.

CAPITAN. Con la mia, á todo trapo,
sabeis que podeis contar.

DIEGO. Me dijisteis que en América
vuestro padre, al espirar,
dejó un crédito pendiente...

CAPITAN. ¡Toma! ¿quién se acuerda ya?

DIEGO. Contra la casa quebrada
de don Pedro Sandoval.

CAPITAN. Sí; pero ese crédito era
cosa de poca entidad.

DIEGO. ¿Queréis venderme ese crédito
al contado?

CAPITAN. ¿Os chanceais?

DIEGO. No, á fe mia, que en él pienso
ciento por ciento ganar;
os ofrezco diez mil duros.

CAPITAN. Si no asciende á la mitad...

DIEGO. Tanto mejor para vos.

CAPITAN. Corriente, como querais;
pero yo creo, don Diego,
vuestra idea adivinar;

y no quiero que gravosa
pueda seros mi amistad.
Vos me ofreceis la fortuna
y yo la quiero ganar;
agradezco con el alma
el beneficio.

DIEGO. No es tal:
es una especulacion
que podréis ó no aceptar,
y os lo propongo, porque
me tiene cuenta y no mas.
¿Quereis que fuese tan loco
que tirara mi caudal
sin ton ni son? Por mi vida,
muy pródigo me juzgais.

CAPITAN. Enhorabuena, don Diego:
si me decís la verdad
acepto vuestra propuesta;
pero si vos me engañais,
con vuestra noble mentira
haceis mi felicidad.
¿Cuándo quereis el traspaso?

DIEGO. Tan pronto como podais;
y Juan en letras corrientes
la suma os entregará.
(Vase el Capitan.)
¿Por qué ha de tardar dos años,
si ántes del plazo, quizas,
un desengaño pudiera
su existencia envenenar?

ESCENA IV.

D. DIEGO y JUAN.

JUAN. Señor, ¿quereis darme audiencia?

DIEGO. Vamos, ¿qué quereis?

JUAN. Yo quiero
muchas cosas. Lo primero
estar en vuestra presencia;
luego que hagais el favor
de decirme á mí el por qué
os batís.

DIEGO. Juan, déjame:
porque estoy de mal humor.

JUAN. Es que no hay paz para mí
cuando no la hay para vos.

DIEGO. Bien, hombre; véte con Dios.
JUAN. ¿Sí? Pues no me voy de aquí.
DIEGO. Atrevido.
JUAN. (¡Ay, qué apuros!)
DIEGO. Sal al punto. (Juan se va llorando.)
Espera, Juan:
cuando vuelva el Capitan,
le entregarás diez mil duros.
Mira, dentro de este pliego
va mi fortuna, y que sea
tuya deseo.
JUAN. (Ap.) ¡Qué idea!
¿Y qué mas quereis, don Diego?
DIEGO. Que á América partas hoy,
porque me conviene así,
y cuando llegues allí
serás muy rico.
JUAN. No voy.
Que penseis es menester
que uno se va haciendo viejo;
¿no veis, señor, que si os dejo
quizas ya no os vuelva á ver?
DIEGO. Es que tomé ya el pasaje
para tí.
JUAN. Como querais;
aun cuando me despidais
no me pongo hoy en viaje.
DIEGO. ¿Sabes que tengo ya antojos
de echarte?
JUAN. (Con grave intencion.) ¡Conversacion!
Si yo os leo la intencion
en lo blanco de los ojos.
Vos me quereis engañar
porque soy un pobre diablo;
pero de veras os hablo,
hoy mismo me arrojo al mar
si me dejais.
DIEGO. ¿Y los lazos
que debes á mi favor?
JUAN. Pero si vos...¡Ah, señor!...
(Prorumpe en llanto.)
DIEGO. Ven acá, dáme los brazos.
JUAN. Estais bebiendo la copa
de la hiel por culpa de otros.
Vámonos, para nosotros
es el infierno la Europa.
DIEGO. Imposible.

JUAN. No por cierto.
Procurad rasgar la venda.

DIEGO. Cualquier camino que emprenda
me conducirá á un desierto.

JUAN. Entónces me quedaré;
vuestro paso he de seguir,
y si ese hombre os llega á herir,
juro que le mataré.

DIEGO. ¡Ay de tí, Juan, ay de tí
si nutres tal pensamiento!
¡Maldijera yo el momento
que tus cadenas rompí!

JUAN. Le respetaré, señor.

DIEGO. No harás mas que tu deber,
á ménos que quieras ser
indigno de mi favor.

JUAN. ¡Ah, no! porque si algun dia
me falta vuestra presencia,
sabréis que vuestra existencia
era el jugo de la mia.

DIEGO. Á males que el cielo da
se ha de inclinar la cerviz.
Juan, tú puedes ser feliz,
yo no puedo serlo ya. (Vase.)

ESCENA V.

JUAN solo.

¡Qué pago á su amor, qué pago!
Pero quién diablos creyera
que el amor hacer pudiera
en un alma tal estrago?
No comprendo, no transijo,
cómo viéndome tan fiel...
Yo que teniéndole á él
ya no me acuerdo de mi hijo;
yo, que tengo el alma llena
de este cariño entrañable,
y no puedo, miserable,
ni hacerle olvidar su pena.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS y JUAN.

MARQ. ¿Don Diego?
JUAN. En su cuarto está.
MARQ. Anda y díle que le espero.
JUAN. ¿Y quién diré?
MARQ. Un caballero.
JUAN. (Ap.) Algun demonio será.
MARQ. ¿No vas?
JUAN. Ya voy.
MARQ. ¿Pues qué dudas?
JUAN. Tenga un poco de paciencia.
MARQ. Dí que es asunto de urgencia.
JUAN. (Ap.) Este debe ser el Júdas.

ESCENA VII.

D. DIEGO y el MARQUÉS.

DIEGO. ¿Vos aquí, Marqués?
MARQ. Advierto
que os sorprende mi visita:
quedamos para una cita,
y ya es hora.
DIEGO. (Sacando el reloj.) No por cierto:
si adelantarla pensais,
no hallo en ello inconveniente.
MARQ. ¿Teneis mi daño presente,
y de mi prisa dudais?
DIEGO. No os ofusqueis, pese á tal;
yo arriesgar mi vida puedo,
y si al náufrago la cedo
no se la cedo al rival.
MARQ. Yo cuento con vos, don Diego,
para matar ó morir.
DIEGO. Si vos no os podeis batir.
MARQ. ¿Por qué no?
DIEGO. Por que estais ciego.
Teneis celos vive Dios,
y á fe mia, yo no sé
de qué los teneis.
MARQ. ¿De qué?
De que os ama solo á vos:
de que un llanto sorprendí

que el alma mia halagaba,
y la pérfida lloraba,
y no lloraba por mí.
De que mi alma se exalta
en frenética ambicion;
porque quiero un corazon,
y ese corazon me falta.
De que esa mujer querida,
cuyo amor me desespera,
cuando la tuve, nada era;
y hoy que la pierdo, es mi vida.
De que en medio del furor
que ha ahogado mi esperanza,
no acierto á encontrar venganza
tan grande como mi amor.
De que el cielo os arrojó
entre nuestras almas juntas
como un puñal de dos puntas
que estais entre Lola y yo.

DIEGO. Marqués, por vuestro camino
me obligasteis á pasar.
¿Por qué si quereis luchar
no luchais con el destino?
¿Si es adversa vuestra estrella,
es acaso culpa mia?
Vos no sabeis todavía
lo que yo súfro por ella.

MARQ. ¿De veras? Feliz me siento:
no es mi muerte tan cruel,
al saborear la hiel
que rebosa en vuestro acento.
¡Cuál me halaga ese furor
que en la venganza os empeña!

DIEGO. Teneis el alma pequeña
para comprender mi amor.
Cuando por ella he vivido,
amándola tanto y tanto,
¿creeis que me halaga el llanto
de la mujer que he querido?
Y hoy, que la desgracia agota
su hiel en ella afligida,
diera con placer la vida
para ahorrarle una gota.

MARQ. Bien puede el favorecido
ser generoso cual vos.

DIEGO. Marqués, no arrastreis por Dios
la dignidad de marido;

ni me pongais en aprieto,
porque os juro por mi fe
que ni de vos sufriré
que le falteis al respeto.

MARQ. Don Diego, así os quiero ver,
y ahorremos digresiones.

DIEGO. Marqués, vos juzgais pasiones
que no podeis comprender.

MARQ. Vamos pues.

DIEGO. Será mejor,
ya que en ello os empeñais:
mas ved cómo la tratais.

MARQ. Es mi mujer.

DIEGO. Es mi amor,
pero este amor que os revelo,
que hondo aquí dentro se encierra,
irá sin tocar la tierra
de mi corazon al cielo.
Partamos.

MARQ. (Ap.) ¿Qué hay en su acento
que así domina mi brio?
¿cabe en un hombre, Dios mio,
tan inmenso sentimiento?
Oid, don Diego: un camino
seguimos por nuestro mal
en que somos cada cual
la barrera del destino.
Un sentimiento profundo
á mí me impele y á vos;
ya veis que uno de los dos
está de mas en el mundo:
para forzar la barrera
se debe abrir una tumba,
y despues que uno sucumba
haga el otro lo que quiera.

DIEGO. (Ap.) Tambien es él desgraciado.
¿Y por qué os quereis batir?

MARQ. Porque vale mas morir
que vivir desesperado.

DIEGO. (Ap.) Mi vida le abandonara
si la paz le devolviera.
Aun seréis feliz.

MARQ. Quimera:
hay un mar que nos separa.

DIEGO. ¿Conque persistís, Montero,
en obligarme á batir?

MARQ. Quiero matar ó morir,

y no sé lo que prefiero.
DIEGO. Lo siento por vos, amigo,
y de mala gana voy;
puedo aseguraros que hoy
la fortuna irá conmigo.

ESCENA VIII.

JUAN solo, viendo salir á DIEGO.

Se va, Dios mio, se va
y no quiere que le siga.
¡Ay! ¡El cielo le bendiga!
Dios sabe si volverá.
Si de un alma agradecida
llega la plegaria al cielo,
protegedle en ese duelo
tomando en cambio mi vida.
Y aunque pida un disparate,
¡Dios mio, oid mi oracion:
que no tenga compasion,
que le mate...que le mate!

ACTO TERCERO.

Salon de la marquesa, con ventana á la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca, en completo négligé, profundamente abatida, sentada en un sillon y apoyando el codo en una mesa.

ESCENA I.

JUANA y LOLA.

JUANA. (Ap.) ¡Cuán profunda es la amargura
del dolor que la amilana!
¿Quereis algo?

LOLA. Gracias, Juana.
Me abrasa la calentura;
resignada ya á mi suerte,
pronto acabaré el sufrir;
el dolor me hará morir
si el Marqués no me da muerte.
Si Enrique de una estocada
mata á Diego en sus enojos,
seré de Enrique á los ojos
una mujer deshonrada;
y del generoso Diego
la noble sangre vertida
irá quemando mi vida
como un bautismo de fuego:
y si sucumbe el Marqués...
¡Ay! mi corazon desmaya;
por donde quiera que vaya

veré su sombra á mis piés.
Madre del Hijo de Dios,
Madre tambien sin ventura,
socorred á esta criatura
sin mas amparo que vos.
Fuente de paz y consuelo,
doléos de mi quebranto,
y empapada con mi llanto
suba mi plegaria al cielo.
Me siento con mas ahinco.
Cuéntame, Juana, ¿á qué hora
salió Enrique?

JUANA. Mi señora,
á poco mas de las cinco.

LOLA. ¿Con sus armas?

JUANA. Sí, señora,
las metió dentro del coche,
y estuvo escribiendo anoche
en su cuarto hasta deshora.

LOLA. ¿Qué hora es?

JUANA. Cerca las nueve.

LOLA. Ese reloj me asesina
con la frialdad paulatina
con que la péndola mueve.
(Se oye ruido de un coche.)

JUANA. Señora, abajo en la entrada
paró el coche del Marqués.

LOLA. Anda, ve y mira quién es.
No...no me digas nada.

ESCENA II.

La MARQUESA y el MARQUÉS.

Entra el Marqués pálido, floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña á Juana para que despeje.

MARQ. Las particiones, marquesa,
os dejo en este papel,
y parto.

LOLA. ¡Ay, Dios! ¡Cuánta hiel
sobre mi destino pesa! (Llorando.)
Ya que me dejais así,
decidme: en el desafio...
¿murió?

Marq. No.

Lola. Gracias, Dios mio,
no caiga su sangre en mí.

Marq. Me ha vencido y me ha humillado,
se batió impasible y seco,
y cual si fuera un muñeco
dos veces me ha desarmado.
Me cansé de suplicar
que atravesara mi pecho,
y hasta la afrenta me ha hecho
de no quererme matar.
Yo, que anhelaba su muerte
á todo trance, ó la mia,
le propuse si queria
jugar la vida á la suerte.
«Con una condicion sola
os acepto la partida:
dijo: si os gano la vida
partiréis léjos de Lola...»
— Eso sin duda será
para seguir vos su huella...
— «Si yo la quisiera á ella
¿no os hubiera muerto ya?
Hoy seriais inhumano,
y no puedo tolerar,
que nadie la haga llorar
miéntras vida haya en mi mano.
¿Acomoda el pacto?» — Sí:
el dado cogí y tiré;
hice cinco, respiré;
y de horror me estremecí.
Con buen punto perderéis,
me contestó friamente:
cogió el dado indiferente,
tiró al azar...hizo seis!
«Gané, dijo, y á marchar
vais pronto léjos de Lola:
dejadla algun tiempo sola,
que pueda libre llorar.»
La deuda que he contraido,
le dije, os será pagada.
«Ved que no os exijo nada
y podeis darla al olvido.
Comprendo esa alma sentida,
y os juro que me pesara
que vuestra sangre amargara
lo que me queda de vida:

y á quien vuestra esposa ha sido
no le dejeis por herencia
que destroce su conciencia
la muerte de su marido.»

LOLA. Pluguiera á Dios que viniera
y la vida me arrancara.
Si ese hombre me asesinara
¡ay! ménos daño me hiciera.

MARQ. Bajo estrella de bonanza
habeis nacido, señora,
pues ni aun me queda ahora
el placer de la venganza.

LOLA. Siento que el enojo ceje
si culpable me juzgais:
cumplidla como querais,
y no temais que me queje.

MARQ. La suerte no lo ha querido:
yo respetaros juré,
y cuando empeño mi fe
que nací noble no olvido.
Mas vale así, pues por Dios
que se han de reir de mí
al saber que me batí
por una mujer cual vos.

LOLA. (Levantándose con dignidad.)
Ya que son de vos ajenos
sentimientos de ternura,
si insultais mi desventura
no me rebajeis al ménos.
Hacer del sarcasmo alarde
con tan débil enemigo,
perdonad, Marqués, si os digo,
que es una accion de cobarde.

MARQ. (Con ironía.)
Sin pensar os ofendí;
mas no acierto á adivinar
cómo se os ha de tratar.
¿No os trataba Diego así?

LOLA. Desgarrar con tanta saña
no sabe hacerlo, Marqués:
aquella alma noble no es
capaz de tan vil hazaña.
Y al comparar á los dos,
vos mismo me habeis probado,
que el hombre que os hà humillado
vale mucho mas que vos.

MARQ. Creí que el ser vuestro esposo
la queja me permitia...
Ménos sensible os creia...

LOLA. Y yo á vos mas generoso:
si ántes del duelo ó despues,
creyendo que os he faltado,
me hubierais asesinado,
os perdonara, Marqués.
Yo vuestro golpe mortal
esperaria sin duelos,
porque veria los celos
en la punta del puñal.
Pero perdonaros yo
cuando mi honra escarneceis!...
Matarme, Enrique, podréis,
pero deshonrarme, no.

MARQ. (Ap.) ¡Ah! no es culpable, no lo es
quien así en su honor adora.
¡Me alejo de vos, señora!

LOLA. El cielo os guie, Marqués.

MARQ. Él tambien á vos os guarde,
y que olvideis, Lola, os pido,
lo mal que os he comprendido.

LOLA. Lo habeis conocido tarde.

ESCENA III.

LOLA sola.

¡Qué pobre y qué mezquino se ha mostrado!
Mi alma hirió con un boton de fuego
cuando su corazon ha colocado
junto al gigante corazon de Diego.
Alma de hiena, que tan solo intenta
su víctima roer crudo y rehacio,
miéntras el otro en su amargura ostenta
un alma mas inmensa que el espacio.
¿Qué valgo yo, desconocida fuente,
que solo vierte el agua gota á gota,
ante el ancho raudal de aquel torrente,
que anonada en su grandeza ignota?
Tienda do quiera el alma mia el vuelo,
allí su genio colosal asoma;
árbol que toca con su copa al cielo
y llena el mundo de su inmenso aroma.
¡Y él fué á jugar su corazon sereno,

impávido, al azar de una pistola,
un corazon donde vertió el veneno
la imperdonable ingratitud de Lola!
Y sin cuidar del plomo que se lo abra,
la idea de mis lágrimas le arredra:
si no morí al oir esa palabra
debo tener el corazon de piedra.

ESCENA IV.

LOLA y una CRIADA.

CRIADA. Señora, ¿si dais licencia?
LOLA. ¿Qué quereis?
CRIADA. El negro Juan
pidiendo está con afan
llegar á vuestra presencia:
dice que trae una carta
y una caja para vos.
LOLA. Que pase adelante...¡ay, Dios!
si será que Diego parta.

ESCENA V.

JUAN y LOLA. El primero trae una caja y una carta, que sacará del bolsillo; y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquella á la marquesa.

LOLA. ¿Quedó Diego en la posada?
JUAN. (Conmovido.)
Me mandó cerrar el pico:
y así, señora, os suplico
que no me pregunteis nada.
«Anda, dijo, este recado
á la marquesa á llevar.»
— Señor, ¿me han de contestar?
— «No, que está ya contestado.»
Vine volando al momento:
me encargó ser muy conciso;
y asi, con vuestro permiso,
lo traigo, cumplo y me ausento.
LOLA. (Deteniéndole.)
Si alguno matara á tu amo
á traicion y á sangre fria,
¿qué hicieras?
JUAN. Le mataria.

Lola. Pues tu venganza reclamo.
Yo le he sido desleal;
yo he tronchado su esperanza.

Juan. Á vos, señora, no alcanza
mi lazo ni mi puñal.
Si habeis cubierto de duelo
un corazon que os adora,
del mal que hicisteis, señora,
cuenta le daréis al cielo.
Yo soy al amo muy fiel:
le sirvo como él merece:
aborrezco, si aborrece,
y adoro lo que adora él.
No me habria de mandar
si él quisiera ver si mato;
á perro de buen olfato
le sobra con señalar.

Lola. Si es que una gracia merezca
quien tan mal le ha comprendido,
un postrer favor le pido,
díle que no me aborrezca.
Que nada me queda ya:
y cuando él quiera que muera,
cuanto mas hondo me hiera
mas mi gratitud será.
Que por compasion le pido
se vengue de cualquier modo;
me resigno á todo, á todo,
á todo, mas no á su olvido. (Vase Juan.)

ESCENA VI.

LOLA, sola.

Me conmueve el hablar de él
y estremecida me quedo;
no sé por qué, tengo miedo
de leer este papel.
Acabemos; hoy se agota
el cáliz, á no dudarlo:
corazon, has de apurarlo
hasta la postrera gota. (Coge la carta y lee.)
«¿Querrá el cielo que el alma dolorida
del mártir y olvidado peregrino,
la senda apure de la triste vida
sin ángel que le guie en su camino?

Cuanto del porvenir mi vista alcanza,
sin color y sin luz mirando quedo:
desde que ha muerto el sol de la esperanza
mi pobre corazon dice *¡no puedo!*
En los bosques de América, de aloe
una caja me dieron, os la envío;
es de un tronco que el tiempo no corroe,
emblema fiel del pensamiento mio;
guarda una flor que vuestra mano bella
puso en las mias en dichoso dia;
y atras perdidas en lejana huella,
van su perfume y la esperanza mia.
Si vuestra mano trémula y helada,
tiembla al abrirla, de pavor transida,
no lo extrañeis, será mi fe guardada
que acusa muda vuestra fe perdida.
El brazo desarmé de vuestro esposo
porque quizá os creyera mancillada:
tambien os ama: al conyugal reposo
sobra una vida de sufrir cansada.
Desde el postrer confin á vos, querida,
se vuelve el alma en amoroso anhelo;
y entera y satisfecha en la partida
va á presentarse con su amor al cielo.»
¡Dios mio! ¡Dios de Israel!
Tú que amparas á los buenos,
detenle un momento al ménos
para que muera con él.
(Se dirige á la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQ. (Desde adentro.)
Lola, Lola.

ESCENA VII.

El MARQUÉS y LOLA.

LOLA. Es el Marqués.
Dios eterno, ¿á qué vendrá?

MARQ. Perdonadme, esposa, ya
volver puedo á vuestros piés.

LOLA. (Con desesperada ansiedad.)
¿Qué quereis?

MARQ. Para la mar
salia con mi dolor,
lleno el corazon de amor
vuestro acento al escuchar.

Al muelle apénas salí,
cuando ví temblando á Juan,
lleno de angustia y afan
venirse corriendo á mí:
¿Qué hay? dije. — «Prestadme ayuda:
el amo me ha despedido,
y mirad, me ha enriquecido.
¡Ay! ¡se va á matar sin duda!»
Á su cuarto corrí al punto,
y hallé á don Diego escribiendo,
las lágrimas comprimiendo,
pálido como un difunto.
Al verme, tomó cortés
su natural desenfado,
y me dijo con agrado:
«¡Hola! ¡á qué venís, Marqués?»
No sabiendo qué decir
á tan natural salida,
dije que á mi despedida,
pues iba luego á partir.
«Tambien yo dentro muy poco.»
¿Quereis que salgamos juntos?
«Vamos á distintos puntos,
y mi viaje es el de un loco.»
Me estremeció, Lola mia,
aquella frente angustiada,
porque habia en su mirada
un presagio de agonía.
Pues bien: una gracia sola
pediros ántes quisiera,
dije: por la vez postrera
os habla, llorando, Lola.
Y ahogado del sentimiento
y arrasadas las mejillas,
¡ay! le rogué de rodillas,
y el cielo inspiró mi acento.
Con el alma enternecida
ante ese gran corazon,
yo os pido vuestro perdon:
Lola os pide vuestra vida.
(Expansion de esperanza en Lola.)
No pude acabar...en cuanto
mis palabras fenecieron
sus ojos se convirtieron
en dos raudales de llanto:
«Marqués, hacedla dichosa
cuanto yo soy desgraciado,

y os juro que equivocado
juzgasteis á vuestra esposa.»
Llamó á Juan, y á la fragata
mandó llevar su equipaje,
que va á emprender el viaje
para el Rio de la Plata.
(Lola cae sin fuerzas en el sillon.)
Lola, muerta ya la ira,
he inclinado mi cabeza
ante su inmensa grandeza,
que os lo confieso, me admira.
Si en vuestro pecho, señora,
hoy queda una amarga huella,
sé que un alma como aquella
quien la comprende, la llora.
Perdonad á vuestro esposo
si os desconoció un momento:
no os comprendí: solo siento
que me venció á generoso.
Y si alcanzar no consigo
vuestro amor, que vale tanto,
de hoy mas caerá vuestro llanto
en los brazos de un amigo.
¿Hice bien, querida esposa?

LOLA. Sí, Enrique, esta sola accion
(Alargando la mano al Marqués.)
os vuelve mi estimacion.
Teneis alma generosa.
Mas si una lágrima mia
veis en las mejillas arde,
cuando en alas de la tarde
se vaya alejando el dia,
para una alma lacerada
pediré gracia á los cielos:
Enrique, no tengais celos:
es una deuda sagrada.

MARQ. Dad libre rienda al lamento,
señora...yo no confundo
los extravíos del mundo
con un justo sentimiento:
y esas lágrimas de duelo
no las tengais comprimidas;
yo sé, Lola, que hay heridas
que solo las cura el cielo.

LOLA. Enrique, yo no os creia
tan bueno.

MARQ. Basta, señora.

Dejad que concluya ahora,
pues hice mas todavía
y fué el rogarle por vos,
que ántes nos viniera á ver,
para tener el placer
de darle el último adios.
Y venir me prometió.

LOLA. (Con ansiedad.)
¿Creeis que lo cumplirá?

MARQ. Sin duda, miradlo ya.
(Volviéndose hácia la puerta.)

LOLA. Dios mi plegaria acogió.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. DIEGO sumamente desfigurado.

DIEGO. Señora, pronto á partir
para climas muy distantes,
he querido venir ántes
vuestro adios á recibir.

LOLA. (Con ternura, procurando dominar el llanto.)
Comprendo que hay corazones
que laten, pero hechos trizas.
¿Qué os queda á vos?

DIEGO. ¡Las cenizas
de mis muertas ilusiones!

LOLA. ¿Y en dónde hallaréis consuelo
que endulce vuestra existencia?

DIEGO. Solamente en mi conciencia
y en la esperanza del cielo.

ESCENA IX.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Al llegar al lado de Diego.)
Mi amo, zarpan.
(D. Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda á Lola. En el momento de estrecharla, vacilan sus fuerzas: se desprende y arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luego el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.)

LOLA. (Viéndole salir.) ¡La raíz
me arranca del corazon!

MARQ. ¡Qué grande es su afliccion!

(Se oye un cañonazo y cae Lola de rodillas levantando las manos al cielo.)

LOLA. ¡Dios mio, hacedle feliz!

FIN DEL DRAMA.

LA CRUZ DEL MATRIMONIO.

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.

« Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame. »

(SAN MATEO.)

« Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el genio mas feroz y mas extravagante de un marido, no hay medio mas eficaz que el silencio respetuoso, el modo humilde y severo, y la *paciencia* dulce y constante de una mujer. El rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente: el contrato matrimonial es contrato oneroso, que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos *con paciencia*. Si vosotras sabeis *callar* ahorraréis muchas pesadumbres y muchos sinsabores. »

(Santa Mónica, segun el P. CROISET.)

PERSONAS.

MERCEDES.
ENRIQUETA.
DOÑA CLARA.
FELIX.
MANUEL.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de Felix. Dos puertas al foro; una á la derecha y dos á la izquierda. — Por la puerta de la izquierda del foro se ve otra que comunica con el jardin, y por la de la derecha una ventana. Por entre las persianas que cierran esta y aquella penetran algunos rayos de luz.
Muebles de mucho lujo.

ESCENA I.

MERCEDES, ENRIQUETA.

La primera aparece cosiendo: la segunda sale por la derecha en traje de mañana muy elegante, que contraste con el de Mercedes, que será mucho mas sencillo.

ENRIQ. Buenos dias.
MERC. ¡Ah! Enriqueta.
ENRIQ. ¿Cómo es esto? ¿Trabajando
tan de mañana?
MERC. No, hija.
Si son ya las doce y cuarto!
ENRIQ. Pues por eso digo...Eras
tan dormilona!...
MERC. Ya, vamos,
recuerdas aquellos tiempos...
Ahora todo ha cambiado.
Con la edad el sueño huye,
y el chiquitin, los cuidados
de la casa...

ENRIQ. ¡Oh! Yo reviento,
Mercedes, si no hablo claro.
¿Eres tú aquella muchacha,
dulce embeleso del Prado,
hechizo de las reuniones,
de los bailes tierno encanto,
y en Real, Zarzuela y Príncipe
de los gemelos el blanco?
MERC. Fuí y no soy.
ENRIQ. ¿Pero por qué?
MERC. Hija, porque me he casado.
ENRIQ. ¡Ah! ya. Y casarse es morirse?
Yo pensé que era al contrario.
De soltera estaba atada;
sentia esos duros lazos
que la sociedad impone
á la pobre que no ha hallado
quien con ella cargue. Pero
una vez casada, es llano
gozar las inmunidades
concedidas á ese estado.
MERC. Sí, pero teniendo un niño...
ENRIQ. Yo tambien le tengo, y bailo
y paseo y me divierto
en cuanto me viene á mano.
¿Por qué no le has puesto ama
como yo? ¿Por qué criarlo?
Los niños fuera de casa
se crian mucho mas sanos.
MERC. ¡Ay, Jesus! ¡Pobre angelito!
¿Yo, buena y robusta estando,
le habia de comprar madre!?
ENRIQ. Así te has desmejorado.
MERC. La que no cria á su hijo
ni le aduerme en su regazo,
ni el nombre de Dios le enseña,
no es madre: ese nombre santo
no se gana en aquel dia
en que vida y ser le damos.
Poco es que el árbol dé flores
si el fruto no es sazonado.
ENRIQ. Bien: pase por el chiquito.
— ¿Mas es justo, es cuerdo, es sabio
que en casa pases la vida
entre afanes y trabajo,
miéntras tu señor marido
goza y derrocha y da escándalos,

y vive... Dios sabe cómo,
porque ni aun quiero pensarlo?

MERC. ¿No es tu marido lo mismo?
Pues díme, ¿consigues algo
con estar siempre riñendo?
¿Le vas atrayendo acaso
con seguir su ejemplo en todo
cuanto no veda el recato?

ENRIQ. Hija, tú estás en mantillas
y es preciso irte educando.
— Por desgracia ó por fortuna
juntas ambas nos criámos,
sin padres, con nuestra tia,
y aun niñas, el tiempo andando,
por fortuna ó por desgracia,
en un dia nos casámos.
Tu Felix y mi Manuel,
dos excelentes muchachos,
segun todos, muy amigos,
porque eran á cual mas malo,
fueron — y esto es tan patente
que está á los ojos saltando —
si calaveras solteros
mas calaveras casados.
Llevóme el mio á Paris,
donde he vivido tres años
con nuestra tia, y quedaste
tú de tu marido en manos,
sola y niña y sin consejo,
que es uu triple desamparo.
Mientras que duró esa luna,
que luna de miel llamamos,
si yo de amor loca estuve
vi en mi Manuel otro tanto.
Mas pasó un mes y otro mes,
— ¡jamas hubieran pasado! —
cuanto ya mas me abrasaba
mas Manuel se iba entibiando.
Al principio no salia
por estar siempre á mi lado;
despues me pidió permiso
para divertirse un rato;
estaba fuera una horita
y volvia mas que á paso.
Luego, sin pedir licencia,
añadió á la horita un cuarto;
luego tuvo ocupaciones,

despues le gustó el teatro;
despues...¡se pasó la noche
fuera de casa jugando!
Lloré, le armé peloteras,
¡ni por esas! Ocupado (Bajando la voz.)
me lo traia una pícara
actriz de los Italianos.
Apénas entraba en casa
yo iba á buscarlo llorando;
él huia de mi vista
ó fosco ó mal humorado.
Pedí á mi tia consejo:
dióme un consejo sensato.
Cuando venga riña en él.
¿Grita? Grita tú mas alto.
Va á un baile? Vamos á otro.
Él te da celos? Pues dáselos.
Compra á su querida un traje?
Compra tú al momento cuatro.
Que le duela, que le punce;
y verás así que cuando
el aguijon sienta, torna
á tus piés mas que humillado.
— Esto espero, y cuando ménos,
si no logro al bien llevarlo,
pues él goza de este mundo,
yo del mundo habré gozado.

MERC. Me estás contando mi historia.
Solo que yo, no pensando
que el camino que tú eliges
á un bien conduzca cercano,
á mi corazon oyendo
camino opuesto he tomado.
Si él se va á sus diversiones
yo nunca de casa salgo;
si pasa la noche fuera
toda la noche le aguardo.
Si cuando llama me encuentro
triste y anegada en llanto,
presurosa el llanto enjugo,
la risa á mi boca traigo,
y amorosa le recibo,
venga alegre ó enojado,
sin que asomen á su vista,
aunque me mate el quebranto,
ni una lágrima á mis ojos
ni una repulsa á mis labios.

Si él pierde al juego, yo en casa
lo que él ha perdido trato
de economizar; si pienso
que un rico traje ha comprado
á una mujer, que él desprecia
tal vez sin imaginarlo,
al tornar á casa me halla
con traje humilde esperándolo.
Nunca recriminaciones,
nunca riñas, nunca escándalos.
Si fuera encuentra repulsas
sólo ve en su casa agrado.

ENRIQ. Ó eres tonta, ó eres santa.
¿Te estás brazo sobre brazo,
sufriéndolo, y nada haces
por gozar ó por ganártelo?

MERC. Hago mucho: el alma mia
hace mas por mí: le amo.

ENRIQ. Así, Mercedes, le pierdes.

MERC. Mas bien pienso que le gano.
Cuando ve á la que es su esposa
con un sencillo tocado
al dejar otras mujeres
á quienes presta boato;
cuando del juego acá torna
de haber un caudal tirado
y ve que porque no pierda
nuestro pobre niño tanto
me afano y economizo;
cuando viene disgustado
con sus locas aventuras,
con sus amores comprados
y aquí me encuentra, dispuesta
á recibirle en mis brazos,
que se avergüenza conozco,
y un remordimiento amargo
le punza: eso es lo que quiero,
de eso yo todo lo aguardo.
Vendrá un dia en que compare
el oro fino y el falso,
el amor que el amor compra
y el que el dinero ha comprado;
y si compara, si piensa,
no habrá ya poder humano
que de mi amor le separe,
que le arranque de mis brazos.

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA CLARA, en traje de calle de mucho lujo.

CLARA. ¡Yo no sé cómo hay personas
decentes, que resignadas
vivan en Madrid! ¡Jesus!
Corte en fin digna de España.
¡Qué silencio en esas calles,
qué pobreza en estas casas!
¡Vamos, esto no es vivir!
¡Paris, Paris de mi alma!

MERC. Pues, tia, á mí me parece
que bulla en Madrid no falta.

CLARA. ¡Uy, qué lástima de celda!
— Díme: ¿quién te ha hecho esa bata?

MERC. Manolita.

CLARA. ¿Es española? (Con desprecio.)

MERC. Sí tal; vallisoletana.

CLARA. Bien se le conoce, hija. (Con desden.)
Donde está aquella madama
Petit-Chú...¡Qué gusto tiene,
qué tijeras y qué gracia!
¡Ay, Mercedes! si me pierdo
mándame á buscar á Francia.

ENRIQ. Sí: tiene razon Clarita.

CLARA. ¡Ah!...ya no me llamo Clara.
Madam Clarita. Así todos
en el *hotel* me llamaban.
¡Qué franceses tan galantes!
¡Qué cosas dicen! Es lástima
que yo no pueda entenderles
ni siquiera una palabra.

MERC. ¡Pero, tia!...

CLARA. ¡Tia, tia!
¿Soy alguna octogenaria?
Tú por tú, y Clarita.

MERC. ¿Tú?

CLARA. Mejor fuera que me hablaras
con aquel *vu* parisien
tan mono y lleno de gracia.
Pero, hija, donde no hay *vu*
con el tú apechugo. — ¡Eh! basta;
y aprende de mi Enriqueta,
que viene pulimentada.

Tú por tú, y Clarita.
MERC. ¡Tia!
CLARA. ¡Otra! ¡Qué falta! ¡ay qué falta
nos está haciendo un poquito
de anexion! ¡Quién fuera Italia
y tuviera un Garibaldi
y se viera anexionada!
MERC. ¿Y qué es eso?
CLARA. ¡Ay que no sabe (Escandalizada.)
hacer política! Calla;
y no hables donde te escuche
gente de pró, desdichada.
ENRIQ. Cierto: ignorar esas cosas (Sonriendo.)
de que todo el mundo habla...
CLARA. Es que me espanto y me asombro...
¿Cómo vivís en España?
MERC. Oh,..yo le diré á usted, tia,
¡hay tanto que hacer en casa!
CLARA. Pero aquí ¿no hay *Monitores*?
¿No hay *Patri?* — En frances es patria.
Mira, para que otra vez
tales preguntas no hagas.
Anexion es una cosa
que tiempo atras no pasaba
nunca en tierra firme. Antes
los peces solos la usaban.
Un pez grande, por ejemplo,
un besugo así...de talla,
con deseo anexionista,
— hambre en lengua castellana, —
á buscar pasto salia
dejando el lecho de algas.
Encontraba un pez pequeño,
un lenguado verbi gracia,
y de compasion movido
al ver su insignificancia,
por elevarlo á su altura,
por infiltrarle su savia
y hacer uno de los dos,
sorbia y lo anexionaba.
Si mas saber quieres, hija,
ve á estudiar á Salamanca.
MERC. Tia, y si yo pienso en eso,
que al fin no me importa nada,
¿quién cuida aquí de la ropa?
¿quién vigila á las muchachas?
ENRIQ. ¿Y ahorrarás tú en todo un año

con tu arreglo y vigilancia
lo que tu señor marido
en solo una noche gasta?
¿Gastan ellos? pues gastemos.

MERC. Bien, sí; pero ellos lo ganan.

CLARA. Hija, Dios condenó á Adan
á que el sustento ganara;
á Eva no. Dióle un castigo
mas doloroso. Yo...

ENRIQ. (*Conteniéndola.*) ¡Clara!

CLARA. Pues señor: he estado viendo
cuartos toda la mañana.
¡Qué escaleras! ¡Qué pasillos!
¡Qué casas! ¡Parecen jaulas!
De *confort* alguna cosa,
mas de *comilfó* no hay nada.

ENRIQ. ¿Es decir que no has hallado?...

CLARA. ¡Qué he de hallar! Esto al fin para
en irme al campo, y hacerme
una chocita de ramas.

ENRIQ. Pues, prima, tienes que darnos
hospitalidad bien larga.

MERC. No sabes cuánto me alegro.
Tanto tiempo separadas!...

CLARA. Pues señor: para que veas
entre la gente que andas.
Al bajar ahora del coche,
furiosa y desesperada,
— como es regular, — alcéme
así un poquito la falda.
Se vió el pié y sus arrabales,
— cosa que ya á nadie extraña
llevando los bajos limpios. —
Mas un hombre que pasaba
— andaluz por el ceceo
y por la presencia charra —
me dice con desvergüenza
echándome una mirada:
«¡Vivan los piés de alfeñique!
¡Viva la bula y la gracia!»
¡Ay qué país! ¡qué paisaje!
y qué paisanaje!

ENRIQ. Clara!

CLARA. ¡Ah!... pero no todo ha sido
en esta excursion desgracias.
He tenido un buen encuentro:
he tropezado una cara

conocida antigua tuya. (Á Enriqueta.)
¿No adivinas?

ENRIQ. ¿De quién hablas?

CLARA. ¿Te acuerdas de aquel muchacho
qué allá nos acompañaba
el año pasado?

ENRIQ. ¡Alfredo? (Con mucho interes.)

CLARA. En persona.

ENRIQ. ¿Está en España?
(Afectando indiferencia.)

CLARA. Acabo de verle. Con
su finura acostumbrada
me ha acompañado un ratito.
¡Pobre! Qué historia tan larga
de desdichas me ha contado.
Una pasion desgraciada
le hizo abandonar su tierra
é irse tras la muerte á Italia.
Ha estado en Castelfidardo
batiéndose por el Papa
con Lamoricié.

ENRIQ. ¡Y fué herido? (Con interes.)

CLARA. Prisionero.

ENRIQ. ¿Y ahora?... (Con frialdad.)

CLARA. Trata
de aturdirse, y como es rico
con este objeto viaja.
— Es del *fobur San Germen.* — (Á Mercedes.)
¡Qué tonta será la ingrata!

ESCENA III.

DICHAS, FELIX.

FELIX. ¡Oh!... buenos dias.
(Deteniéndose al verlas. Ha trasnochado.)

CLARA. Muy buenos.

FELIX. Y al que hoy hace esto conviene.
Solamente Madrid tiene
estos dias tan serenos.
¿Se ha dormido bien?

ENRIQ. Muy bien.

FELIX. Convida el aire nativo.

CLARA. Ay, no, no. Yo solo vivo
respirando el parisien.

FELIX. ¿Y tú?
(Con frialdad, á Mercedes, que le ha tomado el sombrero y el gaban.)
MERC. ¿Yo? Muy bien.
FELIX. ¿Sí? (Con desconfianza.)
MERC. Sí.
Tú no quieres que te aguarde...
ENRIQ. ¡Qué? ¿Se ha recogido tarde?
MERC. No, tarde no.
FELIX. Así, así.
ENRIQ. ¡Pícaro!
FELIX. ¡Negocios!
CLARA. ¡Ya!
¡Si quemaran el Casino!...
ENRIQ. ¿Y... don Manolito, vino
en tu compañía acá?
FELIX. Sí, sí; no tengas cuidado
de que aquí se te pervierta.
Su juventud inexperta
guia un hombre amaestrado.
CLARA. Vamos, y deja á ese loco.
FELIX. ¡Tan pronto! Ya habrá lugar...
CLARA. No, no, no: para almorzar
es fuerza arreglarse un poco.
FELIX. ¡Ah!... si es eso... El yo pequé
entono ya por mi ruego.
Ponte linda, y hasta luego.
ENRIQ. Hasta luego.
CLARA. Adiú, mosié.

ESCENA IV.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. (¡Qué linda es! Y Manuel
(Mirando á Enriqueta.)
deja á una chica tan bella
y tan buena por aquella
serpiente de cascabel!...
Vamos, si yo fuera así
renegaba de mi nombre.
¡Qué animal tan raro el hombre!
MERC. ¡Ejem! (Tosiendo. Se habrá vuelto á su labor.)
FELIX. ¡Ah!... ¿Estabas ahí?
MERC. Sí.
FELIX. ¿Qué haces?

MERC. Coser.
FELIX. ¡Coser!
Siempre igual.
MERC. Por las mañanas...
FELIX. Es que parece que ganas
así lo que has de comer.
¿Qué dirá de tu marido
quien siempre te encuentre así?
MERC. Que me distraigo.
FELIX. Sí, sí.
Debe ser muy divertido.
MERC. Si es que algo decir deseas,
coser no evita el hablar.
FELIX. No, no quiero incomodar.
MERC. ¿Incomodar? No lo creas. (Levantándose.)
Ya lo dejo.
FELIX. ¡Oh! Ven aquí.
Esos ojos... Tú has llorado.
MERC. No, no.
FELIX. Pues me has aguardado
y no has dormido.
MERC. ¿Yo?...
FELIX. ¡Sí!
MERC. Perdona, Felix; no puedo
dormir si no estás en casa
pensando si algo te pasa.
¡Tengo por tí tanto miedo!
¡De noche esas calles!...
FELIX. ¡Oh!
¡Esto ya es intolerable!
fastidioso, insoportable!
¿Soy algun chiquillo yo?
Y ahora teniendo contigo
tus parientes... ¿Qué dirán!
MERC. Pero, Felix...
FELIX. Pensarán...
pensarán que yo te obligo.
MERC. Mira, no he velado tanto.
FELIX. Pero si he vuelto de dia.
Vamos, esto acabaria
con la paciencia de un santo!
MERC. No; que lo noten yo evito.
Me recojo en mi aposento,
y en cuanto tus pasos siento
me acuesto muy de quedito.
FELIX. ¡Estos femeniles ocios!
Como no tienen que hacer!

MERC. Tardabas tanto en volver...

FELIX. Uno tiene sus negocios!...

MERC. Ya se vé. (Dándole toda la razon.)

FELIX. Y no es regular...

MERC. Ya lo sé; mas la voz baja. (Muy apurada.)

FELIX. Que despues que uno trabaja...

MERC. Sí.

FELIX. Le quieran fastidiar.

MERC. Pero, Felix, si es cariño.

FELIX. Quererse meter en todo... (Sin oirla.)

MERC. ¿Yo? no, no; de ningun modo.
Vamos... ¿quieres ver al niño?
(Mucha dulzura.)

FELIX. No, no quiero... Esto me afecta
y hace que sin seso ande.
Tienes un defecto grande.

MERC. ¿Cuál?

FELIX. Hacerte la perfecta:
y me tienes en un potro
y me irritas y sublevas.
— Vé, mira qué traje llevas.
¿Por qué no te pones otro?

MERC. ¿No te gusta?

FELIX. ¡De percal! (Tocándole.)
Esto de la raya pasa.

MERC. Para andar dentro de casa
aun me parece tal cual.

FELIX. Eso, sí, hazte la modesta.
— Viste seda, glasé.

MERC. ¿Cuando
se está en casa traginando!
¿Sabes eso lo que cuesta?

FELIX. Bien. ¿Pero no gasto yo?

MERC. ¡Oh!... Tú, ya eso es diferente.
Tienes que alternar con gente.
No es el caso el mismo, no.
Yo metida aquí...

FELIX. ¿Y por qué?
¡Ah, ya! ¡Tus negocios graves!
¿Por qué no sales?

MERC. Ya sabes
que no me gusta.

FELIX. Sí, sé...
Lo que sé es que te has propuesto,
y á esto no me acomodo,
reconvenirme por todo.

MERC. ¡Yo? Si nunca te molesto. (Asombrada.)

FELIX. Pon ojos estupefactos.
MERC. Yo he dicho...
FELIX. ¿Con eso vienes?
No, si no me reconvienes
con la boca, ¡es con tus actos!
MERC. ¡Yo!...
FELIX. Y esto de armar camorras
por quítame allá esas pajas...
Si me divierto, trabajas;
si sabes que gasto, ahorras;
si tardo, te estás en vela,
y tanta otra cosa y tanta...
¡Amigo, esto no lo aguanta
ni un chiquillo de la escuela!
Si alguna vez te quejaras
otra vida deseando;
si al ménos de vez en cuando
me riñeras y lloraras...
Siempre víctima de amor
que dardo agudo traspasa,
y yo siempre haciendo en casa
los papeles de traidor...
Es una vida infernal
la que llevo hace un trienio.
¡Conque ó tú mudas de genio
ó yo me tiro al canal!
MERC. Perdon, si sin intencion
te reconvine.
FELIX. ¿Eso infieres?
Pues no es eso, ¡es que tú eres
la misma reconvencion!
MERC. ¡Jesus! Piensas unas cosas...
¡Eh!... Ven á ver al chiquito.
Y dice papá clarito.
FELIX. No. (Preocupado.)
MERC. Sí.
MANUEL. ¡Oh! modelo de esposas. (Entrando.)

ESCENA V.

DICHOS, MANUEL.

FELIX. ¿Despiertas? (Con ironía.)
MERC. Manolo, adios.
¿La noche buena?
MANUEL. Esquisita.

(¡Qué preciosa!) (¡Pobrecita! (Á Felix.)
No tienes perdon de Dios.

FELIX. ¡Eh)

MERC. Perdónenme que huya.
Los quehaceres...

MANUEL. (¡Delicioosa!)
(¡Si yo tuviera esta esposa!

FELIX. ¡Si yo tuviera la tuya!)

MANUEL. (¡Pícaro!)

FELIX. (¡Esto escandaliza!)

MERC. Ea, adios. (Ha estado recogiendo la costura.)

MANUEL. ¿Ya!

MERC. Mal mi grado.
Mas el niño aun no ha almorzado;
y como soy su nodriza...

MANUEL. (¿Ves?

FELIX. Sí.)

MANUEL. Aguárdate. (¡Mastuerzo!)
Siquiera un cuarto de hora.

MERC. ¡Ah!... No puedo. — Oigo que llora.
(Escuchando.)
Es que me pide su almuerzo.

ESCENA VI.

FELIX, MANUEL.

MANUEL. Eres digno de un presidio.
¡No hacer caso de una esposa
tan buena! ¡tan cariñosa!

FELIX. ¡Chico, comprendo el suicidio!

MANUEL. ¡Si tuvieras que lidiar
con aquella! Nunca hay calma.

FELIX. ¡Ay, Manolo de mi alma,
si pudiéramos cambiar!

MANUEL. ¡Ojalá! — Siempre el reproche
tiene en la lengua.

FELIX. ¡Hechicera!

MANUEL. Me ha armado una pelotera
ahora mismo *soto voche*...

FELIX. ¿Cómo?

MANUEL. Se ha entrado resuelta;
y porque ayer no he venido...

FELIX. Ya se vé, no habrá dormido!

MANUEL. ¿No dormir? Á pierna suelta.

FELIX. ¡Duerme! ¡Celestial! (Rápido.)

MANUEL. ¡Pues no!
Solo por bailar trasnocha!
FELIX. ¡Baila! ¡Divina! ¿Y derrocha?
MANUEL. Tututú... Doble que yo.
FELIX. Ni pasada por tamiz!
Y díme, ¿es aficionada
á coser?
MANUEL. No da puntada.
FELIX. ¡Y no cose! ¡Hombre feliz!
MANUEL. Muchacho, ¿te has vuelto loco?
Eso es salirse de quicio.
FELIX. Mira, yo tendré algun juicio;
mas debe de ser muy poco.
— Oye, y mis duros quebrantos
escucha de pena lleno.
Yo nací para ser trueno
como otros para ser santos.
Aun niño, al mundo me eché
como tú jamas pensaste.
MANUEL. Pero si tú me educaste.
FELIX. Es cierto; yo te eduqué.
Pues, alumno, es la verdad
que por mas que vaya y venga,
no hay un hombre que no tenga
algo de fragilidad.
La tuve: me enamoré;
la garganta puse al hierro;
dispuse mi propio entierro,
quiero decir, me casé.
MANUEL. Al fin de toda comedia
el primer galan se casa.
FELIX. Cierto. Lo que luego pasa
constituye la tragedia.
— Pues señor, mi último dia
llegó.
MANUEL. No me apesadumbres.
FELIX. Quise mudar de costumbres.
Pero, chico, ¡me moria!
El reposo que hay aquí, (Sombrio.)
esta calma, este quietismo,
este hacer siempre lo mismo
no se han hecho para mí.
Esta casa es un retablo
que á la virtud se levanta.
Mercedes es una santa;
y yo necesito un diablo.
Volví á lanzarme á la mar.

¿Pensarás que se enojó,
que hubo riñas, que lloró,
que á su vez quiso gozar?...
No! Cuando por mi aspereza
y por lo mal que la trato
espero que coja un plato
y lo rompa en mi cabeza...
llena de santo cariño (Conmovido á su pesar.)
con la sonrisa en la boca
me cuenta de gozo loca
¡alguna gracia del niño!

MANUEL. Pues, chico, eso es un tesoro. (Conmovido.)
Con esa mujer al lado
no se está, Felix, casado.

FELIX. Pues eso es lo que deploro.
No sabes lo que es volver
tras una noche de orgía
á casa ya entrado el dia,
y encontrar á una mujer
que no ha dormido esperando,
y que no exhala una queja;
que al verte todo lo deja
su pena disimulando.
Tú no comprendes el mal
de hacer que otra esté lujosa
y ver que tu propia esposa
viste traje de percal.
No ves lo que martiriza
contemplar de qué manera
lo que tú derrochas fuera
ella en casa economiza...
Y todo sin acritud,
sin que recompensa aguarde,
sin hacer jamas alarde
de tan inmensa virtud...
Créeme: esta es una pena
que á otra alguna yo no igualo;
¡ya que tengo que ser malo
no la quisiera tan buena!

MANUEL. Pero siendo tan bendita,
¿por qué te hace padecer?

FELIX. ¿Por qué? ¡Por que esa mujer
es mi conciencia que grita!
Manuel, siempre la he de ver
en su retiro modesto
con actos que dicen: «Esto
es lo que se debe hacer.»

MANUEL. Pues señor, si eso es lo malo,
nunca tal mal de tí huya.

FELIX. ¡Ay! ¡quién me diera la tuya!

MANUEL. ¡Muy buena! Te la regalo.
— Ya sabes cómo casé,
y que á Paris nos partímos,
y que ¡un mes! felices fuimos.
Pues señor, héte aquí que...
una noche, acostumbrado
á no tener quién me aguarde,
vuelvo á casa un poco tarde...
Hijo mio, ¡qué nublado!
Empieza el «ya no me quieres;»
«los que aman esto no hacen;»
y lo de «¡para esto nacen
las pobrecitas mujeres;»
Y, chico, desde aquel dia,
postrero de mi placer,
mi mujer no fué mujer,
sino un dragon, una harpía.
Yo, huyendo la pelotera
y ansiando una paz sin tasa,
lo que no encontraba en casa
iba á buscármelo fuera.
Ella gozar anhelando
se dió al mundo y á vivir,
y sin dejar de gruñir,
me está, chico, arruinando.
De los lances mas sencillos
sospecha tramas infieles;
me revuelve los papeles,
me registra los bolsillos;
y yo sin resolucion
para romper el consorcio
con un prudente divorcio,
acepto esta situacion;
y por vencer al destino
sin dar una campanada,
contra lo que ya me agrada
triunfo y juego y me arruino.
Ahí tienes mi historia negra.
Resúmen: el matrimonio
lo inventó el mismo demonio
con ayuda de una suegra.

FELIX. Chico, chico, es celestial. (Con cierta envidia.)
Esa mujer te disculpa,

y estás absuelto de culpa.
Tú de aquí no estarás mal. (Del corazon.)

MANUEL. Claro está: si así no fuera
yo adorara á esa maldita.
¡Me parece tan bonita
cuando no busca quimera!

FELIX. Calla, calla.

MANUEL. Sí, es verdad.
Estoy el marido haciendo.
Vamos.

FELIX. ¿Adónde?

MANUEL. Corriendo.
Hoy barrunto tempestad.

FELIX. ¿Mas no almorzamos aquí?
Con tu mujer y la tia
yo cumplir así debia.

MANUEL. ¡Quiá! no, no: vente á Lhardy.
¡Yo almorzar con ella! ¡Cá!
Todo lo que mas me pesa
lo guarda para la mesa.

FELIX. ¡Hombre; pero estando acá!...

MANUEL. ¡Bah! Ya fraguará un complot.
Si como ella no hay ninguna.
Un dia me tiró una
chuleta á la papillot.

FELIX. ¡Hombre! (Con envidia.)

MANUEL. Si es insoportable,
si ni aun es persona humana.
— Convidaremos á Juana.
Esa sí que es chica amable.

FELIX. Eso no me tiene cuenta.
Si no va Inés es mal trato.

MANUEL. Bien, bien. ¿Y á la noche?

FELIX. Un rato
se pasa al treinta y cuarenta...

MANUEL. Conque programa. — Lhardy,
Casino, Juana é Inés,
y despues...

FELIX. Despues .. despues...
¿Tienes tu sombrero?

MANUEL. Sí.

FELIX. Pues anda,

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Hola!
MANUEL. (Caí.)
ENRIQ. ¿Qué? ¿Los sombreros tomais? (Callan.)
¡Te vas? (Á Manuel.)
FELIX. Sí.
ENRIQ. ¿Y adónde vais?
MANUEL. Al teatro. (Con atolondramiento.)
ENRIQ. ¿Ahora?
MANUEL. Sí.
ENRIQ. ¿Pues qué? Á la una hay funcion?
MANUEL. (Oh! Soy digno de un bozal.)
FELIX. Es concierto matinal. (Sonriendo.)
Uno que toca el violon. (Por Manuel.)
ENRIQ. Sí, sí. Ya se deja ver.
Á no estar Felix delante...
(Á media voz á Manuel.)
MANUEL. ¿Ves esto? ya no hay aguante. (Á Felix.)
FELIX. ¡Eh! ¡Chico! Vamos, mujer.
(Colocándose entre los dos.)
¡Á qué son esos enojos?

ESCENA VIII.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. ¿Qué, os vais? (Con dulzura.)
ENRIQ. Sin decir adios.
MANUEL. (¡Esta es otra! Entre las dos
nos van á sacar los ojos!)
¡No, si es broma! Yo dejar...
FELIX. No es broma, tengo un asunto
que...
MANUEL. (Calla.)
MERC. (Sencillez.) Si lo pregunto
por si os hemos de esperar.
El almuerzo está...
MANUEL. ¡Ah! pues si!...
(Hombre, ayúdame.)
FELIX. Lo siento,
pero, hija, en este momento
tenemos que hacer y...

MANUEL. Y...
FELIX. Y esta disimulará... (Por Enriqueta.)
porque los negocios...
MANUEL. ¡Pues!
FELIX. La deuda sin interes
(Como mediéndolo á barato.)
se dice que hoy subirá...
MANUEL. ¡Eso!
FELIX. Y con esta subida
todo el papel del Estado.
MANUEL. Claro está. El consolidado... (Cerrando el puño.)
FELIX. Pues, chico, ¿y la diferida?
(Indicando con la mano la accion de deferir una cosa.)
ENRIQ. Serán cosas de gran monta;
nada habrá que las iguale;
mas lo que es Manuel no sale;
y si esta no fuera tonta...
MERC. (Mujer, que hay gente.)
ENRIQ. (Que haya.)
Por tí se verá perdido. (Á Mercedes por Felix.)
MERC. ¿Pues yo mando en mi marido?
ENRIQ. ¿No has de mandar!?
FELIX. (Apaciguándolos.) Vaya, vaya.

ESCENA IX.

DICHOS, CLARA.

Doña Clara aparece en el fondo derecha muy gozosa, con una tarjeta en la mano.

CLARA. Enriqueta, niña, ven;
ven volando, que aquí está
mosié Alfredo. (Vase.)
ENRIQ. (¡Oh!)
MANUEL. ¿Cómo? ¿Ya
aquí ese títere? Bien. (Rápido.)
Ya sabes que no me gusta.
ENRIQ. Tampoco me gusta á mí. (Id.)
que tú salgas. ¿Estás?
MANUEL. Sí.
ENRIQ. Pues vete: nada me asusta.
FELIX. Hombre, sí. ¿Te paras cuando
tanta falta hace que vengas?
Chico, no las entretengas,
que las están esperando.

Mire usted que es fuerte empeño...
(Manuel no ha dejado de mirar á Enriqueta.)
— Hijo, que tiempo hay bastante
de mirarla. ¡Habrá tunante! (Entre los dos.)
— No me pongas ese ceño. (Á Enriqueta.)
Se nos prepara hoy un dia (Á Mercedes.)
tan sumamente ocupado...
Ahora, cuando aquí has entrado
Manuel el programa hacia. (Á Enriqueta.)
(Movimiento de sorpresa y temor de Manuel.)
Al ministerio á activar
lo del suministro. ¿Estamos?
(Mirada á Manuel.)
Un negocio en que nos vamos
completamente á llenar.
Despues tras de hacerles mil
cortesías á las mesas,
ver unas cuantas traviesas...

MANUEL. (¡Hombre!)

FELIX. De ferrocarril.
En esto poco se embolsa,
es verdad; pero, hija, así
un poco aquí y atro allí,
se pasa. Luego á la Bolsa.
Y en jugando una partida
con títulos por baraja,
diez mil duros á que hay baja,
veinte mil á que hay subida, (Rapidez.)
os vuelvo á unir á los dos.
Estás hoy fascinadora.
Adios, prima encantadora.
Ea, adios. — Adios, adios.

ENRIQ. ¿Conque nos vas á dejar?

MANUEL. ¡Ya ves! Aunque otro es mi anhelo...

FELIX. ¡Vamos!...

MERC. ¡Ah! Toma un pañuelo
y no dejes de almorzar.

FELIX. ¡Bien!...
(Los apartes siguientes casi simultáneos.)

ENRIQ. (Se ha de acordar de mí.)

MERC. (Con paciencia Dios me asista.)

MANUEL. (La voy á perder de vista.)

FELIX. (Me duele el dejarla así.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

FELIX, MANUEL, ENRIQUETA, DOÑA CLARA. Doña Clara y Felix aparecen sentados cerca del velador, que está inmediato á la chimenea, y Manuel, de pié, apoyado en esta. Enriqueta sentada al piano. Las bujías de los candelabros de la chimenea encendidas, como tambien las de los velarios del piano.

CLARA. Niña, que se está enfriando. (Por el café.)
ENRIQ. Tómenlo ustedes; no importa.
(Sin dejar de tocar.)
MANUEL. Esquisito: esto es café.
FELIX. ¿No es verdad? ¡Tiene un aroma!...
(Enriqueta toca el aria «Addio del passato» de la Traviata.)
Lo que es para cafetera
Mercedes se pinta sola.
MANUEL. (Pobrecita!
FELIX. ¿Empiezas ya?
MANUEL. Es contigo tan mimosa...
FELIX. Quita allá, que me das rabia.)
CLARA. ¿Secretitos?
MANUEL. No, señora.
FELIX. No, le decia que ántes
con el bocado en la boca
me iba al café. Pero un dia,
no recuerdo por qué ahora,
tuve que quedarme en casa;
y, amigo, me dió esa un moka
tan rico, tan delicioso,
que desde entónces no hay forma

de arrancarme de esta casa,
si ántes café no se toma;
y si cómo fuera, creo
que me falta alguna cosa.

MANUEL. No, no, y es que cada dia
es mejor.

FELIX. Lo perfecciona.
Siempre está pensando en eso:
es su orgullo.

CLARA. Porque es tonta.
Tú no mereces que ella,
por darte gusto, se ponga
á ser casi una criada.

MANUEL. Cá, no, no, tia; así logra
sujeto en casa tenerlo
una hora mas.

CLARA. — Niña, ¿tomas
esa taza?

ENRIQ. Venga.

FELIX. ¿Al cabo
triunfa el café de las notas?

CLARA. (Firme.) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Para todo hay tiempo.

MANUEL. Pues lo que es á mí me asombra
que estando con tu Traviata
te halles á venir tan pronta.
Tú no puedes figurarte
lo que esta criatura toca
esa pieza.

ENRIQ. Y hago bien:
me gusta.

CLARA. Y á mas toda
la gente que es *diletante*,
quiero decir, *virtuosa*,
le entusiasma la expresion,
el sentimiento que brota
de los dedos de esta niña
cuando en las teclas los posa
para ejecutarla. Hoy
se la ha oido una persona
que entiende un poco de música,
algo mas que un poco; ¡toma!
como que es frances...

FELIX. ¡Ah! entónces...

CLARA. Pues, nada, hijo, en una hora
tres veces se la ha escuchado.

MANUEL. Ese no habrá sido el posma
de Alfredito.
ENRIQ. Sí que ha sido.
Ya ves, lo que te incomoda
á otros les gusta.
MANUEL. ¡Tu mérito!...
ENRIQ. No; mas será el de la ópera.
CLARA. Eso sí; no es por ajarte.
Mas ¡qué Traviata! no hay otra.
Es verdad que aquel libreto
tiene un interes que arroba.
¡Qué último acto!
MANUEL. ¡Oh! sí, el último...
Lo que es á mí me enamora.
— Figúrate que Violeta (Á Felix.)
aparece en cama y sola
tose que tose. La fámula
oye la tos, se atolondra
y llama al médico. Este
pulsa, pregunta, inspecciona,
y frunce el hocico, como
si dijera en buena prosa:
«amigo mio, esta chica
se nos marcha por la posta.»
Ella tose y él se va.
Entra el hombre que la adora,
ella se lanza del lecho,
— no te rias, lleva ropa,
que por decencia se acuesta
siempre vestida y con botas: —
se abrazan: tose otro poco,
y entre llantos y zozobras,
y entre ternezas y abrazos,
echa el pulmon por la boca,
y muere regenerada
y va derecha á la gloria.
¡Todo esto cantado!
FELIX. ¡Hombre!
ENRIQ. ¿Sabes que aunque muy graciosa
y muy picante y muy fina
no me ha hecho gracia tu historia?
MANUEL. ¿Qué remedio!
ENRIQ. No contarla.
CLARA. Parece que te alboroza (Á Manuel.)
aguarle los gustos. (¡Firme!) (Á Enriqueta.)
ENRIQ. Déjalo. Si es que le enoja
hasta el ver que me distraigo.

¿Quisieras verme llorosa
devorando los nltrajes
que recibo á todas horas?
Pues no señor.

FELIX. Enriqueta...

MANUEL. Vamos, vamos...

CLARA. (Anda, tonta.)

ENRIQ. Ya hasta mis mas inocentes
distracciones te incomodan...

MANUEL. Tengamos la fiesta en paz...

ENRIQ. Y esto cuando me abandonas
por entregarte á tus vicios;
cuando en matarme te gozas.

MANUEL. Mnjer, mira qne hoy me tienes
hasta aquí. No hagas qne rompa,
que eso te tiene mas cnenta.

ENRIQ. Es que si á hablar me provocas...

FELIX. Vamos, vamos; sois dos chicos.
Ir á armar nna camorra
por qnítame allá esas pajas...

CLARA. Si él le pincha... Ella...

FELIX. Si es broma.

ENRIQ. ¿Pero no ves cuál se pone?

FELIX. Es un niño, y tu una loca.

CLARA. Es que así sucede siempre.

ENRIQ. Y esto ya no es vida.

FELIX. ¡Oiga!
¿Reniegas ya de las riñas
y apeteces otra cosa?
Pues oye un cuento, y aplícalo,
que, aunque de vieja, te importa.

Era vez de un matrimonio
como otros muchos del dia:
La mujer toda una harpía,
el hombre el mismo demonio.
Por «si me has hecho un desaire,»
por «si aquellos te miraban,»
todo el santo dia andaban
los bártulos por el aire.
Ella, sin piedad ni miedo,
lo ponia como un trapo,
y él le daba cada lapo,
hija, que cantaba el credo.
Meter paz quiso el alcalde;
no tuvo tanta ventura:
acudió el lugar al cura;

tampoco: todo fué en balde.
El cuerpo de ella era un mapa
cuya vista daba horror,
y su cardenal menor
podia pasar por papa,
sin que el marido el *te absolvo*
dijera que Cristo enseña,
— aunque ya no hallaba leña
con que sacudirla el polvo; —
cuando héte aquí que un señor
de peluquin y casaca
— igual al que muelas saca
á caballo y sin dolor, —
llega á la aldea á vender
cierto remedio eficaz
para tener siempre paz
entre marido y mujer.
Oir decir que vendian
tal manantial de concordias
ella, — á quien ya las discordias
de su casa le dolian, —
(Haciendo la accion de sentir dolor corporal.)
é ir á la plaza anhelante,
mas que al paso, á todo trote,
á hacerse con algun bote,
obre fué de un solo instante.
— Hablaba el del peluquin:
«Teniendo en la boca un buche
de este agua, no hay acebuche
que al mas remoto confin
del cuerpo se atreva ya.
Si el marido se sofoca,
diez minutos en la boca
el buche y se calmará.
¡Diez minutos! No haya error.
Esta es la que se propina
la emperatriz de la China
cuando riñe el Gran Señor.»
— Probó; y por tan cierto pasa
como lo es la letanía,
que desde aquel fausto dia
en aquella santa casa,
— gracias al dichoso bote
que cual reliquia se enseña, —
ya no se almorzó mas leña
ni se comió mas garrote.
Síntesis: den las mas foscas

por respuesta... la callada.
Moral: en boca cerrada
jamas han entrado moscas.

ENRIQ. ¡Es decir que en nuestras riñas
yo tengo la culpa toda
por no callar!
FELIX. No sé.
MANUEL. Aplícalo.
CLARA. Pues, hijos, esta no es tan boba
como la pobre Mercedes.

ESCENA II.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. En nombrando al rey de Roma...
¿No se me guarda mi taza?
FELIX. Sí, hija mia, sí, perdona.
Ahí la tienes con su azúcar,
su cucharilla y...
(Sirviéndole el café con extremada solicitud.)
MANUEL. (¡Hipócrita!
Compara.
FELIX. ¡Sí! desfilemos.)
CLARA. ¿Y el niño?
MERC. Fuí una medrosa.
Parada [1]) — el médico — dice
que hoy la calentura es corta.
FELIX. Pues qué, ¿está?...
MERC. Impertinentillo.
FELIX. ¡Bah, bah! por nada de azoras.
— ¿Vamos á echar un cigarro (Á Manuel.)
á mi cuarto?
MANUEL. Sí.
CLARA. Y nosotras (Á Enriqueta.)

1) El autor de esta comedia no puede ménos de consignar este nombre propio, que es el de un jóven médico de esta corte tan apreciable por sus excelentes dotes morales, como distinguido por su sólida instruccion en la noble y difícil ciencia que profesa. Á ello le mueve la amistad que le une con quien tan dignamente lo lleva, y la gratitud que le merece, porque, despues de Dios, ha debido su salud, y tal vez su vida, á su celo y sus conocimientos.

á ver si ha traido eso
la modista.

MANUEL. (¡Uy! ¡Pobre bolsa!)
Vamos. (Á Felix.)

ENRIQ. (Cuando hay gente extraña
bien te luces á mi costa.

MANUEL. ¡Mujer!...)

ENRIQ. Anda, anda á fumar.

MANUEL. (Échala un sermon y dómala.) (Á Mercedes.)

MERC. (Vuelve, que tengo que hablarte.) (Á Manuel.)

FELIX. (Que hoy vamos á hacer la gorda.
Templa á tu mujer.) (Rapido á Manuel.)

MANUEL. (Á Enriqueta, muy meloso.) Chiquita...

ENRIQ. (¡Ya nos veremos á solas!)
(Cogiéndole por el brazo.)
— Voy, Clara. (Indicándole que la seguirá.)

MANUEL. (¡O viudez, o muerte!)
(Al cielo, y llevándose la mano al brazo.)

FELIX. (Este al fin se desahoga.)
(Mirando con envidia á Manuel.—Antes habrá pasado adonde está Mercedes y la habrá acariciado.)

CLARA. *O revuar* — hasta la vista.
(Á un movimiento de Manuel, y vase.)

FELIX. *A la bon hor* — hasta ahora.
(Burlándose de Doña Clara, y váse seguido de Manuel por el foro derecha.)

ESCENA III.

MERCEDES, ENRIQUETA.

ENRIQ. ¡Qué iguales son! Qué igualitos!
Por un cigarro nos dejan.

MERC. ¡La costumbre! ¿Qué han de hacer?
Desde niños los enseñan.

ENRIQ. ¡Uy!... siempre la misma.

MERC. Prima,
hablemos de cosas sérias.
¿Qué has pensado de ese baile?

ENRIQ. Mira, ya estaba resuelta
á quedarme en casa.

MERC. Bueno,
No sabes cuánto me alegras.
Porque, mira, no es que yo

que des un mal peso tema,
no. Pero, prima, ese Alfredo
te rogó con tanta fuerza
que no faltaras; estuvo
tan pesado en su insistencia,
y al rogarte te miraba,
yo no sé, de una manera,
que me parece, — perdona, —
me parece que si fueras
acudias á una cita.

ENRIQ. ¿Qué estás diciendo? Tú sueñas.
Alfredo...¡Pobre muchacho!

MERC. Bien, tú dirás lo que quieras.
Pero, hija, tantas visitas...

ENRIQ. Es muy fino.

MERC. Si lo piensas
verás lo que yo. He notado
que se toma unas franquezas
contigo...

ENRIQ. Vamos, Mercedes,
ves visiones, exageras.

MERC. Y luego dále que dále
con contarte las flaquezas
de Manuel: yo no he creido
ni una palabra, ni media,
de cuanto ha dicho; mas pienso
que aunque fuesen verdaderas,
no estaba bien ir á darle
á una señora esas nuevas
de su marido.

ENRIQ. Es mi amigo.

MERC. Pues por lo mismo debiera
hablar de otro modo. Mira
qué pronto le até la lengua
en cuanto fué á hablar de Felix.

ENRIQ. Pero, hija, y aunque así sea,
yo ¿qué he de hacer? No lo creo.
Mas basta que un hombre sepa
que su marido abandona
á una mujer que no es fea,
para creer que se halla
autorizado á quererla
y á decírselo. Yo, hija,
¿quieres que me ponga séria
porque zutano ó mengano
me mira ó me galantea?
¡No fuera poco ridículo!

MERC. ¿Pero no ves que das pena
á tu marido?

ENRIQ. Que pene.
¡Vaya! Que él en mas me tenga;
que lo haga ver, y no habrá
un hombre que se me atreva.

MERC. Hija, la desventurada
que en nuestro estado se encuentra,
á dar que decir al mundo
mas que ninguna está expuesta.
«Su marido la abandona.»
«Por qué será? Tal vez ella...»
Y hay que andar con piés de plomo,
porque si no...ya ves, cuentan
lo que no es verdad.

ENRIQ. Bien, sí.
Mas yo, ¿qué he de hacerle?

MERC. Piensa
que tú mas que él vas perdiendo.

ENRIQ. Pero si un hombre me asedia...

MERC. ¿Crees tú que á mí ninguno
de amor me habló?

ENRIQ. Enhorabuena.
Ya ves que es de ellos la culpa.

MERC. Pero, hija, la pena es nuestra.

ENRIQ. ¿Y cómo evitarla?

MERC. Haciendo
lo que he hecho yo.

ENRIQ. ¡Ah! Tú te encierras
en tu casa por no oir...
¡Chica, chica, eso es ser necia!
¿Conque porque mi marido
goce y triunfe y se divierta
me he de convertir en monja
y he de hacer mi casa celda?
No faltaba mas. ¿Qué premio
te valdrá tal penitencia?

MERC. Me valdrá que cuando Felix
un dia, que siempre llega,
vuelva en sí y desee calma
y ansíe la paz doméstica,
vendrá á mí, y seré dichosa
porque he sabido ser buena.

ENRIQ. Comprendo. Cuaudo él sea viejo,
cuando tú te encuentres vieja.
¡Vaya un porvenir de rosas!

MERC. Ahora sí que tú exageras.

Ya á Felix de lo que hace
le remuerde la conciencia:
no tardará en ser muy otro.

ENRIQ. ¿Y en tanto que se resuelva?...

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si se arruina?

MERC. Paciencia.

ENRIQ. ¿Y si te desdeña?

MERC. Callar.

ENRIQ. ¿Y si quiere á otra?

MERC. Hija, callar y paciencia.

ENRIQ. ¿Y dices tú que le quieres?

MERC. Mas que nunca.

ENRIQ. No lo creas.
La que cual tú se conforma
no puede querer de veras.
Eso es frialdad, no cariño.

MERC. ¡No digas eso, Enriqueta!
(Fuera de sí y con mucha energía.)
Cuando así traducen este
puro amor que mi alma llena
noto que mi fe vacila,
siento que me faltan fuerzas!

ENRIQ. Prima, tú te has educado
en muy diferente escuela
que yo. Desde pequeñita
ya preferiste á la nuestra
la sociedad de tu ama
de leche, de aquella vieja
que Clara ver no podia.

MERC. ¡Oh! sí; pobre Magdalena.
De ella, aunque en hablar tan ruda,
aprendí yo esta sentencia:
«El ser buena es una ganga.
Para ser feliz ¡ser buena!»

ESCENA IV.

DICHAS, MANUEL.

MANUEL. Aquí me tienes, Mercedes
— Hola, ¿está contigo esta?...
(Quiere hacerle una caricia.)

ENRIQ. ¡Quita! Hueles á cigarro.

MERC. (¡Mujer!)

MANUEL. (¿Otra pelotera?)
Me aparto.

ENRIQ. No te molestes.
Os dejo, porque me esperan
para que el traje de baile
que acaban de hacerme vea.
MANUEL. (Y aquel varon pacientísimo
á todo callaba.)
MERC. (¿Intentas
ir al baile?
ENRIQ. ¿No he de ir?
MERC. Haces mal.
ENRIQ. Ya estás molesta.
¿Te pido consejos yo?) (Vase.)
MANUEL. ¿Ves? ¿ves qué cara de fiera?

ESCENA V.

MERCEDES, MANUEL.

MERC. ¡Su carácter!...Quiero hablarte
cabalmente para eso.
MANUEL. ¿Vas á echarme una peluca
tú tambien? Mira que tengo
razon, que ya me rebosa
por cima de los cabellos.
¿No ves qué modo de irse
cuando con tal mimo vengo?...
MERC. Bien, Manuel; mas donde hay lucha
no puede haber nada bueno,
y entre dos lucha no existe
si uno de los dos no es terco.
MANUEL. Pero si soy un bendito.
MERC. No tanto. Tú le das celos.
Y eso agriándola el carácter,
dá el resultado que vemos.
¡No te santifiques!...
MANUEL. Mas
si cuando yo ni aun pretexto
daba para que así fuera
ya era así.
MERC. No disputemos...
MANUEL. Pero si yo...
MERC. Sí, sí, tú;
¡ya eres bueno!
MANUEL. Y mas que bueno.
Ni hecho de encargo se halla
un marido mas completo.

Me estaba mirando en ella;
no tenia mas deseos
que darle gusto... Porque
la queria con un fuego...
de una manera, Mercedes...
¿Qué la queria! La quiero.
A pesar de todo, estoy
tan amelonado y ciego,
que hay que tomar un trapito,
cogerme con mucho tiento
y echarme por la ventana.

MERC. Entónces, ¿por qué viviendo
estás del modo que vives?

MANUEL. Hija, porque no hallo medio.
Si ella fuera como tú...
Pero, no señor. Que entro
un poco tarde...¡camorra!
— que me marcho...¡otra te pego!
y si toso, si estornudo,
si algo escribo, si bostezo...
por lo mas pueril y tonto
armada ya la tenemos.
Mira, tomé la costumbre
de escribir en un cuaderno
lo que gastaba: ponia
café, teatro, vegueros...
etcétera. Las etcéteras,
hija, aquí se le pusieron, (En el entrecejo.)
y en un año no le oimos
mas que repetir con ceño:
«¿qué etcéteras serán estas
que cuestan tanto dinero?»

MERC. Ya ves. Tú mismo lo dices. (Sonriéndose.)
Todo es de su amor exceso.

MANUEL. Será; mas yo no he nacido
para encender tales fuegos.
Si eso es querer demasiado,
que se temple y quiera ménos.

MERC. Pillito! Si tú estuvieras
en tu casa...

MANUEL. Es que no puedo.
No creas, no es por mi gusto.
Es porque si en ello pienso,
un dia cojo el revolver
y me hago volar los sesos.

MERC. Manuel, mira: ella es así.

¡De parte de quién creemos
que debe estar la prndencia?

MANUEL. De... (Rápidamente.)

MERC. No: de la del mas cuerdo.
Esto es ir muy mal, Manuel.
Ella es buena: yo lo veo;
pero como tú estás siempre
fuera de tu casa, y luego,
por mas que digas, la tratas
con poco ó ningun afecto,
ella se fastidia aquí
y, Manuel, — piensa bien esto —
la mujer que solo hastío
en los cuidados domésticos
encuentra, no te diré
que se incline á devaneos
precisamente, mas cerca
se encuentra ya de quererlos.

MANUEL. ¿Qué? ¡Tú sabes algo?...

MERC. ¡Quita! (Sonriéndose.)
No: sus instintos son rectos;
conoce bien sus deberes...
te tiene cariño; pero
se fastidia.

MANUEL. El francesito...
Yo tengo escama hace tiempo...

MERC. ¡Qué disparate! Ni ese
ni ninguno de los ciento
que viendo que la abandonas
la rodean, debe el sueño
quitarte. Mas es tan jóven,
tan linda, con tal gracejo,
que no puede su marido
exponerla á los obsequios
de los mil, que sus flaquezas
le cuentan para hacer méritos.
Figúrate, qué desgracia
para los dos, si por esto
se le antoja al mundo un dia
forjar de Enriqueta un cuento.
Tú sin honra y en ridículo;
ella blanco del desprecio,
y hasta aquel pobre angelito,
fruto del cariño vuestro,
que os habeis dejado en Francia
olvidado, si cual pienso
ve á sus padres separados

y sin bienes, — porque temo
que al paso que vais los dos
pronto llegará ese tiempo, —
hasta aquel ángel va á verse
en vuestra desgracia envuelto.
(Manuel se lleva una mano á los ojos y va á contestar cuando oye á Felix y se queda ensimismado.)

ESCENA VI.

DICHOS, FELIX.

FELIX. ¡Hola! ¿Hay conferencias?
MERC. Sí.
FELIX. Te sermonëa. ¡Preciso! (Á Manuel.)
MANUEL. No. (Secamente.)
FELIX. ¿No? pues con tu permiso.
— Oye: tienes por ahí
(Á Mercedes, muy mimoso.)
la llave del jardin?
MERC. Creo
que en mi cuarto. ¿Te la doy?
FELIX. Hazme el favor. Quiero hoy
llevarla, porque preveo
que hemos de volver muy tarde.
Así con mas libertad
vamos, sin necesidad
de que nadie nos aguarde.
MERC. Bueno...
FELIX. ¡Manuel!
(Dándole en un hombro, como para sacarlo de su ensimismamiento.)
MANUEL. ¿Es decir (Tratando de disimular.)
que hay otra puerta en la casa?
FELIX. Sí; por donde nadie pasa.
¿No la has visto ahí al salir
en la cerca?
MANUEL. ¡Ah! sí. Ya caigo. (Distraido.)
FELIX. Subimos; abro esa puerta
(Señalando á la del pasillo del foro.)
y á ninguno se despierta.
MERC. Conque, Felix, ¿te la traigo?
FELIX. Sí, hija, sí.
MERC. Pero venid
prontito; ¿sí?
MANUEL. ¡Sí!

FELIX. Se hará
lo posible. (Con cómica formalidad.)
MERC. Esto ya está
casi fuera de Madrid...
y de noche.. Ya tú ves...
Siempre tarde se retira. (Á Manuel.)
— Mudémonos. (Á Felix.)
FELIX. No, no; mira,
aunque el jardin chico es,
¿piensas tú que vas á hallar
casa con él en el centro?
Tú no sales de aquí dentro
y tienes que pasear.
Que hay distancia? Me la zampo:
y si no tomando un coche...
MERC. De dia bien; mas de noche....
Esto linda con el campo...
FELIX. Y te asustas, ¡ya se sabe!
y los serenos á mas...
Anda, corre por la llave.
MERC. Bien. Voy á traerla y...
á hacer al niño un cariño.
(Como para recordárselo.)
MANUEL. ¡Qué madraza! (Contemplándola con envidia.)
FELIX. (Sonriéndose.) Siempre el niño.
MERC. ¡Se parece tanto á tí!
(Bajando los ojos, y vase.)

ESCENA VII.

FELIX, MANUEL.

MANUEL. ¡Ya ves! Compara.
FELIX. ¿Con qué?
MANUEL. Con todas, sin excepcion.
FELIX. ¿Hasta con tu Concepcion?
MANUEL. ¡Bah! No me hables de eso.
FELIX. ¿Eh?
Chico, ¿tú echas gravedad?
MANUEL. Estamos siendo dos pillos.
FELIX. ¡Pero tiene unos ojillos
tan tunantes!...
MANUEL. ¿No es verdad?
FELIX. Y luego aquel contoneo,
y aquel mimo y aquel trato
¡Vamos á pasar un rato!...

MANUEL. No, yo no voy.

FELIX. ¿No?...Te veo!

MANUEL. No, no: es que estoy decidido.

FELIX. ¡Ah! ¿vas á darte importancia?
Pues la idea de ir á Francia
¿de quién, gran tuno, ha salido?

MANUEL. De mí. Mas si me desuellas
no voy ya.

FELIX. Pues si no vamos...
te aseguro que quedamos
ambos lucidos con ellas.

MANUEL. Modo habrá de que recobres
tú con la tuya tu puesto.
Lo que es á mí...

FELIX. ¡Y para esto
plantar á las otras pobres!

MANUEL. Chico, chico, harto han chupado,
la Juana era doña Pido.

FELIX. No, pues si yo me descuido
me come Inés un costado!

MANUEL. Pues, hombre, si aun te contristan
no serás tú poco tonto.
Si no las dejamos pronto
nos dejan ellas *per istan*.
Mira, aquí debo tener...
(Buscando en el gaban.)
— ¿En dónde lo he puesto yo?
¡Ah! la Juana me mandó
(Dando con lo que buscaba.)
este regalito ayer.
(Una cuenta de modista.)

FELIX. Hombre, sí: te sale cara.
(Despues de ver el importe.)

MANUEL. Y eso es los trajes, que luego...

FELIX. Pero, chico, echa eso al fuego.
Si tu mujer lo pillara...

MANUEL. Calla, tonto, qué he de echar...
¿Piensas tú que esto se aguanta?
Esta cuenta, esa tunanta
se la tiene que tragar. (Se la guarda.)

FELIX. ¡Un trueno! chico, tú vales
un Perú. Estoy á tu lado
Andando.

MANUEL. Aunque bien pensado,
como todas son iguales...

FELIX. Hombre, eso no, las de ahora
dignas son de que se aprecie...

MANUEL. Bien: esas son de otra especie.
FELIX. La mia es una señora.
MANUEL. ¿Pues y la otra? ¡Una *mis!*
Y de muy noble apellido.
FELIX. Y hasta ahora, mas no han pedido
que ese viajillo á Paris.
MANUEL. Sí; la verdad se confiesa.
FELIX. Verás cómo nos desquitan
estas. ¡Ya ves tú! ¡Nos citan
al baile de la condesa!...
MANUEL. Yo no voy.
FELIX. Vaya si irás!
MANUEL. No.
FELIX. Pero ¿qué te ha pasado?
MANUEL. Hombre, nada, que he pensado
y me trasformo: no hay mas.
FELIX. Embustero...¿qué has de hacer? (Riéndose.)
MANUEL. No hay mas remedio en lo humano.
FELIX. ¡Muchacho! — Aquí anda la mano
(Ocurriéndosele de pronto.)
de mi señora mujer.
MANUEL. Es verdad.
FELIX. Si hablar la dejas...
¿Pero cómo ha sido esto?
MANUEL. No lo sé; pero me ha puesto
coloradas las orejas.
FELIX. ¡Cá! ¡Si no es anfibológica
la niña!
MANUEL. Y sus opiniones
apoya en tales razones
y con tal fuerza de lógica...
FELIX. Ya conozco...
MANUEL. Me ha hecho ver
que, ó yo me aparto del vicio,
ó que voy á un precipicio
y á él arrastro á mi mujer;
y, ó me convierto este invierno
ó paso la pena negra.
FELIX. Á tí te lo digo, suegra,
entiéndelo tú, mi yerno. (Señalándose.)
MANUEL. Y en fin, que soy un truhan
me ha demostrado con maña.
FELIX. Nada, chico, no me extraña.
¡Si sabe mas que Brijan!
Aunque es así tan sencilla
cuando una cosa repudia...
yo no sé con quién estudia

esta pícara chiquilla!

MANUEL. Y luego, chico, el frances...

FELIX. Bah! bah! no pienses en eso.

MANUEL. Me escama; te lo confieso.
Si ahora diera yo un traspiés...
Y esto tambien...¿Qué dirias
(Indicando dinero.)
que me cuesta esta campaña?

FELIX. No sé.

MANUEL. ¡Yo que vine á España
para hacer economías!

FELIX. ¿Qué? ¿Estás mal?...

MANUEL. ¿Mal? No. ¡Peor!

FELIX. ¡Pues tu mujer llevó un dote!...

MANUEL. Sí, sí, no tomó mal trote.

FELIX. ¿Y la tia?

MANUEL. Es un horror
lo que tira. En cada moño
gastar sabe un Potosí.
Su último maravedí
se fué en vestidos de otoño.

FELIX. Y aunque tronada se ve
¿no se acorta? ¡Es mucha Clara!

MANUEL. Pues si yo la abandonara...
que no la abandonaré...

FELIX. Bien, bien, eso me complace;
— aunque esa pícara vieja
á tu mujer aconseja
todo lo malo que hace.

MANUEL. Ya lo sé.

FELIX. ¡No, y tú tambien
dices tanta patarata!
Miéntras mas mal se les trata
(Confidencialmente.)
se les debe hablar mas bien.
— Como Enriqueta no es sorda...

MANUEL. Ni muda tampoco.

FELIX. Estoy.
Mímala siempre, y mas hoy
que vamos á hacer la gorda.

MANUEL. No, chico, yo no me pierdo.

FELIX. Mas ¿qué dirán?

MANUEL. Lo que quieran.

FELIX. En el baile nos esperan
para ponerse de acuerdo
sobre el viaje y...

MANUEL. Sí, sí.

Mas no quiero mas quimeras.

FELIX. Bueno, tú harás lo que quieras, mas yo me marcho sin tí.

MANUEL. ¡Á Francia?

FELIX. Á Francia. Á gozar; á no ver estas paredes, á vivir donde á Mercedes pueda un momento olvidar.

MANUEL. ¡Tener un ángel y huir!

FELIX. Lo sé, lo sé, mas tú ignoras que en mis mas alegres horas, cuando ya comienza á hervir mi cerebro, que dormia de las copas al compas en los instantes que mas me emberrenchino en la orgía, cuando todos allí son tan felices como cabe, ¡su imágen dulce y süave viene á helar mi corazon!

MANUEL. Enmiéndate.

FELIX. (Con amargura cómica.) ¡Sí! Ya baja.

MANUEL. Hombre, no seas chiquillo.

FELIX. Lo que entra con el capillo...

MANUEL. ¡Bah!

FELIX. Sale con la mortaja. — Vaya, me voy á vestir. (Sacudiendo las ideas anteriores.) Acompáñame siquiera al baile. De esa manera te disculpas y...

MANUEL. Por ir... mas como aquella no es manca, preguntará dónde vamos.

FELIX. Que á una junta contestamos.

MANUEL. ¿De frac y corbata blanca?

(Feliz se para un momento á la salida de Manuel.)

FELIX. El tapa-bocas...así... (Haciendo la accion de cubrirse el cuello.) y luego con los gabanes...(Id. el cuerpo.) Ven.

CLARA. ¿Junta de rabadanes? (Saliendo.) ¡Pobres ovejas!

FELIX. ¡Oh! aquí

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA CLARA.

	usté? (Adúlala, Mannel.)
	— ¡Qué jóven está esta noche!
	(Á Manuel por Clara.)
	Es la rosa cuyo broche...
MANUEL.	No, no, ¡es el fresco clavel!...
	(Imitando el tono exagerado de Felix.)
CLARA.	Niña. (Llamando escamada al oirlos.)
ENRIQ.	Voy. (Dentro.)
FELIX.	(Tu cara esposa.
	(Á Manuel rápidamente.)
	Huyamos del trueno gordo.)
CLARA.	(Aguardaos. Queriéndolos detener.)
FELIX.	(Hazte el sordo.) (Á Manuel.)
MANUEL.	Es el clavel...
	(Marchándose, pero recelando de Clara.)
FELIX.	¡Es la rosa!...
	(Vánse hablando entre sí.)

ESCENA IX.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, á poco MERCEDES.

Enriqueta aparece en la puerta derecha al desaparecer Felix y Manuel por el foro, y Doña Clara muy alarmada se dirige rápidamente á ella.

CLARA.	¡Esos tunos, hija mia,
	flores me han estado echando. (Fuera de sí.)
ENRIQ.	¿Y eso?...(Sin comprender.)
CLARA.	Eso es que están tratando
	de hacer una picardía.
	No lo dudes. Vive alerta.
MERC.	¿Y Felix?
	(Saliendo por la primera puerta izquierda. Trae una llave en la mano.)
ENRIQ.	Ahora se ha ido.
CLARA.	¿Qué le quieres?
MERC.	Me ha pedido (Viene llorosa.)
	la llave de la otra puerta.
ENRIQ.	¿De cuál?
MERC.	De la del jardin. (Muy preocupada.)

CLARA. ¿Ves lo que yo te decia? (Á Enriqueta.)
¿Y la traes?

MERC. ¡Vaya, tia!
(Dejando la llave sobre un velador.)
¿Pues qué he de hacer? Esto al fin...
cuando medios que rebocen
sus flaquezas van buscando,
muestra que vamos ganando,
pues ya que obran mal conocen.

CLARA. Tonta, mas que tonta. Ahora
podrán entrar y salir,
sin dejar apercibir
cómo y cuándo y á qué hora!
Riñela cual yo la riño. (Á Enriqueta.)

ENRIQ. ¿Estás llorando, mujer?

CLARA. ¿Qué tienes?

MERC. ¡Qué he de tener,
que se me muere mi niño!

ENRIQ. Su respirar era bronco...

CLARA. Es de llorar.

MERC. No, señora.
Ya el pobrecito no llora;
se me ha quedado hecho un tronco.

CLARA. El médico...

MERC. Ya ha ido Pepa
por él.

CLARA. Eso no será
nada.

ENRIQ. Nada, sí.

MERC. ¿Sí?...

ENRIQ. (¡Ah!...
(Viendo la llave que ha dejado Mercedes en el velador.)
No saldrá sin que lo sepa.)
(Guardándosela de manera que lo vea el público.)
— Pues nos quedaremos.

CLARA. No.
¡Vaya! por una bobada...
Eso al fin no será nada.

ESCENA X.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, MERCEDES, FELIX, MANUEL.

FELIX. ¿Se murmura? Aquí estoy yo.

CLARA. ¿Qué? ¿Os marchais?
(Felix y Manuel traen cubierta la corbata blanca con el tapabocas, y el frac con el gaban.)

FELIX. Y á toda priesa.
ENRIQ. Tú te tienes que quedar.
(Á Manuel, con cierto aire.)
MANUEL. ¿Sí?...
ENRIQ. Nos has de acompañar
al baile de la condesa.
FELIX. (¡Uy!
MANUEL. ¡Me dejó sin resuello!)
ENRIQ. No he de ir sola con la tia.
MANUEL. Es que...(Yo me quedaria;
mas ir y que note aquello...)
Hija, eso no puede ser.
CLARA. Disculpa. (Casi á un tiempo.)
ENRIQ. Engaños.
CLARA. ¡Parolas! (Id.)
ENRIQ. ¿He de ir sola?
CLARA. ¿Hemos de ir solas!? (Id.)
FELIX. ¡Eh! dejáos entender.
Este iria. Sí, señor.
— Pero está enfermo un amigo (De pronto.)
y lo va á velar conmigo.
(Dáme la llave.)
(Rápidamente á Mercedes. Esta la busca.)
CLARA. ¡Ay, qué horror!
Ya halló por dónde escapar.
ENRIQ. ¡Cá! Si este tiene un cacúmen...
FELIX. (No cedas.
MANUEL. Aunque me emplumen.
¡Irme entre ambas á zampar!)
CLARA. Pues yo no sé que se use
que siempre tan sola esté
una esposa.
FELIX. Diré á usté...
(¡Esa llave! (Á Mercedes.)
MERC. Aqui la puse...) (Aturdida.)
ENRIQ. Pues yo no me he de mostrar
mas en público sín tí.
MANUEL. Eso quiero yo.
ENRIQ. ¿Sí?
MANUEL. Sí.
Ya eso da que murmurar.
CLARA. Pues nos das un gusto, hijo. (Rápido.)
MANUEL. Pues mayor le tengo yo.
ENRIQ. Pues nada, esto se acabó.
Lo quieres...
MANUEL. Es mas, ¡lo exijo!
ENRIQ. Pues al tocador.

CLARA. (¡Si es broma!
Tratándolo á la baqueta
(Á Enriqueta, muy satisfecha.)
ya ves cómo se sujeta.)
MANUEL. No, yo hoy no puedo...
ENRIQ. ¿No? Toma.
(Dándole una cuenta.)
FELIX. (¡Eh! mujer, vamos, que espero.) (Á Mercedes.)
MANUEL. ¿Qué es esto? (Por la cuenta sin desdoblarla.)
ENRIQ. ¿No está á la vista?
La cuenta de la modista.
MANUEL. ¿La cuenta? (¡Adios mi dinero!)
Pues bueno, la pagaré,
(Despues de ver la suma, y guardándosela en la faltriquera interior del gaban, casi fuera de si.)
y con diez mil de á caballo
dejadme!
(Enriqueta, Manuel y Clara siguen disputando acaloradamente por lo bajo.)
FELIX. (¿Hija!... (Á Mercedes muy impaciente.)
MERC. No la hallo.
FELIX. ¡Hola!...¿Empiezas tú?...
(Cada vez mas incomodado con ella.)
MERC. ¿Yo? ¡Qué!...)
(Sigue disculpándose.)
ENRIQ. Y no es eso solo, no.
Es que ahora mismo me visto
y al baile voy.
MANUEL. (¡Jesucristo!
¡Si algo huele!...) — No, es que yo...
no te lo permito.
(Mercedes vuelve á buscar la llave y á escuchar á la puerta del cuarto en que se supone al niño.)
ENRIQ. ¿Qué?
CLARA. Pues irá.
MANUEL. Es que yo lo impido.
(Siguen hablando.)
FELIX. (¿La hallastes? (Tratando de reprimirse.)
MERC. No, la he perdido.)
FELIX. No quieres que salga ¿eh?
¿Aprendes?...
(Señalando al grupo que forman Manuel, Enriqueta y Clara, que siguen disputando.)
MERC. ¿Dónde la he puesto?
(Queriendo recordar.)
Como el niño ha empeorado (Muy afligida.)
tanto...no sé...me he atontado.

FELIX. ¿Conque el niño? Otro pretexto!
¿Al cabo empiezas?
MERC. Perdon. (Maquinalmente.)
FELIX. Tú no te figurarás
el gran gusto que me das.
¡Ahora ya tengo razon!
MERC. ¡Oh!
(Durante el aparte de Felix á Mercedes no han dejado de disputar los del otro grupo.)
ENRIQ. Á vestirnos.
(Mercedes va y viene á escuchar á la primera puerta izquierda: puede desaparecer por un momento.)
CLARA. Vamos.
MANUEL. Id.
Esto no hay ya quien lo aguante.
(Chico, á Paris al instante. (Rápido á Felix.)
FELIX. Hombre, ¡bravo! ¡eres un Cid!)
ENRIQ. Entéralo.
(Á Manuel, al notar que hablo aparte con Felix.)
CLARA. No harás mal. (Con sorna.)
ENRIQ. ¡Que un hombre su ingenio emplee
en tal miseria!
MANUEL. Hombre, lee.
(Sacando una cuenta del bolsillo.)
¡Me han gastado un dineral! (Dándosela.)
ENRIQ. Dí que tú furioso estabas...
CLARA. Á ver. Dáme acá esa cuenta.
(Á Felix, quitándosela.)
«Por un vestido Magenta (Leyendo.)
con cuello á lo Muley-Abas...
Por un abrigo á lo rey
de Nápoles en Gaeta...»
— Dí, ¿te has hecho tú, Enriqueta,
un Nápoles y un Muley? (Fuera de sí.)
ENRIQ. ¡Yo! ¿Cómo? Á ver: dáme acá.
FELIX. ¡Ay! ¡le has dado la de Juana! (Riéndose.)
MANUEL. ¡Jesus!
(Desesperado y llevándose las manos á la cabeza.)
ENRIQ. «¡Juana Cruz!...» (Leyendo.)
CLARA. ¡Villana!
Alguna tunanta. (Rapidez.)
ENRIQ. ¡Ah!...
¿Conque así el dinero empleas
de que tanto y tanto cuidas?
¿Conque das á esas perdidas
y á tu mujer regateas?

MANUEL. ¡Mujer, déjame!
(Muy movido todo y rapidez hasta el final.)
CLARA. ¡Dejar! (Por el otro lado.)
Conque ella no toca pito...
ENRIQ. No, no; lo que aquí está escrito
(Por la cuenta.)
me lo tienes que pagar.
CLARA. Sí, señor.
ENRIQ. Y en el instante. (Casi á un tiempo.)
CLARA. Una esposa...
ENRIQ. Una mujer... (Id.)
CLARA. Tiene el derecho...
ENRIQ. El deber...
CLARA. Si esta tuviera un amante...
MANUEL. ¡Callad, callad, ó reviento!
(Queriendo separarse de ellas.)
CLARA. ¡Oh! (Sofocada.)
ENRIQ. ¡Conque despues de todo
aun me tratas de ese modo!
CLARA. ¡Jesus!
FELIX. Aquí de mi cuento.
(Toma el vaso del verre d'eau.)
¡Un buche!
(Presentando cómicamente el vaso lleno de agua á Enriqueta.)
ENRIQ. ¿Y hay quien lo escuche!
(Por Manuel, rechazando á Felix bruscamente.)
FELIX. ¿Tia?... (Presentándole el vaso.)
CLARA. Aparta. (Furiosa.)
FELIX. ¿Igual las dos?
Hijo, todo sea por Dios: (Á Manuel.)
á tí te ha tocado el buche.
(Presentándole el vaso.)
MANUEL. ¡Quita! (Pasa á otro lado.)
FELIX. (Bebe y callarán.) (Con energía cómica.)
MANUEL. Vaya para dentro. (Comica resignacion, y bebe.)
FELIX. ¡Toma! (Fuera de sí.)
¡y lo están echando á broma!
CLARA. ¡De misas se lo dirán!
(Manuel continúa inmóvil con los carrillos inflados por el agua.)
ENRIQ. Dí, ¿te parece que vale
mas que yo?
(Manuel significa con la accion que no puede hablar.)
CLARA. Contesta, dí.
(Cada uno por un lado.)
ENRIQ. ¿Te mofas? (Ya ciega de cólera.)

CLARA. ¿Dices que sí!
(Manuel va poco á poco echándose para atras.).

FELIX. ¡No te rias, que se sale!
(Felix hace que le limpia á Manuel la boca con el pañuelo, y lo empuja hácia la puerta foro derecha despues de darle el sombrero.)
¡Anda!

ENRIQ. y CLARA. (Á un tiempo.)
¡Pues si es regular
(Ciegas de cólera y obligándole á ir para atras por lo movido de la accion.)
que trates á tu mujer
de este modo, vas á ver
cómo ella te va á tratar!
(Manuel, siempre con los carrillos inflados, se marcha seguido por ellas, que siguen hablando á un tiempo dentro hasta que caiga el telon. — Felix suelta la carcajada al verlos partir y va á seguirlos; de pronto se detiene y lanza una mirada á Mercedes, que permanece inmóvil cerca de la primera puerta izquierda. Vacila un momento y lanza de nuevo la carcajada y vase. Siguen las voces dentro. Mercedes, al ver partir á Felix, da involuntariamente algunos pasos hácia el foro, baja al primer término en la mayor desolucion; y dice los dos últimos versos, haciendo ántes un esfuerzo y como contestando á otras ideas.)

MERC. ¡Los ojos cierra á la luz! (Rapidez.)
¡Va á gozar miéntras yo muero! (Vase Felix.)
— ¡Y sin embargo le quiero... (Arranque.)
y seguiré con mi cruz! (Mucha energía.)
(Siguen hablando dentro y se oyen tambien las carcajadas de Felix. Estos cuatro versos finales pueden suprimirse en la representacion y suplirlos Mercedes con la accion.)

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores. — Noche.

ESCENA I.

MERCEDES, despues DOÑA CLARA y ENRIQUETA.

MERC. ¡Las dos ya!
CLARA. Nada, Enriqueta. (Dentro.)
No vuelvo á bailes contigo. (Saliendo.)
MERC. ¡Hola! ¿de vuelta tan pronto?
ENRIQ. (¡Aun levantada!)
(Contrariada. En la puerta del foro.)
CLARA. ¡Preciso!
¡Si es mucha niña esta niña!
Ha empezado con el pio
de volverse á casa, y nada,
á lo mejor me ha traido.
MERC. ¿Estás mala?
CLARA. ¡Qué ha de estar?
Es que vive de caprichos.
ENRIQ. No, Clara, no estoy muy buena.
Siento un cansancio, un fastidio...
CLARA. ¡Á tus años en un baile
fastidiarse! Es inaudito.
MERC. Pero si no estaba buena...
CLARA. Mire usted que es mucho tino
marcharse en aquel momento.
MERC. ¿Estaba el baile lucido?
CLARA. *Bursuá*, hija mia, *bursuá*.
No es por el baile mi dicho.

Figúrate que llegaron
tu Felix y Manolito.

MERC. ¡Ah!...¿Felix?...

CLARA. Sí, divirtiéndose
muy amable, muy rendido,
muy coqueton...Ya sabrás
lo que ha hecho allí, lo que he visto.

MERC. Tia, perdóneme usted;
mas si lo que allí ha ocurrido
no hace favor á mi esposo,
mejor me estará no oirlo.

CLARA. Bien; con tu pan te lo comas:
yo de tí ya he prescindido,
mas de esta no, y lo que ha hecho
— te lo confieso — de fijo
una enfermedad me cuesta.

ENRIQ. Pero si él nada ha advertido;
si es que te haces ilusiones.

CLARA. ¡Qué ilusiones! Á esta elijo
por juez.

ENRIQ. Bien, bien; lo que quieras.
Es asunto concluido.
Vamos á dormir y...

CLARA. No;
no quiero que como á un chico
se me trate. Tú bailabas
y verlo bien no has podido.
Yo no le he quitado ojo.
Está furioso contigo.

MERC. Pero quién?

CLARA. ¿Quién ha de ser?
Su marido.

MERC. ¡Su marido!

ENRIQ. Se empeña en que tiene celos.
Es un empeño ridículo.

MERC. ¡Jesus!

CLARA. Pues sí que los tiene;
y lo digo y lo repito.
Cuando por la quinta vez
á sacarte Adolfo vino,
le vi morderse los labios.

MERC. Bien; ¿pero tú has consentido
en bailar con ese hombre?

ENRIQ. Sí, cuatro veces ó cinco.

MERC. ¡Ay, prima! ¡qué mal has hecho!
Perdona si me permito
reprenderte; pero ahora

como nuestra tia opino.
CLARA. Claro; y si á cien lo preguntas,
los cien te dirán lo mismo.
MERC. ¡Hacer que dude de tí
el hombre á que te has unido!
Ya verás cuántos disgustos
träe ese paso consigo.
CLARA. ¡Pues! Como ve que te alejas
al punto en que has conocido
que aquello le disgustaba,
se quedará tan tranquilo.
Ya ¿qué te costaba, tonta,
esperar otro ratito
y dar otro par de vueltas
con Alfredo?
MERC. ¡Tia!
CLARA. ¡Has visto
qué muchacha! Si hace esto,
ya le tiene aquí rendido
de rodillas suplicándole
que perdone su extravío.
Comenzaba á tener celos;
flaqueaste, te has perdido.
MERC. Pero, tia...
CLARA. Con los hombres
¡firmeza! No hay mas camino.
ENRIQ. Bien, Clara, bien; acostémonos.
MERC. No, no; por Dios te lo pido.
Espera á Manuel; refiérele
de cuanto has hecho el motivo.
Dile...díle la verdad,
que es lo mejor; que has creido
que despertando sus celos
te ganabas su cariño.
Y dile que te perdone,
porque por mas que haya sido
tu intencion buena y laudable,
le faltas, ¡le has ofendido!
CLARA. No me queda mas que oir. (Escandalizada.)
¿Conque, cuando yo le riño
por lo que dejó de hacer,
tú repruebas lo que hizo?
¿Conque aun te parece poco
lo que esta pobre ha sufrido?
No digo yo porque baile
con mengano ó zutanito,
que en eso nada le ofende;

mas si esta no hubiese sido
buena cual es, si no hubiera
tenido siempre consigo
quien al bien la encaminase
— que de eso yo me glorio, —
y fuera lo que otras muchas,
¿quién, dime, habria tenido
la culpa? ¿El que la abandona
por entregarse á sus vicios,
ó la víctima inocente
que juguete del destino,
sin guia y sin experiencia,
cayese en un precipicio?
¿Él mismo no da el ejemplo?
¿Sí? Pues cúlpese á sí mismo.

MERC. Tia, hablemos de otra cosa.

ENRIQ. (No acabarán, ¡qué suplicio!)

CLARA. No: si quiero que contestes.
En el caso que te he dicho,
¿á quién culpas? ¿Él no ha dado
el ejemplo y el motivo?

MERC. Tia, á mis ojos jamas
disculparán extravíos
de una mujer que se estime,
deslices de su marido.

CLARA. Pero él, ¿no le da el ejemplo?

MERC. ¿Y quién le manda seguirlo!

CLARA. ¿Él no comete un perjurio?

MERC. ¿Y á lo que encuentra usted digno
de vituperio en el hombre,
va usted á hallar paliativo
en la mujer, cuya honra
es un cristal quebradizo!
Los extravíos de un hombre,
¿infaman nunca á sus hijos?
Tia, tia, aun suponiendo
— y aun suponerlo resisto —
que el desliz de un mal esposo
justificara el delito
de su mujer, nunca hallara
yo suficiente castigo
para la que infamia imprime
en el inocente niño
que dentro de sus entrañas,
ser de su ser, ha vivido!

CLARA. ¡Y no hay pasiones? La triste
á quien tratan con desvío,

¿no pudiera enamorarse?
MERC. No, señora, ni eso admito.
Idea que dentro un pecho
no se acoge con cariño
y se halaga, nunca toma
de aquel pecho el señorío.
Amor que crece, es porque
halagado fué al principio;
matárasele naciente
¡y nunca hubiera crecido!
CLARA. ¿Y qué dirás de ese amor
que aun se oculta de sí mismo?
MERC. Que corazones que tienen
para esos amores sitios
donde puedan esconderse,
son corazones podridos.
Que el corazon de una esposa
debe ser, señora, un libro
donde todo cuanto sienta
pueda leer su marido!
ENRIQ. ¡Qué severidad, Mercedes!
CLARA. Tú no marchas con el siglo.
Pues sabe que...
ENRIQ. Vamos, Clara.
¿No ves que es tiempo perdido
el que gastas con Mercedes?
Ella tiene sus principios...
CLARA. Así tendrá el fin.
ENRIQ. Bien, déjala,
y á dormir. Yo siento un frio...
CLARA. Pues tira del llamador.
ENRIQ. ¿Para qué?
CLARA. ¿Estás en el limbo?
Para que vengan las chicas
á desnudarme.
ENRIQ. ¡Ay, Dios mio!
Si al entrar les di á las dos
(Con fingida sencillez.)
para acostarse permiso.
CLARA. ¡Bien! ¿Y quién va á desnudarme?
MERC. Yo, tia.
CLARA. Tienes un tino... (Á Enriqueta.)
MERC. Se levantan tan temprano...
— Despues que haya concluido (Á Enriqueta.)
con la tia, iré á tu cuarto
á prestarte igual servicio.
ENRIQ. Eso no, ni que lo pienses. (Rápidamente.)

MERC. Pero...

ENRIQ. No te lo permito.
Lo que harás será acostarte,
ó creeré que tu marido
hace que en vela le esperes.

MERC. Pero si esto es por mi hijo.

CLARA. ¿No ha mejorado?

MERC. Eso dicen;
pero está tan palidito...

CLARA. Vamos, tú vas á matarte.

ENRIQ. Ó te acuestas, ó reñimos.

MERC. Bien, bien, me recogeré
si sigue durmiendo el niño.
No te exaltes. — ¿Vamos, tia?

CLARA. Sí, que el corsé maldecido
me está triturando.

ENRIQ. (¡Ah!) (Se sienta al piano.)

MERC. Toma.
(Dándole un candelero á Enriqueta.)

ENRIQ. Voy, voy. (Tocando algunas notas.)

CLARA. ¡Qué haces?

ENRIQ. Repito
estas notas, que no quiero
olvidar.

CLARA. ¡Sí, tus caprichos!
¿Y aquel afan de acostarte?

ENRIQ. Si voy ya. — Que no permito
que vuelvas.

MERC. Bueno.

ENRIQ. ¿No guardas
contra mí algun rencorcillo
por mis riñas?

MERC. ¡Yo, Enriqueta?

ENRIQ. Pues un beso y á dormirnos.

MERC. Adios.

ENRIQ. Ea, hasta mañana.

CLARA. *Bon nui.*
(Enriqueta se va por la puerta derecha, y Clara y Mercedes por la segunda izquierda.)

ENRIQ. ¡Se fueron! Respiro.
(Presentándose de nuevo en la puerta.)

ESCENA II.

ENRIQUETA.

Apénas han desaparecido cuando vuelve á salir con mucha precaucion.

Temí que no me dejaran.
¡Qué ansiedad! No hay otro sitio
por donde pase, y creia
que del rostro en lo intranquilo
leyendo estaban mi angustia.
— Ni el mas ligero ruido (Con cierta envidia.)
viene á turbar el sosiego
de esta casa. — ¿Por qué tímido
late el corazon? Mercedes
hace poco que se ha ido
y aun tardará. ¿Mas si acaso
se despertara su hijo?...
— No, tan igual como dulce (Escuchando.)
su respiracion percibo
que llega á mí. Duerme el sueño
angelical de los niños.
Tambien yo así he reposado,
yo tambien así he dormido. (Con amargura.)
¡Ya no! — Vamos.
(Se dirige al foro resueltamente.)

MERC. ¡Enriqueta!
ENRIQ. (¡Oh! Mercedes! ¡Me he perdido!)

ESCENA III.

ENRIQUETA, MERCEDES.

MERC. ¿Te has puesto mala?
ENRIQ. No, prima.
MERC. ¿Qué tienes?
ENRIQ. (Nada sospecha.)
No sé: un mareo, un vahido...
MERC. Estás pálida; estás tremula.
¡Oh!...¿por qué no me has llamado?
ENRIQ. Temí darte una molestia,
é iba á ver si el aire libre...
MERC. Yo abriré.
ENRIQ. ¡No! no, estoy yerta.

MERC. La reaccion. — Voy por azahar.
ENRIQ. Si ya pasa, si estoy buena.
MERC. Á ver, dáme acá esas manos.
Tienes razon, ya no tiemblas.
ENRIQ. ¡Eh, pues véte á recoger,
que tienes unas ojeras!...
MERC. ¿Y si vuelves á estar mala?
ENRIQ. ¡Bah!
MERC. Con todo, ser pudiera.
ENRIQ. Véte ó me enfado.
MERC. Parece
que te estorbo.
ENRIQ. ¡Tú! ¿Eso piensas?
MERC. Si deseas estar sola...
ENRIQ. ¿Yo! (¡Me vende la conciencia!)
¡Sola! ¿Y para qué, Mercedes?
MERC. ¡Ay, hija! yo sé de penas.
Engañarás á la tia
— ¡que nunca lloró! — con esa
exterioridad alegre,
mas no, prima, á la que cuenta
años enteros de llanto.
Vamos, sé franca; confiesa.
Tú tienes algo, algo grave,
que me ocultas. Esa fiesta...
ENRIQ. ¡Ay, sí, Mercedes! ¡Qué noche!
Haces bien cuando te encierras
en tu casa con tu hijo.
Aquí puedes sin reserva
llorar; aquí nadie viene
á dar pábulo á tu pena.
Ayer lástima me dabas;
hoy me das envidia.
MERC. Cesa;
tú tambien tienes un hijo.
Esposa sin dicha, aun queda
el ser madre venturosa.
Sí, sí, aun es tiempo, Enriqueta.
ENRIQ. ¡No, no; ya es tarde, muy tarde,
mas tarde de lo que piensas!
Cuando se está en la pendiente
de un abismo, no hay manera
de retroceder. El vértigo,
no la voluntad, nos lleva.
MERC. ¡Qué dices?
ENRIQ. Tú vivir sabes
en tus tareas domésticas;

yo no: tú sabes ser madre;
yo fié á manos ajenas
el hijo de mis entrañas,
no bien vió la luz primera.
Yo, pues, comprender no puedo
esas delicias que encierra
la maternidad. Tú, el dia
que Felix á tu amor vuelva
esperas amante. Yo
no sé si desee ó sienta
que Manuel torne á quererme,
ni estoy segura siquiera
de si le amo ó le aborrezco;
porque aunque de él celos tenga,
el amor propio ofendido,
no el cariño, los alienta.
Nada tengo aquí: por eso
corro á aturdirme á esas fiestas;
por eso brillar ansío;
opio busco que me aduerma.

Merc. ¡Me das miedo!

Enriq. Y ¿sabes tú
qué consuelo encuentro en ellas?
Oyelo. — Apénas llegado
Manuel, á una aventurera
— á una mujer de esas muchas
á quienes sin darse cuenta
nadie de por qué se admiten
donde nunca entrar debieran —
se acercó; toda la noche
á mi vista, en mi presencia
con ella ha estado. He querido
darle ofensa por ofensa:
he bailado con Alfredo,
de quien sé que en otra época
tuvo celos.

Merc. Y ese hombre... (Muy sobresaltada.)

Enriq. Bien diga verdad, bien mienta,
há tres años que me jura
que me adora.

Merc. ¿Y tú toleras?...

Enriq. Mercedes, lo que he sabido
me tocaba muy de cerca
para escuchar sus amores.
— ¡Felix y Manuel nos dejan,
nos abandonan!

Merc. ¡Qué dices?

ENRIQ. Á mí mi esposo por esa
mujer; por otra á tí el tuyo,
que vale aun ménos que ella.

MERC. ¡Cómo? ¡No! Esas son calumnias
de ese hombre, que audaz intenta
tu perdicion.

ENRIQ. ¿Y si Alfredo
diese de su dicho pruebas?

MERC. ¡Cómo?

ENRIQ. ¿Te ha dicho á tí Felix
que en la embajada francesa
dejó para registrarlos
dos pasaportes en regla
para Paris?

MERC. No.

ENRIQ. Tampoco
Manuel á mí; y uno era
para él.

MERC. Y ¿quién te asegura
que ese Alfredo no lo inventa?

ENRIQ. ¿Necesitas verlos?

MERC. Sí.

ENRIQ. Los verás.

MERC. ¿De qué manera?

ENRIQ. ¿Y qué importa el cómo? Alfredo,
que amistades tiene estrechas
en la legacion, ha ido,
pretextando que interesa
la prontitud, á traérmelos.

MERC. ¡Oh! ¡Dios mio!

ENRIQ. ¿Quieres pruebas?
Las tendrás mañana.

MERC. ¡Ah!
Pero que ese hombre no venga.
Si tras de lo que ha pasado,
tu marido aquí le encuentra...

ENRIQ. No, yo haré que no le encuentre;
ya lo he pensado, no temas.

MERC. ¡Irse! (Tras de una leve pausa.)

ENRIQ. ¿Te vas con tu niño?

MERC. Aun no. (Maquinalmente.)

ENRIQ. (Alejemos sospechas.)
— Pues, hija, yo ya no puedo
tenerme de pié. — Que duermas.

MERC. Adios. — Si me necesitas...

ENRIQ. Bien. — (Esperemos.) (Vase.)

ESCENA IV.

MERCEDES.

¡Paciencia!
¿Y si se marcha con otra?
(En un arranque de duda.)
¿de qué me sirve tenerla!
— De hacer lo que Dios me manda. —
(Como contestándose.)
— Señor, mis hombros flaquean
bajo el peso de esta cruz:
fe...la tengo; ¡dáme fuerzas!

ESCENA V.

MERCEDES, FELIX.

Felix. (¡Pobrecilla! Está esperando.
(En la puerta derecha del foro.)
Ella en vela, miéntras yo...)
— ¿Qué tienes, hijita!
(Llegando de puntillas adonde ella está.)
Merc. ¡Oh!
¡Felix mio!
Felix. ¡Estás llorando?
Merc. ¿Yo? No.
Felix. Pues se me figura...
Merc. Estas lágrimas no amargan.
Es que...los ojos se cargan
de mirar á la costura.
Felix. ¡Pero, señor! Nada, bien.
Tú no haces caso de mí.
Merc. No digas eso.
Felix. Sí, sí.
Merc. Vamos, siéntate aquí: ven.
Felix. Pero, hija, ¿ha de ser en vano
que tus malos ratos sienta?
Merc. ¡Deja eso! ¡Estoy tan contenta
de que vuelvas hoy temprano!...
Felix. ¿Y qué hacias? (Esquivando contestar.)
Merc. Daba fin (Sonriéndose.)
á una gran obra. Esto hacia.
(Mostrándole una prenda de niño.)

FELIX. ¡Bien! (Con gravedad cómica.)
MERC. Lo va á estrenar tu dia
nuestro pobre chiquitin.
— Está mejor. ¿Sabes? (Con estremada alegría.)
FELIX. (Oh!
¡Y yo ni aun he preguntado!...)
MERC. Vivirá. Ya no hay cuidado.
FELIX. ¡Conque lo ha habido! (Conmovido.)
MERC. Sí.
FELIX. Y yo...
(Con desprecio de si mismo.)
Vamos, no me lo perdono.
MERC. ¡Mas si todo ha concluido!
— ¡Ay, si vieras! le ha salido (Loca de alegría.)
un dientecito tan mono!
FELIX. ¿Sí? ¡Yo lo quiero mirar! (Fuera de sí.)
MERC. (¡Es padre aun! ¡Se salvó!) (Con suma alegria.)
FELIX. Anda, vamos.
MERC. Ahora no,
(Deteniéndole cariñosamente.)
que le puedes despertar.
FELIX. Tienes razon.
MERC. Luego, sí.
¡Pone una carita al verte!
FELIX. Habla bajo...no despierte.
MERC. (¡Cuida de él! — ¡No huye de mí!)
— Y dí, ¿tienes sueño tú?
FELIX. No, mujer; pero he pasado
gran rato en un endiablado
garito de Belcebú,
(Como avergonzado y tratando de endulzar lo que tiene que confesar á Mercedes.)
y no sé si el ponche ó...
ó la atmósfera, ó el juego,
ó cierto desasosiego
con que siempre vuelvo yo
á casa tras de jugar,
— porque sé que no es tu gusto —
me ha producido un disgusto...
una cosa...un mal estar...
MERC. Te haré una taza de té. (Con solicitud.)
FELIX. ¿Molestarte? ¡Qué bobada!
MERC. Pero si no cuesta nada.
FELIX. Déjalo, tonta.
MERC. No. ¡Qué!
(Tomando la maquinilla y colocándola en el velador de la izquierda.)

FELIX. Como quieras.
MERC. Ya verás
(Tomando la botellita del *verre d'eau*, para poner el espíritu de vino en el recipiente.)
qué pronto... — No, no lo llenes.
(Felix le quita la botellita de la mano y empieza á verter el espíritu.)
Dáme un fósforo.
FELIX. Ahí lo tienes.
(Mirándola con ternura.)
MERC. (¡No le he visto así jamás!)
(Enciende el fósforo y va á aplicarlo al espíritu.)
FELIX. Chica, que cuando se inflame
(Apagándole el fósforo y dándole un beso en la mano.)
te quemarás.
MERC. No seas loco...
FELIX. (¡Tan dichosa con tan poco!
Y está bonita.) — Á ver, dame;
(Al ver que va á encender otro fósforo.)
yo en eso tengo mas práctica.
MERC. Felix, tú saber no puedes
(Felix le tiene cogida la mano.)
el bien que me haces
FELIX. ¡Mercedes!
(Con arrebato.)
— (Tu, tu, tu, tu; adios mi táctica.)
(Separándose.)
MERC. Al verte así tan casero,
recogido ya á esta hora...
FELIX. (¿Y cómo le digo ahora
que he venido por dinero!)
— Á poca cosa bien llamas;
mas si esto lo es para tí,
(Con cierta frialdad estudiada.)
siempre lo haré.
MERC. ¡Ay, sí, sí, sí!
Hazlo, Felix, si me amas.
Aquí en tu casa los dos
tranquilos, sin un mal gesto...
¡Parece que para esto
hizo el matrimonio Dios!
FELIX. Sí, mira. Con tal que venza
yo mi condicion viciosa...
Ahora mismo...hay una cosa
que...vamos...me da vergüenza
tenértela que decir. —
¿Tú has creido que ya vengo

de retirada? Pues tengo
(Haciéndole una caricia.)
ahora mismo que salir.

MERC. ¡Sí? — Bien; ¿qué le hemos de hacer!
Y por esos callejones
tan desiertos... Si hay ladrones...

FELIX. ¿Y mi revolver, mujer? (Sonriéndose.)

MERC. Eso es verdad, pero al fin
vas solo y quedo temblando.

FELIX. Si Manuel me está esperando
en la puerta del jardin.

MERC. ¿Y va armado?

FELIX. Sí, tambien.

MERC. ¡Pero por qué no ha subido!

FELIX. ¡Pche! tu prima y su marido,
chica, no se llevan bien.
Él es cierto que de vándalo
tiene algo mas que de fraile,
pero esta noche en el baile
ella ha dado tal escándalo...
que con razon, á mi ver,
él donde ella está no entra,
porque teme, si la encuentra,
no poderse contener.
¡Ya ves! bailar y bailar
con un hombre que no agrada
á su esposo una casada,
y él mirarlo y aguantar,
y en torno ver sonreir
con malicia á cierta gente,
y aun oir á un maldiciente,
y tenerlo que sufrir
por no armar una querella
que mancille mas su nombre,
es para matar al hombre
¡y aun para matarla á ella!

MERC. ¿Pero tú?...

FELIX. ¿Yo? ¡Ya se sabe!
Le he dicho que ve visiones,
pero él no atiende á razones...
y hace bien: el caso es grave.

MERC. ¿Pero tan ciega ella estaba?

FELIX. Mira... á mí, que en lo que hacia
no me iba ni me venia,
¡la sangre casi me ahogaba!

MERC. ¡Jesus!

FELIX. Como Dios no mande

algo que rompa este enredo,
en cuanto él tropiece á Alfredo
va á ver un disgusto... ¡y grande!

MERC. Mas tú no te batirás.

FELIX. ¡Yo! compárate con ella.
Mas que tú alguna habrá bella,
Mas buena no, no la hay mas.

MERC. ¡Felix!

FELIX. Y ya que la suerte
me dá en tí lo que no valgo,
deberia yo hacer algo
— lo sé — para merecerte.

MERC. ¡Por Dios!...

FELIX. No me hagas hablar.
Lo que esta noche ha pasado
me ha servido: he comparado.
Y si á Enriqueta lugar
para esto ha dado Manuel,
¿para qué no te lo doy,
Mercedes, yo, cuando soy
mas malo, cien veces, que él!

MERC. ¡Felix!... (Sin poder contener las lágrimas.)

FELIX. ¡Qué es eso? (Muy solicito.)

MERC. (Con mucha expansion.) Alegría.
(¡Ya confiesa sus errores!!) (Fuera de sí.)

FELIX. Ea, tontuela, no llores.
(Pasándose una mano por los ojos.)
¡Vamos, chiquitina mia! .. (Secándole los ojos.)
— Esto se acabó; mañana
vida nueva. — Ahora es preciso...
ya ves tú qué compromiso
por mas que no tenga gana
de salir... Manuel me espera
y por hoy en mí no mando.
¡Pero á no estarme esperando,
te juro que no saliera!

MERC. ¡Gracias!
(Felix la acaricia y prepara lo que va á decirle.)

FELIX. — Díme. — ¿Ha parecido
la llave del jardin? (Con cierta indiferencia.)

MERC. No;
pero al jardinero yo
la que tenia he pedido.

FELIX. Pues dámela. — Allí á Manolo
he dicho que me esperara,
porque todo se repara,

y por él, y aun por mí solo,
mas reserva quiero ahora.

MERC. Tenla.
(Dándole la llave que entre otras debe tener en el costurero.)

FELIX. ¿Qué necesidad
hay de que la vecindad
sepa que salgo á deshora?

MERC. Sí.

FELIX. Motivos doy ya hartos
de murmurar cada dia.
— Ah! chiquita... yo venia...
la verdad... por unos cuartos.

MERC. ¡Sí? (¡Se va!)

FELIX. Esa palidez...

MERC. No es nada, no te disgustes.

FELIX. Vamos, tonta, no te asustes.
Juego por última vez.

MERC. Felix.

FELIX. Ese pecho ensancha.

MERC. (¡Me abandona! ¡En vano lucho!)

FELIX. Hija, hoy he perdido mucho;
quiero tomar la revancha...
y que no crean que huyo
por perder. — Siento enojarte.

MERC. Pero tú, ¿á qué me das parte,
si cuanto hay en casa es tuyo?

FELIX. (¡Vamos!...) (Como abrumado por tanta bondad.)

MERC. Yo te alumbraré...

FELIX. (¡Ve usted esto! ¡soy lo mas!...

MERC. ¡Ah! ¿mas no te marcharás
sin tomar ántes el té!
(Mercedes enciende la máquina.)

FELIX. No lo haré mas.

MERC. No seas bobo.
(Esforzándose por sonreirse.)
Voy; anda. (Señalándole el *secrétaire*.)

FELIX. (Siento aquí un frio...
(Con la mano en el corazon.)
¡Voy á tomar lo que es mio
y me parece que robo!)
(Muy reconcentrado y con horror.)

MERC. ¿Y te sientes mejor?

FELIX. Sí. (Abriendo el *secrétaire*.)

MERC. ¿Sabes lo que pienso?
(Mirándole fijamente á favor de la luz que tiene en la mano.)

FELIX. ¿Qué?

MERC. Que cuando el chiquito esté

(Muy marcado y sin dejar de mirarle.)
bueno del todo, de aqui
— por tu salud — deberias
siquiera un mes alejarte
é irte á Paris... ó á otra parte
á divertirte unos dias.

FELIX. ¡Mercedes!

MERC. (¡Era verdad!)

FELIX. (¿Y es ella quien?... Si supiera!...)

MERC. (¡Vacila!)

FELIX. (¡Irme ahora, fuera
el colmo de la maldad!)

MERC. ¿Vamos?

FELIX. Sí.

MERC. Te está esperando
Manuel...

FELIX. Sí, tienes razon.
— ¿Qué haces!

MERC. Abrirte el cajon.

FELIX. ¡Hija!...

MERC. (Señor, ¡hasta cuándo?...)

FELIX. ¡Demonio!

MERC. ¿Qué?

FELIX. ¿Qué ha de ser?
Nada, que muy ancho vengo
por dinero... y mira... tengo...
(Mostrándole algunos billetes que deja caer otra vez en el cajon.)
¿qué tengo! Esto no es tener.

MERC. ¿Y es tal la necesidad?...

FELIX. ¿No ha de ser! He prometido
volver... ¡Vaya! me he lucido.
y Manuel...

MERC. ¡Ay, es verdad!
Pero no te apures. Yo
tengo dinero, — esto pasa. —
(Á un movimiento de Felix.)

FELIX. El del gasto de la casa. (Sonriéndose.)
Hija, eso no es nada.

MERC. No.
Es mucho mas. Si indiscreto
al pesar no te abandonas,
y lo que he hecho me perdonas,
voy á decirte un secreto.

FELIX. ¿Tú?

MERC. Mas no me has de mirar,
que me da vergüenza.

FELIX. Dí.
MERC. Hay un banco, ó cosa así
(Movimiento de Felix.)
que llaman *La Tutelar*.
Poniendo en él á interés
dinero de un niño en nombre,
cuando el niño llega á hombre
rico, ó poco ménos, es.
Estas noches que no duermo
al chiquitin por velar,
en esto he dado en pensar.
¡Ah, Felix! un niño enfermo
envejece á quien le asiste
si le tiene algun cariño...
¡Me dice tanto mi niño
con aquel mirar tan triste!
FELIX. Bien, sigue. (Con voz turbada.)
MERC. Si ser pudiera,
no á mí misma me decia,
que así se encontrara un dia
y sin recursos se viera!...
Y esto que ahora tú me escuchas
y que me hace avergonzar,
me hizo entónces derramar
muchas lágrimas.
FELIX. ¿Sí?
(Pasándose una mano por los ojos.)
MERC. ¡Muchas!
— Tú sabes que, como ántes
otra era yo que en el dia,
en mi tocador tenia
algunos buenos diamantes.
FELIX. ¿Y qué? (Con ansiedad.)
MERC. Que como ese aliño
es inútil para mí...
FELIX. ¡Qué?
MERC. ¿Qué? Que ayer los vendí...
Y esto te presta tu niño.
(Ofreciéndole un paquete de billetes, que saca de su costurero.)
FELIX. ¡Ibas á imponerlo? (Muy conmovido.)
MERC. Sí.
Ya ves que disponer puedes...
Toma.
FELIX. ¡Mercedes! ¡Mercedes!
¡tengo vergüenza de mí!

(Dejándose caer en una butaca y cubriéndose los ojos con las manos, profundamente conmovido.)

MERC. Ya está el té y no hay taza. (¡Calma!)

(Mercedes, que ve el efecto que han hecho sus palabras en Felix, á duras penas puede contener la alegría, y dice «calma» oprimiéndose el corazon con las manos.)

Me llevo la luz conmigo. (Disimulando.)
(Solo le dejo contigo:
¡Señor, tócale en el alma!)

(Los dos últimos versos los dice al atravesar la escena y dirigiéndose al cielo con el mayor fervor y recogimiento. Vase por la primera puerta izquierda. Felix queda alumbrado por el alcohol.)

ESCENA VI.

FELIX.

¿Qué he hecho yo? Martirizar
con mis locuras malvadas
á un ángel, cuyas pisadas
no soy digno de besar.
Mi conducta es execrable:
mi condicion es de fiera.
Creí ser un calavera
¡y estoy siendo un miserable!
¡Oh! ¿y he de jugar impío
esto que de darme acaba?
¡No! creeria que jugaba
¡la sangre del hijo mio!
¡Yo me ahogo!... igual tormento
no sufren los que mas gimen...
Es que si el hombre ha hecho el crímen
¡Dios hizo el remordimiento!
Bien. Yo apuraré sus heces,
yo anhelo sus agonías...
¡Lágrimas primeras mias,
benditas seais mil veces!
(Déjase caer sollozando en una butaca. Leve pausa.)

ESCENA VII.

FELIX, ENRIQUETA, un EMBOZADO y MERCEDES.

FELIX. (¿Y Manuel?. . ¡Oh! tambien él
se ha de enmendar, por mi nombre.)
(Enriqueta ha salido durante los dos versos anteriores y se ha dirigido á la puerta del foro izquierda. No trae luz. Despues de cerciorarse y de creerse sola, descorre el cerrojillo de la puerta que da al jardin.)

ENRIQ. (Nadie.) (Descorre el cerrojillo.)

FELIX. ¡Oh!
(Levantándose al ruido que hacen las hojas de puerta al abrirse.)

ENRIQ. ¡Perdon!
(Cayendo de rodillas á los piés de Felix.)

FELIX. ¡Un hombre!
(Viendo al embozado, que ha aparecido en el foro — Mercedes se presenta en este momento en la primera puerta de la izquierda, con la luz en una mano y la taza en la otra, y se queda inmóvil en el dintel.)
¡Abajo espera Manuel!
(Al embozado, con voz seca y reconcentrada, lanzándose hácia él é indicándole que salga: desaparecen rápidamente. — Enriqueta permanece de rodillas ocultando el rostro en las manos. — Mercedes deja el candelero y la taza sobre el velador y corre hácia Enriqueta.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, MERCEDES.

ENRIQ. ¡Ay, Mercedes! (Echándose en sus brazos.)

MERC. ¡Desdichada!

ENRIQ. Todo acabó para mí.
¡Van á mâtarse!
(Con desesperacion, pero en voz baja.)

MERC. Si, sí.
(Con aturdimiento, pero sin precipitacion y todo con poca voz.)
La salida está cerrada
por Manuel.

ENRIQ. ¿Y qué he de hacer!...

MERC. No sé... ¡Yo soy tan cobarde!...
(Sumamente angustiada.)

ENRIQ. ¡Un consejo! (Alzando la voz y fuera de sí.)
MERC. ¿Ahora? ¡Ya es tarde!
(Con amargura.)
ENRIQ. ¡Oh! (Cubriéndose los ojos con las manos.)
MERC. No hay tiempo que perder.
¡Vamos!
(Se lanzan las dos á la puerta del foro en el momento en que se interpone entre ellas Doña Clara, que sale de su habitacion toda alborotada. La impaciencia de Enriqueta y Mercedes hace que no la escuchen.)

ESCENA IX.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

CLARA. ¿Qué es esto, hija mia? (Á Enriqueta.)
— Mercedes, ¿qué está pasando?
(Felix se interpone entre ellas, y cogiendo del brazo á Doña Clara le dice los dos primeros versos en tono sombrío y con cierta indignacion.)
FELIX. Pasa... que se están matando,
¡y usted vive todavía!
CLARA. ¡Jesus! (Escandalizada cómicamente.)
ENRIQ. ¿Y Manuel?
MERC. Dí.
ENRIQ. Dí.
FELIX. Solo yo para testigo,
y de Manuel tan amigo,
lanzarme á Alfredo temí;
pues tal era mi arrebato,
tal mi afan de verle muerto,
que, si allí sigo, convierto
el duelo en asesinato.
— Ya sucumba Alfredo, ya
le ampare allí la fortuna,
pronto la luz de la luna
sobre un cadáver caerá.
MERC. } ENRIQ. } ¡Oh!
CLARA. Mas ¡por qué?
FELIX. Porque ahora
ya ir no pueden ménos léjos;
porque usted sembró consejos
y nace sangre, señora.

CLARA. ¡Yo!... ¿Pues cómo á lo que pasa
he podido dar lugar?

FELIX. Usted la hizo abandonar
los deberes de su casa.
Porque así usted se lo dijo,
sin ver en ello un desliz
imprudente, esa infeliz
se separó de su hijo...
Usted fé no le inspiró;
nada á su hogar la ligaba...
la dicha que en él no hallaba
en otra parte buscó...
y... señora, la mujer
que ama á un hijo con tibieza,
que no cose y que no reza...
¡honrada no puede ser!

ENRIQ. ¿Por qué no seguí tu ejemplo! (Á Mercedes.)

FELIX. ¿Por qué al niño no has criado?
La madre del hijo al lado
convierte su casa en templo.

CLARA. Yo no he aconsejado mas
que lo que á aquella á quien deja
un mal marido, aconseja
el mundo entero. Hijo, ¿estás?

FELIX. ¿Y no ve usted que si ahora,
caso de que allí no muere,
á ella Manuel volver quiere,
ya no es posible, señora?
¿No ve que esa desdichada,
tal camino por seguir,
condenada está á vivir
pobre, sola, despreciada?
¿No ve usted que él, sin cariño,
sin nada hallar que le cuadre,
hasta dudará si es padre
de aquel desgraciado niño?
¡Oh!... si á las pobres que gimen
solo muestra ese sendero
el mundo, es que el mundo entero
está cometiendo un crímen!

ESCENA X.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX, MANUEL. Manuel aparece en la puerta izquierda del foro y avanza lentamente. Enriqueta al verlo hace un movimiento para correr hácia el, pero instantáneamente se arroja en brazos de Mercedes ocultándose de su vista.

TODOS. Ah!
FELIX. ¿Muerto? (Á Manuel muy por lo bajo.)
MANUEL. Sí. (Sombrio.)
FELIX. Entre los dos
(Dirigiéndose á Enriqueta.)
hay un cadáver.
CLARA. Sí, llora. (Id.)
ENRIQ. Apártese usted, señora.
— Te he hecho infeliz. Quizá Dios
(Á Manuel, pero sin mirarlo.)
me perdone; quizá un dia
(Con poca voz y entrecortada, pero con cierta entereza.)
me perdones tú: jamas
yo he de perdonarme; mas
si un consuelo en su agonía
quieres dar á esta mujer,
dáme á nuestro hijo.
MANUEL. ¿Darlo!...
(Dominándose despues de dicha la palabra.)
Mercedes sabrá educarlo.
MERC. ¡Sí! (Enriqueta le besa la mano.)
MANUEL. No nos debemos ver.
— Para huir ese tormento (Á Felix.)
te dejaré por escrito
lo que hablarla necesito.
Parto dentro de un momento
por el hijo que olvidé.
Lo mas que asignarla pueda
de lo poco que me queda
al retiro le enviaré,
que para vivir le elijo. (Yéndose.)
FELIX. ¿Adónde vas?
MANUEL. Á escribir. (Mucha frialdad.)
Cuando amanezca, partir
debo por mi pobre hijo.
(Con la voz empañada nada mas.)

ESCENA XI.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

ENRIQ. ¡Sé su madre! (Muy conmovida.)
MERC. Lo seré. (Se besan.)
CLARA. Yo iré contigo al destierro. (Llorosa.)
ENRIQ. ¡Usted, causa de mi yerro?
Señora, déjeme usté.
(Vase por la puerta derecha.)
CLARA. ¿Y qué haré yo vieja y pobre?
FELIX. Vivir solita y rezar.
CLARA. ¡Pero eso me va á matar!
FELIX. Quien siembra, justo es que cobre.
MERC. (¡Es vieja!... (En tono suplicante á Felix.)
FELIX. Porque lo es,
le daré para vivir.)
CLARA. (¿Quién lo habia de decir!
¡Jesus! ¡Pícaro frances!)
(Vase por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. ¡Mercedes!
MERC. ¡Felix!
FELIX. ¡Se han ido!
Solo me encuentro en presencia
de tí, que eres mi conciencia;
de tí, que me has redimido.
Quisiera ser perdonado.
¿Podrás tú olvidar?...
MERC. ¡Por Dios!
Pues entre nosotros dos,
Felix mio, ¿qué ha pasado?
FELIX. ¿Lo olvidaste?
MERC. Puede ser.
Mi memoria es tan escasa...
mas repara: en nuestra casa
está todo como ayer.
Mira en derredor de tí.
Allí duerme nuestro niño:

aquí vela mi cariño; (En el corazon.)
mis brazos están aquí. (Brindándole con ellos.)

FELIX. ¡Eres una santa!

MERC. No. (Sonriendo.)

FELIX. De un abismo me has sacado.

MERC. ¿Y quién en eso ha ganado?

FELIX. ¡Yo, Mercedes!

MERC. ¿Pues y yo?
— Felix mio, si el deber,
si Dios mismo no exigiese
que lo que he hecho yo se hiciese,
lo mismo volviera á hacer.

FELIX. Porque tú eres la bondad;
porque tu pecho es tan santo
como el de un ángel.

MERC. No tanto;
(Con picaresca ingenuidad.)
por mi propia utilidad.
— Díme: si de otra manera
hubiese sido, ¿tendria
en mi casa esta alegría? (Algo conmovida.)
Como Enriqueta me viera,
quizá entre gentes extrañas,
sin sosiego ni reposo,
separada de mi esposo,
del hijo de mis entrañas.
Con daros felicidad,
con llenar de ella mi pecho,
nada he hecho.

FELIX. Mas lo has hecho,
porque tú eres la bondad.

MERC. No, no, Felix; porque sé
que es de la mujer el centro
su casa; y si de ella dentro
la dicha lucir no ve,
por mas que tras ella quiera
correr con desvelo ansioso,
es inútil, es ocioso
que vaya á buscarla fuera.

FELIX. ¡Feliz el hombre que el dia
que en el buen camino entra,
con una mujer se encuentra
como tú, Mercedes mia!
Mi vida á tí consagrada
no pagará con exceso
tanto bien.

MERC. No digas eso;
que me pones colorada.
FELIX. Tú me has mostrado la luz
hácia la cual me dirijo;
tú me has salvado.
MERC. Pues, hijo,
ya me pesaba la cruz. (Con candorosa confianza.)
Ejemplo me daba Dios,
pero bien se necesita.
FELIX. De hoy mas, aunque ligerita,
llevémosla entre los dos.
(Haciéndole una caricia.)
MERC. ¡Qué feliz soy!
FELIX. Tal cariño
necesita de un altar.
MERC. Lo tengo. Ven á besar
la frente de nuestro niño.
FELIX. ¡Me lo como! — Dí en el *quid:*
con él aquí y tú del brazo...
(Haciendo la accion de llevar en brazos el niño y del brazo á su mujer.)
¡he de ser lo mas padruzo
que pasee por Madrid!
MERC. ¡Gracias, Dios!
FELIX. Y no te asombre.
De lo mucho que has sufrido
este el resultado ha sido;
que la mujer... hasta al hombre
mas parecido al demonio
trueca en todo lo contrario,
si llegar sabe al calvario
con la cruz del matrimonio.

FIN DE LA COMEDIA.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

